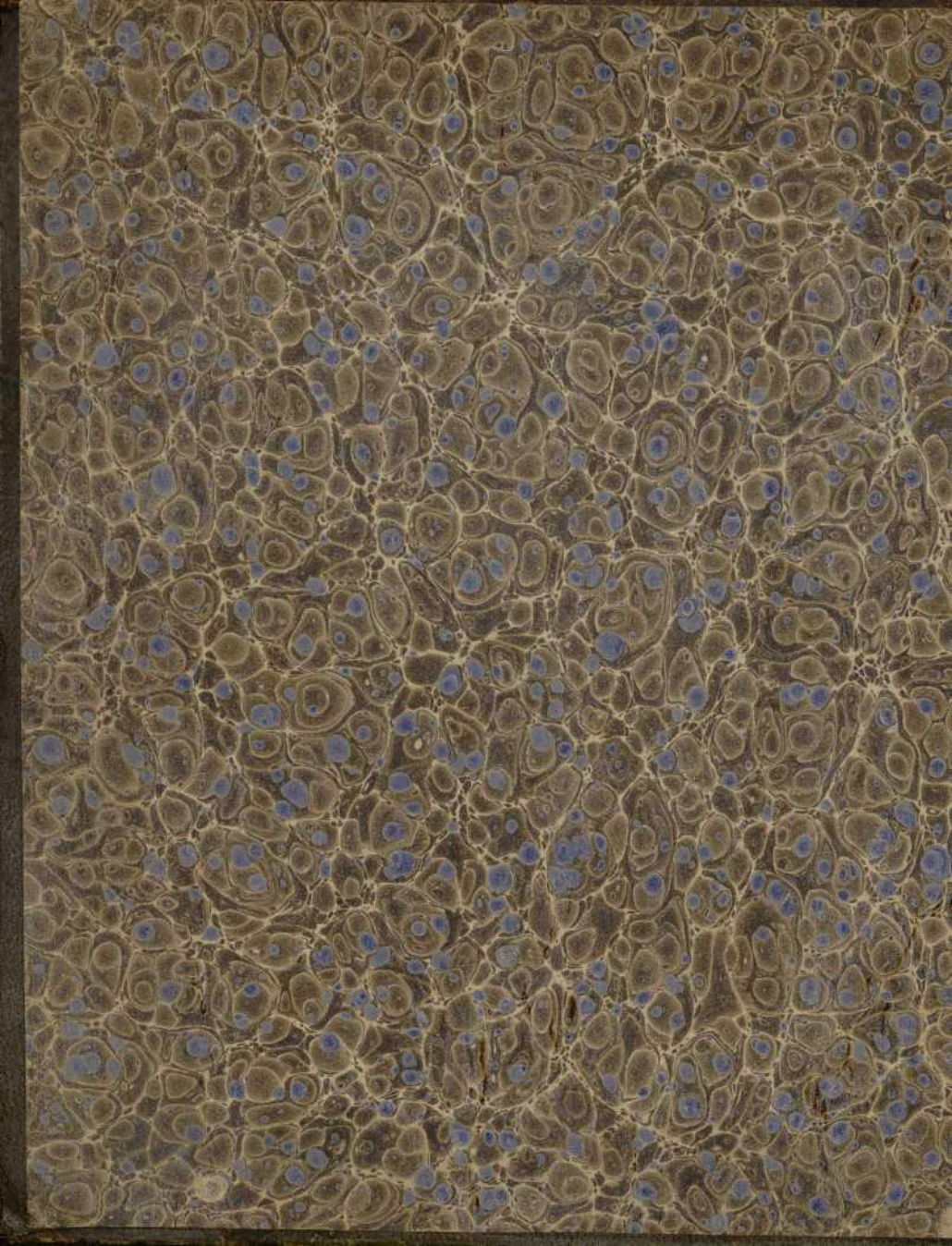
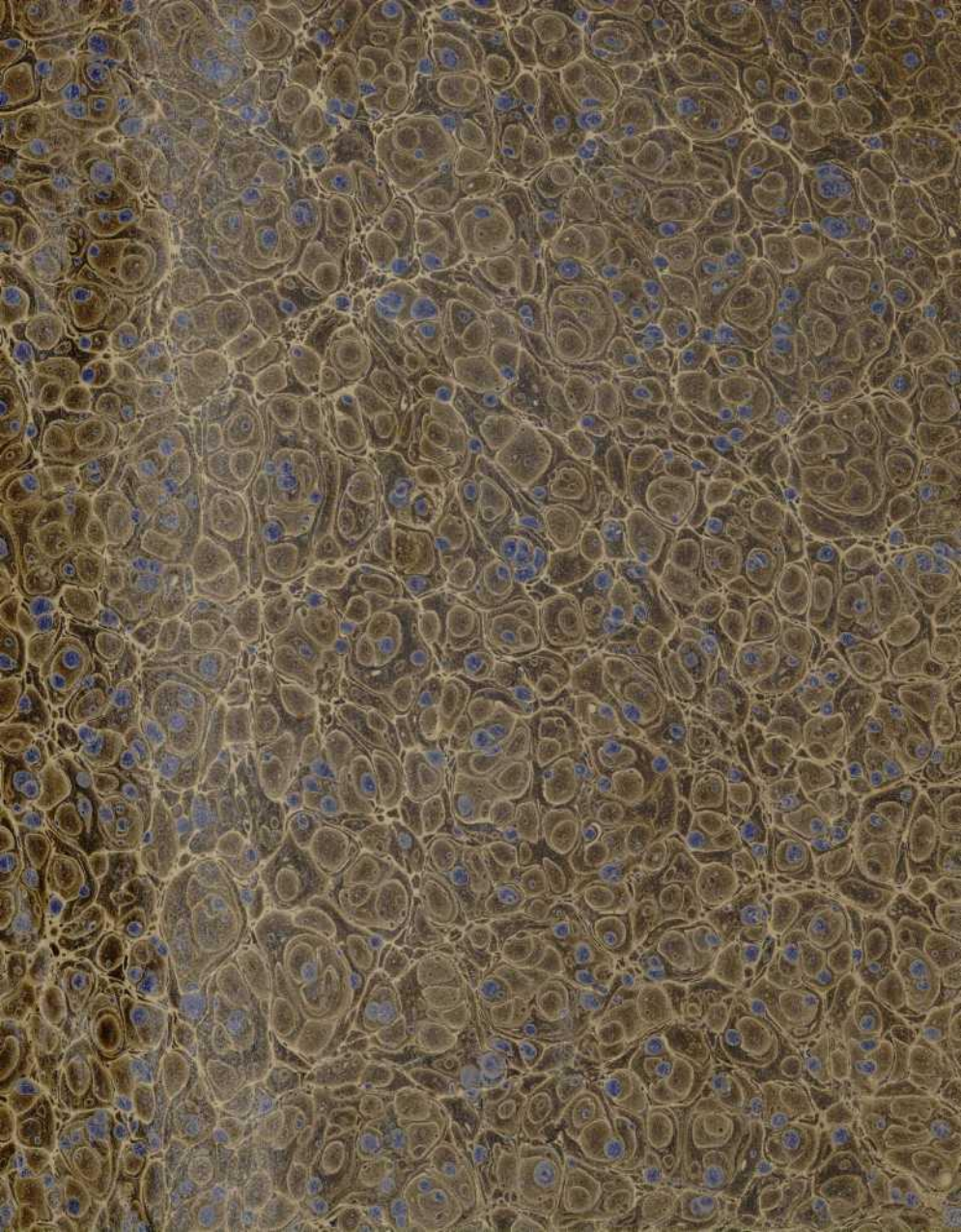


Handwritten text, possibly a title or name, in cursive script.

4





2567

BIBLIOTECA DE VIAJES

TOMO I

LIBRERIA DE / 1-1-19

Biblioteca de Viajes

TOMO 1º



P. GALDÓS



O. MUNILLA



TROYANO



P. NIEVA



TABOADA



CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA
UN DIA EN RONDA. POR LAS RUINAS
LAS ERMITAS DE CORDOBA
UNA ERROSION A PLASENCIA Y YUSTE
PLAYAS Y CICLOPES

BIBLIOTECA DE VIAJES
TOMO I

B. Pérez Galdós

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA

J. Ortega Munilla

UN DÍA EN RONDA
POR LAS RUINAS

M. Troyano

LAS ERMITAS DE CORDOBA
UNA EXCURSION A PLASENCIA Y YUSTE

A. Pérez Nieva

PLAYAS Y CÍCLOPES

Luis Taboada

VIAJES DE PLACER

MADRID—1895.

IMPRENTA DE LA REVISTA DE NAVEGACION Y COMERCIO.

Marqués de Urquijo, núm. 8.

R. 1.104



BENITO PEREZ GALDOS

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA



Santillana

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquella una entrada que dice: «no entres.» El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce á la izquierda y se es-

corre por junto á las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres pueblos del Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que

ha venido desde Torrelavega, por Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta á ver las calles de Santillana, da también media vuelta y se va por donde fué el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, á quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio; el mar de quien Santillana toma su apellido, como la

esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla, ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en otras partes tanto prodiga, y si por misericordia le concede la playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro á la desgraciada villa, no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se

conjura todo: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan, el mar que la desprecia, los caminos que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su benévola sonrisa.

El viajero no ve á Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de



vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve

de paso á otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es pre-

ciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va á ninguna parte más que á ella misma. Nadie podrá decir: «he visto á Santillana de paso.» Para verla, es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados de esta venerable villa muerta son las monjas. Ellas, desde las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construidos hace siglos á la derecha del camino, cuando se baja al campo de Revolgo, pueden atisbar á todo el que pasa, aunque no vaya á Santillana. Disfrutan de ameno paisaje, aunque no espacioso, y de la grata compañía de hermosos árboles y frescas praderas. Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conventos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campo, una lontananza que hace veces de horizonte, y, sobre todo, pasajeros.

Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor, para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche á la entrada, no

sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque no fueron empedradas estas calles, en la creencia de que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de *quién vive*, nos miran con sus negros balconcillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos, fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando, mirando á todos lados, advertimos un fenómeno rarísimo, y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso á un semblante humano. Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro, ó mejor, como el del campo. Ni paso de hombre ni de bruto turba el sosiego majestuoso que rodea aquellas venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía; nada se habla.

Ninguna puerta antigua se pa-

rece á estas puertas; ningún ventanuco ojivo, ningún giboso balcon ni tuerto tragaluz se parece á los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña á los tiempos presentes. Los siglos no han mudado nada, ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartalados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellana-dos rostros dentro de las golillas, y pasando casi á saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con calzas negras.

Hay casas pequeñas cuyo techo

parece estar al alcance de nuestra mano; otras grandes que se estiran manifestando cierta finchada animadversión al vernos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventradas y derrengadas, apoyándose en podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Quitándole á aquélla el peso de una teja diaria con su cansado cuerpo en tierra; esta otra, por el contrario, muestra en sus hermosos sillares gran confianza de sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse en las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido el musgo de tal manera, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las junturas y en los desperfectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozos vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas en que el musgo es resbaladizo y fino como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo á otro, y



moviéndose á compás á impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo con suplicante ademán al transeunte. En otra parte vese en lugar de puerta un gran arco de fábrica por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos oscuros, á cuyo extremo se alcanza á ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja que los reinos de la naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Llénala, al punto que la ve, la incitada fantasía de novelescas historias; que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el primer día de su existencia, y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del pequeño río que van pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta, ábrese una ventana y las vigas de la esca-



CASA DEL AGUILA Y ANTIGUA TORRE REFORMADA

lera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en las cuales se destaca el majestuoso aso-

nante del Romancero. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonaje de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas oscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbra de improviso colores más vivos, y los bruñidos petos lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguiendo al fin. Descansan los caballos, cesan de

chillar las viejas maderas de la escalera, se pierden los pasos, á lo lejos golpean algunas puertas, gruñen, en vez de ladrar, los perros, desaparece la luz, piérdense en absoluta oscuridad plumas y capas, y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.



Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner so-

bre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día, ¿á qué viene esas sombras, donde se mecen gallardas plumas, ¿De qué rincón han salido esos va-

gabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda y reine la vigilante observación que todo lo mide y á cada objeto le da su color y á cada boca su palabra.



Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montanés que no se ha depravado en el muelle de Santander ó en las minas de Reocín. Por la calle de las *Lindas* bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita á Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroída, divisamos un establecimiento moderno.

Parece que se oyé un *alto* brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas á la moderna, y el ánimo

no estaba preparado para transición tan brusca. Mas no hay que asustarse: aquel establecimiento flamante es la botica, y su pórtico hállase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy buen ver.



En la puerta varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana hablando de política, ó de los toros de Santander, ó de las menudas historias de la villa. Y que hay todavía historias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

LA ABADIA



PARA entrar en el atrio es preciso marchar sobre una reja colocada horizontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta á comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas que libremente pasean por las calles de la villa entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante yerba crece en el atrio, y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos en-

trando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su gallardía á los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más ó menos lejano que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los cordones horizontales, que parecen puestos allí para atar las diversas fases de la fábrica. La gran puerta es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntri-

cos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, zigzags, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta caprichosa ornamentación; los ca-

piteles están roídos y las figuras mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende



por una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el ábside, sino terminan á ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta á la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos de medio punto en algunos sitios, y peraltados en otros, parece que buscan ó pres-

gian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse, rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles, ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó

de imitaciones de la naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad á la vista. Todo está cubierto y velado por una capa espesa de yeso, y las figuras se ven como si estuvieran arrebujadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de vergüenza. Es preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña á los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio: desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda, en la figura del monaguillo, que vestido con blusa azul y calzado de alpargatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el aburrimiento pueril propio de todos los monaguillos; en el túmulo negro goteado de amarilla cera

que sirve para recibir las ofrendas, y en el mocoso candelero que las alumbra. Sin embargo, un frontal de plata cincelada cubre el altar mayor, y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican al culto todos los días.

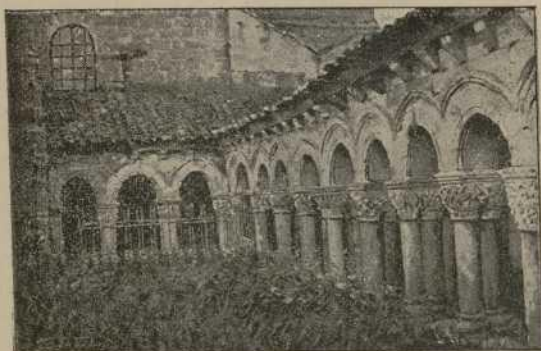
Los sepulcros notables son dos, el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos.



Ambos enterramientos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana.

Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él, lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario, y se mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos á todo el que se atreve á penetrar allí.



III

EL CLAUSTRO

Catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías que forman el claustro. Los que han visto arqui-

tectura románica y de transición, comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas. Los hay

historiados, los hay religiosos, los hay formados de dibujos del orden vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con aquel cuerpo. En una de las crugias, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crugia, la del Norte, azotada por la lluvia, y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es en su mayor parte de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer al suelo. La vegetación ha invadido todo; y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadrilongo, sepultura de

los pobres, ofrece espléndida variedad de las yerbas más lozanas, donde pasta la grey infinita de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquellos que pertenecieron á quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempos de buena cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos, llueven calaveras. En un ángulo un ciprés solitario afilado, negro, pugna por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrean, rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con otras, y resbalan los huesos aplastando á los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea.

De ella, cuando el sol ilumina aquella sepultura revuelta, en la cual todo está destrozado, el muerto y el sarcófago, se observa que la paz de aquellos melancólicos luga-

res supera á cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquel sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada, allí sí que entra todo bajo la esfera de asimilación de la naturaleza, y cuando pase algún tiempo más, cuando en lo que fué lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vea más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas yerbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos, y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua; entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo. En una misma ruina, en una mis-

ma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas,



ÁNGULO SO. DEL CLAUSTRO

estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que

hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera quien pueda enorgullecerse de aquella escoria.

El claustro de la abadía va á pasar pronto. Apresurémonos á verle bien. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Parece que ha pasado por ellos humo denísimo para borrarlos. En otras una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas y aun barnizadas, con pretensiones de llegar á la eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados ó puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no dicen nada, ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto del descanso eterno, se turba cuando entierran á alguien, pero por esta misma razón se turba pocas veces.

*
* * *

Cuando se recorren las calles de

Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve á la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Mena, construcción del anterior siglo, restaurada actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, en preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada pieza, en la cual se ven, formando artístico conjunto, riquísimos muebles antiguos, monetarios, panoplias, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muestran y guardan elegantes y lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto á la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin charol, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfi-

ca que allí se guarda, poco podemos decir por no sernos conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos, referentes á la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas hacen de la biblioteca de Casa-Mena la mejor de toda la Cantabria, y una de las más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio los actuales marqueses han emprendido una serie de restauraciones, que

harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinarés de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombros, al cual se asocia la memoria de Iñigo López de Mendoza, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, á pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

IV.

ALFOZ DE LLOREDO

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares renuncia á las visitas del apresurado caminante. En cambio Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba, se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy accidentado. Los ricos *jándalos*, á quienes Jerez, el Puerto y Cádiz

dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado aquella alegre comarca de risueñas casas. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los caseríos abundan, y en ellos las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos

corta-fuegos, á los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vegetación montañesa se unen el naranjo y el limonero, y sobre la multitud que llena la plaza en horas de fiesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas, el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional, aquel mar que en las curvas de los cerros deja ver á trechos brillantes recortaduras de un azul hermosísimo, parece afectar ¡hipócrita! en días pacíficos de verano la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

El monte de Tramalón remeda las espesas selvas Mariánicas, abrigo de ladrones, y, según afirman mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gentezuela que antes daba sustos que pu-

ñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga, por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza á ver la playa de Luaña, poco há invadida por los bañistas, que han encontrado en aquellas hermosas soledades establecimiento construido, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado á explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quitasoles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales, Venus (admitaseme la generalización del emblema) gusta de volver la espuma de donde salió.

V.

COMILLAS

Para entrar en esta villa de los López y de los cuatro prelados, es preciso atravesar el mar en coche.

Tranquilizáos: hay un puente de roca á roca, y entre éstas mete el Oceano uno de sus poderosos bra-

zos, y con los destructores dedos de espuma revuelve la arena, y arma allí un remolino y una bataho-

la que impone miedo á los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apaga-



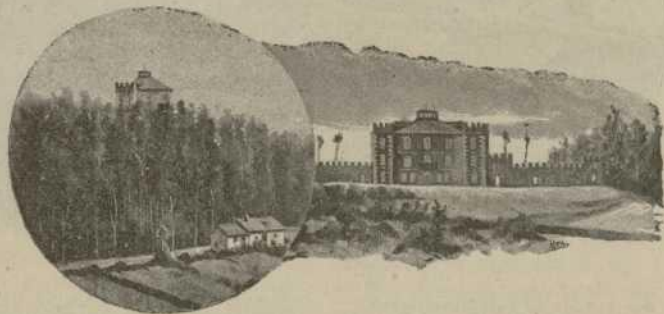
dos hornos de calamina demuestran que por allí han pasado los mineros. Encima, y á vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coteruca*, un palacio que vuela, según está de alto y de enriscado; á la derecha otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado á pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de hortalizas. Enfrente, la calle principal

de Comillas, que sube, baja, da de codo á las casas para que la dejen pasar, y al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo, infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan como las de Santillana, y las nuevas res-

plandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan desde que el empedrado anuncia con estruendoso ruido el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Esta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios. Queriendo, sin duda, gua-



LA COTERUCA

recer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y á la cual algunas casas, que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar, se asoman, empinándose sobre los techos de sus vecinas.

En el Calvario se disfruta de una

de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, y el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de finísimo verdor, hasta la arena immaculada; y al extremo izquierdo



PUERTO

del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar, un puño cerrado que puede contener diez ó doce barquitos con los almacenes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores trasatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una antigua mole de piedra que fué iglesia y hoy parece que es cementerio. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierta día el mayordomo de su excelencia tuvo la malaventurada idea de expulsar de la iglesia á algunas comillanas que habían ocupado dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros y penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron á poblar

las verdosas honduras, altares, bancos, santos, púlpitos, confesionarios, etcétera.

No creían ofender de ese modo á Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa. Mirando hacia la parte de tierra, se ven las colinas grandiosas verdes, con sus rústicas casas; y sobre

todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar, está el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días serenos, arrebujado en nubes, cuando son turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario, recorriendo á escape el lugar donde mora; pero lo que el viajero no puede decir *autoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa cantábrica, y uno de los más morigerados y trabajadores. No le han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un grande y noble amor á la localidad, cualidad que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades muy ensoberbecidas. La circunstancia de contar entre sus hijos á algunos que son capitalistas de primer orden, ha contribuido á sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones á América, sin pesquerías y tampoco sin gran tumulto de ba-



MONUMENTO AL EXCMO. SR. D. ANTONIO LÓPEZ
PRIMER MARQUÉS DE COMILLAS

ñistas, y harto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico, ni derrochador ni avaro. ¡Simpático pueblo, á quien se estrecha la mano como á un bueno y leal amigo!

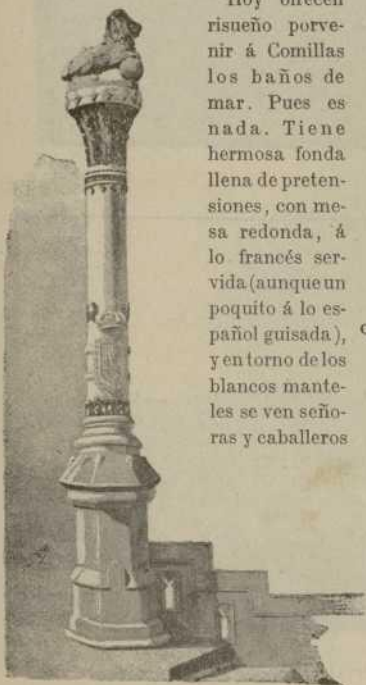
Hoy ofrecen risueño porvenir á Comillas los baños de mar. Pues es nada. Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, á lo francés servida (aunque un poquito á lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caballeros

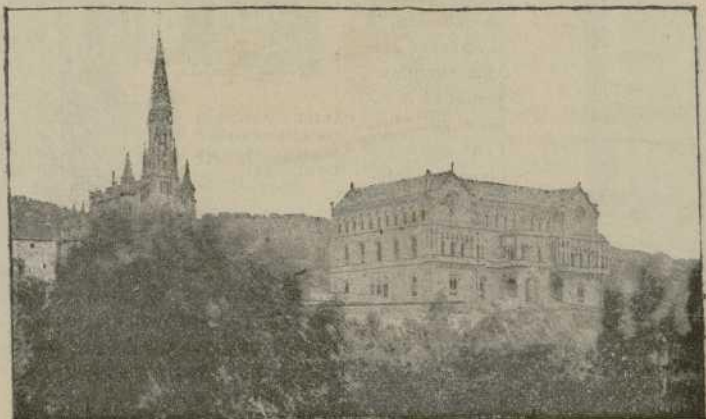
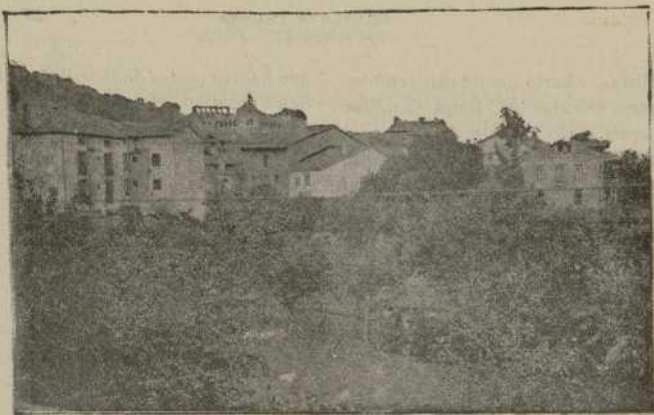
que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pulu-



CAPILLA-PANTEON
DE LOS SEÑORES
MARQUÉSES DE
COMILLAS.

lan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven á la playa y tiritando se embaulan en las frágiles garitas. Oyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos,





HOSPITAL

PALACIO DE LOS SRES. MARQUESES DE COMILLAS

y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oír estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones á cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tam-

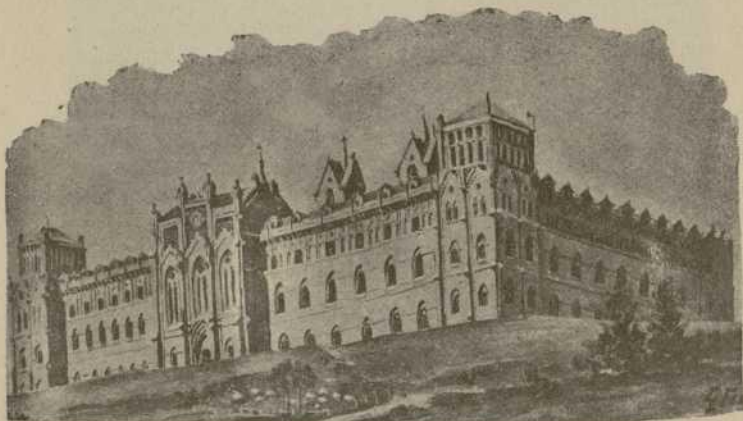


EXCMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS

poco hay *balnearismo* sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los

paisajes. Las maletas vuelven á Madrid llenas de pedruscos, de caracolutos y conchas, con los cuales

se prueba á muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es al- gre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas.



Seminario.

Comillas ha adquirido en los últimos años grande preponderancia, debido al impulso generoso y protector del Excmo. Sr. D. Claudio López y Brú, marqués de Comillas, y de toda su distinguida familia.

La construcción del soberbio seminario para niños pobres; la capilla, panteón y el palacio de los marqueses; el Hospital, fundación del señor don Claudio López y López, y otras obras de mucha importancia, hacen hoy de la villa que tan hermosamente describe Galdós en los párrafos anteriores, una pequeña población que por sus monumentos merece ser visitada.

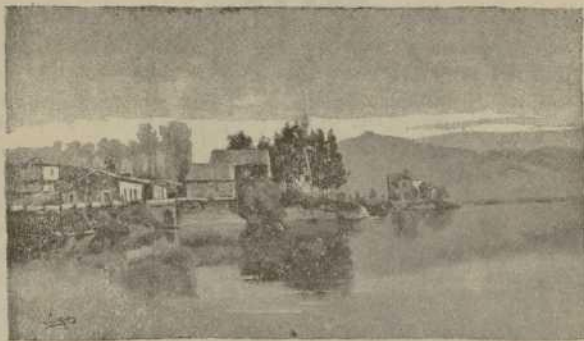
Hacemos esta ligera advertencia para justificar la publicación de algunos de los grabados que no tienen explicación en el texto.—(*Nota del editor.*)

VI

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes

collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de yerbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el



Marismas de la Rabia.

suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden sus dominios absolutos allí donde no entra jamás ni arado, ni dalle, ni azada. En la Ra-

bia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que

unos á otros se quitan ó se dan el agua, según sube ó baja la marea.

Unese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el

incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas



Iglesia parroquial.

montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admira-

bles y grandiosas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí todo es grande, tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas.

Hasta el mismo pueblo de San Vicente, parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus pintorescas casas, alargando á una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuación de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor sería que después de ofrecerse en imagen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre juncos de la mar, ó que se desvaneciera con las figuras del humo en los aires.

Al pasar el gran puente del siglo vi, de treinta y dos arcos, se siente verdadera amargura al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas

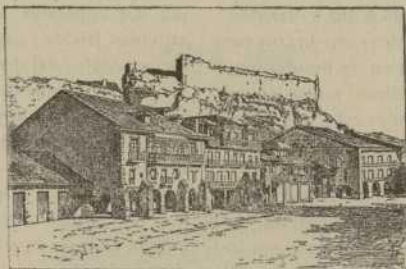
donde hierva afanoso gentío; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un río sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sea tan solo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas antiguas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fué de Franciscos parece que vigila la entrada. Torciendo á derecha mano, después de hacer una reverencia muy devota á lo que fué asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, formada á la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y á la derecha por la muralla inmediata al río. A un lado, obsequeras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, según son de antiguos y pesados; á otro, serena extensión de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grúa, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. Allá lejos,

junto á la orilla, semejante á una choza de pescadores, está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes, ante las cuales recen los hijos del país siempre

que no tengan otra ocupación peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver el resto de San Vicente, es preciso abandonar la calzada llana y trepar por las empinadas



Calle principal.

calles que conducen á la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto al verse rodeado de imponentes ruinas, como si la villa hubiera padecido terremotos é incendios horribles sin tener después una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros y rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espanto-

sa fisonomía pone miedo en el corazón. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente, porque la villa del marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la expresión de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposición de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula, dejándole en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oír que el origen de tanta ruina no ha sido un cataclismo como en Pompeya,

ni maldición del cielo, como en Jerusalem, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencias puras.



Casa del inquisidor Corro.

por esas misteriosas sentencias que suele extender el tiempo, y por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago* de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afán de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras, ó leyendo lo que quede de algún escudo comido de los años, ó las últimas letras de la inscripción he-

rédica que el dedo del tiempo ha empezado á borrar.

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuña ilustre, no sabemos si de *marfil* y *oro*, del inquisidor D. Antonio del Corro, cuya hermosa estatua existe en la iglesia, atenta á la lectura de un libro. La expresión y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afán á que el reverendo levante

la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle á él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla de Bedmar de la catedral de Sigüenza, es grande y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Es preciso salir de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expe-

dición, sino también el atractivo del hermoso país que rodea á la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos la pendiente del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es menos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente citado. Los charcos de las marismas que ro-



Sarcófago del inquisidor Corro en la iglesia parroquial.

dean á San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía. Todas las combinaciones posibles de

rayas de agua, discurriendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si

estuviese en proyecto una nueva Creación del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atención tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente muy

semejante al lomo de un cocodrilo, y después las múltiples series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto á los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

VII

LAS TINAS

La hermosa costa de esta provincia aparece menos risueña á medida que se avanza hacia el Oeste; pero en cambio es más grandiosa, más imponente, ó si se quiere, más varonil. El viajero que sigue este camino marcha de la tierra del idilio á la de la epopeya. El valle de Torrelavega, Reocín, Alfoz de Llorredo, Valle de Cabezón están pidiendo caramillos; pero de estos montes parece que resuena el cuerno de aquellas cacerías legendarias en que un oso se merendaba un rey. Allá todo es ameno y patriarcal; aquí grandioso y guerrero. Al ver las soberbias figuras que á lo lejos conservan en sus altos capace-

tes los últimos rayos del sol, la imaginación no puede apartarse de los héroes de la reconquista. Dejamos atrás al marqués de Santillana, poeta y cortesano, y las deliciosas tierras que podemos llamar abuelas, si no madres, de Quevedo, Calderón y Lope de Vega. Ahora, todo el país adquiere un tinte extraño de fortaleza y rudo vigor, y cuanto alcanza la vista está lleno de D. Pelayo.

Cae la tarde, y las orillas del Nansa se nos presentan tristes y solemnes. Es caudaloso el río, y marcha tranquilo y grave hacia el mar, sin ruido, sin bullanga, entre márgenes solitarias. Pero ya cerca

de su desagüe, los montes parece que quieren detenerle el paso, le cercan, le amenazan, reflejando sus negras masas en la superficie de él. Nansa se aturde, da dos ó tres vueltas, como si meditara qué resolución debe tomar en presencia de tan grave apuro, y al fin por un boquete estrecho descubre el mar. No vacila, toma su partido, y se arroja fuera de la tierra con tanta prisa que es evidente su intención de no volver más á ella.

Esta situación de los montes, que parece quieren estorbar que el río cumpla su destino, yendo á parar al mar, como la vida entra en el morir, es lo que produce el aspecto de tina, dando origen al nombre de Tinamenor. La mayor está más allá, en el conflicto de otro río á quien las montañas se empeñan en atajar también. Este es el Deva, límite entre Santander y Asturias.

Tinamayor no es menos triste que su compañera, porque los montes que la forman proyectan una sombra siniestra sobre el agua que en gran caudal baja de Liébana. El Deva descubre una gran curva, y apenas se ve su salida, que es estrecha, tortuosa y oblicua,

una especie de salida estratégica. Se desliza por una juntura, haciendo, con su astucia gentil, burla de la fuerza que quiere oponérsele.

Su orilla izquierda es llana y baja, y ningún incidente marca el paso del agua en la gran curva que forma la corriente; de modo que si entra algún buque aparecen sus mástiles enmedio de un verde prado. Un par de ellos había en Tinamayor, cuando nos honramos visitando este extremo de la gran Cantabria, y la escasa luz de la tarde no nos permitió determinar bien lo que significaban aquellos escuetos palos aparentemente plantados en tierra como árboles de cucaña.

Unquera es la margen derecha de tierra santanderina, Bustio la izquierda orilla en el reino de Asturias. Un puente interprovincial, fabricado con vigas, une estos dos caseríos, bastante frecuentados por diligencias y carros. Se parece tanto aquello á un lindero entre dos naciones, que no se puede resistir la tentación de pasar el puente y poner el pie en tierra de Asturias; pero todo es igual, el suelo y la gente, idéntico el lenguaje que en una y otra parte hablan los carreteros.

Pocos atractivos ofrecen Unquera y su parador de Blanchard, donde un francés industrioso da de comer á los pasajeros que frecuentan aquel camino. El parador, dicho sea en honor de la verdad, tiene tan marcado y patente su parentesco con las antiguas ven'as, que no es necesario preguntarle nada de su abolengo. Sólo en la cocina se echa de ver que anda por allí la mano de un francés, no tan solo por los nombres exóticos de los platos, sino porque gran parte de lo que allí es servido se puede comer y aun parecer sabrosísimo al sentido del gusto, mayormente si éste no ha tenido gran cosa que hacer desde Comillas.

Pero lo característico del establecimiento Blanchard es el ruido, que ofrecen allí todas las variedades y clases diversas de lo sonante, en tales términos, que la humana oreja no tiene nada que desear. El que haya pernoctado en Unquera lo ha oído todo, porque los techos, los pisos, los tabiques, la escalera del frágil mesón, han sido hechos con habilidad suma para que ni el más leve rumor se escape. Como no es posible admitir que ningún nacido haya logrado conciliar el

sueño á orillas del Deva, no puede suponerse de qué modo retumbará en el cerebro del viajero dormido aquel horrendo estrépito de coches, y el pisar de las fatigadas caballerías, y la charla de los pasajeros que entran y salen, y el incesante ladrido de todos los perros del mundo congregados en las inmediaciones.

El solícito arquitecto, ansioso de que su obra no dejase nada que desear, debió tomar todas las precauciones para evitar que algún viajero sibarita se entregase á los nefandos deleites del sueño. Atento á realizar su humanitario plan, dispuso que debajo de los dormitorios estuviese la tienda de comestibles y cantina, donde debían congregarse los mayores y carreteros para hacer sus libaciones. Gracias á esto, cuando alguno de esos holgazanes que viajan por puro gusto de viajar, se mete entre las sábanas y pide á la almohada un poco de reposo, se ve de súbito sorprendido por chispeantes diálogos, por galanas disputas, por apóstrofes y blasfemias de aquellas que levantan ampollas; y adquiere preciosas noticias sobre mil asuntos que algún día podrán serle de gran uti-

lidad. Muchos, y entre estos tuvimos ocasión de contarnos, se dan á todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados, que anhelan silencio y soledad.

Todo en el mundo tiene remedio,

hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno efficacísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando, al despuntar de un nebuloso día, el camino de Peña-Mellera, remontando el Deva.

VIII

SAN PEDRO DE LAS VADERAS.—PANES.

Aquel río, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los hondos pozos, bullendo en graciosas cascadas, y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas, semejantes á estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos que no se puede

menos de bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas, señal de la proximidad de los montes; pero á pesar de esto, el paisaje es sumamente alegre y variado, contribuyendo á ello la amplitud del horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es su pendiente inútil en la margen izquierda, para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar

las obras públicas á ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión á los inocentes traficantes y pasajeros; pues según la pública voz, la incomprendible cuesta de San Pedro de las Vaderas, no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa á la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara sus desvíos amorosos hasta el punto de obligar á todos los viajeros de Peña-Mellera á pasar bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe á la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas

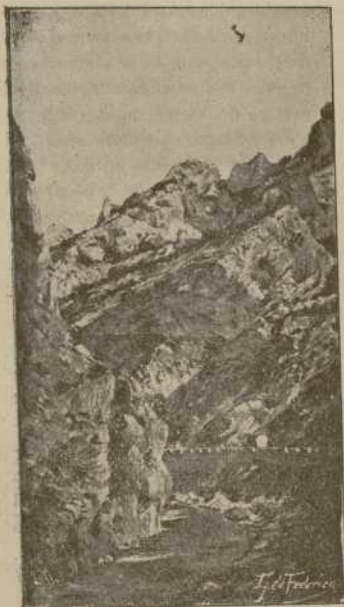
amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia, país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra, habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, ceñudas, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente á nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

IX

LAS GARGANTAS

Llaman á aquello gargantas; también puede llamársele propiamente el *esófago de la Hermida*, porque al pasarlo se siente uno tra-

gado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza á percibir la vista. El camino, como el río,



va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que hoy no han hallado aún las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo aquello se mueve como si no tuviera base.

La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí el pánico que precede á los grandes desplomes, es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, porque una cordillera está suspendida sobre su cabeza.

En algunos sitios, la enorme mu ralla deja de ser vertical y se inclina hacia fuera amenazando; en otros se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra, sino en mezquinos huecos y grietas, y la vegetación se agarra á ella hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos á otros, poniendo en tierra un pie ó una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río lento, igual siempre, monótono, acompaña todo el tránsito y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las caña-

das angostas como las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno á derecha ó izquierda, y ve bajar despeñado, insensato, furioso un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que á cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que descienden en tropel de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Parece que se acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no puedan subir más, alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan el cielo con terrible gesto; pero no se puede precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera

parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgreñados que el viento agita, ó la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lunares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran á cada paso y monolitos inmensos, que parecen hombres gravemente sentados ó dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo, por lo cual se ven enormes trozos, á semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita y el sublime espectáculo que ven los ojos, se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza, que al fin parece que todo es obra del espectador mismo y que no hay nada sino una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin á un punto en que las montañas nos dan algún res-

piro separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de

baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en la Hermida.

X

LA HERMIDA.

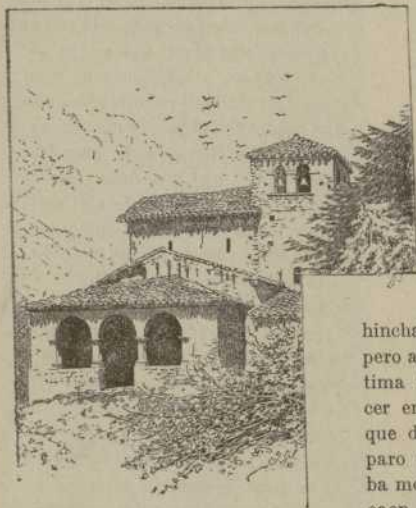
Cuando se fundó este lugar, debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A la Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas ó quizás hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante á los que debieron estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen á la

intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo á los aires colados. Luego pueden ponerse á secar al sol, como ropa, y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de la Hermida á una persona ilustrada y rica, no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. Entonces los manantiales hirvientes serían apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental ó enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones veraniegas. Tal como hoy está, ofrece la Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de termalidad empleado en los

tiempos que llaman prehistóricos, y si esto no carece de encantos

encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.



Iglesia de Lobeña restaurada.

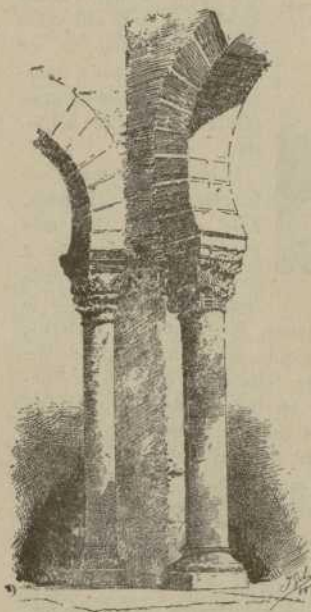
para ciertos viajeros, es con la condición indispensable de estar allí poquisimo tiempo, el necesario tan solo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lobeña, el edificio de más importancia que se

encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Difícil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lobeña tiene mejor situación que la Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho á donde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo hinchan las aguas de invierno; pero aun así, es muy digna de lástima toda alma á quien tocó nacer en tal pueblo, á pesar de que debe suponérsela bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen á uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está obscurecido el sol durante meses enteros, cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como en una corneta, y cuando caen chorros de agua, arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo,

como condenados que van camino del infierno.



LOBEÑA. — *Detalle de los arcos de la parroquia.*

Nosotros pasamos en verano la garganta (también llamada *Hoz de Potes*), y no logramos salir de ella sin que se nos nublaste el sol y se

alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas, que tan comunes son en el país cántabro, nos sorprendió en Lobeña, atajándonos el paso; pero en realidad podía perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el famoso día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de la Hermida, no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrando por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar á los duendes dormidos; pero lo terrible era cuando en mitad de la garganta se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como impacientes guerreros, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgreñándose con furor, hasta que el uno lograla vencer al otro, le hacía volver



Santa María de Lobeña.

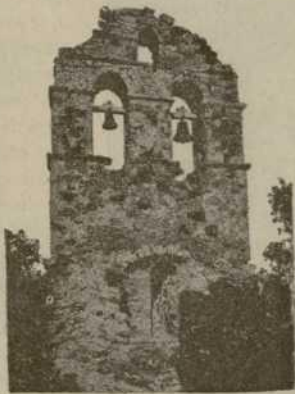
atrás, y después le iba persiguiendo y dándole caza por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua; mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que será aquello en las noches de invierno, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces seguramente no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos se dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movable, y conmovida la informe arquitectura y los góticos picachos, sobre el camino y sobre el río lloverán catastrales.

Por fin volvemos al mundo; por fin nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que

despertamos de una pesadilla, ó que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de

lo apacible, de lo apropiado á la planta y á la existencia del hombre llena ¡nuestra mente. Todo te anuncia ya ¡oh deseada Potes! villa ilustre y señora de estos agrestes montes.



Campanario de una iglesia en Liébana.

POTES

Preceden á este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven allá lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido término toda la flora de España. Sus viñedos dan un mosto mejor que el mejor chacolí, fresco y puro como Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que, si no llegan á lo de Trébedes, superan á lo mejor de Westfalia é igualan al nobilísimo estirpe de York. Todo allí es bueno, aunque pequeño. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues no hay fórmulas á propósito para pintar las casas jibosas de la calle principal, estrecha y negra como

alma de usurero. Hay, sin embargo, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es



Hoz de Potes.

no solo transitable, sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo.

«Allí están los osos,» le dicen á uno; pero muchos de los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa, lo mismo que sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los do-



Ruinas de un templo.

mingos, no tienen semejanza ni parentesco alguno con los montañeses. La fraternidad administrativa no puede quitar á Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que

no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden y hasta en los

cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira la plaza desde los balcones de la fonda, parece, según la expresión de uno de mis compañeros

de viaje, que se ha derramado un tintero sobre aquella.

El grande y más legítimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio.



POTES

XII

BASTA

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora á nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta

villa de Potes no terminará sino allí en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en acecho las

tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volvemos á recorrer la Garganta de la Hermida, y la pasamos á la luz de la luna, que la alumbraba con tristísima claridad, asemejando los tajos á gigantesos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes, saludamos de lejos á Unquera, deseando muy buenas noches á los que se albergan en el parador, y pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos á la bifurcación del camino. Preferimos el del interior y visitamos á Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de toda la Cantabria occidental.

He descrito á grandes rasgos este viaje, tan solo por complacer á cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia

hubiera enflaquecido, cayendo en la tentación de probar for'una. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han explotado con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner gran recelo al ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santederinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria ha sido descrito con poético y gallardo estilo por el insigne escritor D. Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país, han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de D. José María de Pereda, á cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del Sr. D. Andrés Crespo.

En lo relativo á erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado

nada, absolutamente nada á lo que los montañeses saben de su país, y que muy poco enseño á los ex-

traños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropia-



D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

da á preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía

á la mano y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA


**UN DIA EN RONDA
POR LAS RUINAS**



DE OIA EX HOMINA
POM LAS RUMAS

UN DIA EN RONDA

A mi guía en Ronda D. José del Río.

UANDO el tren que me conducía desde Bobadilla á Ronda empezó á escalar las alturas de la Serranía, avivóse en mí la impaciencia que había determinado mi viaje. La pendiente que subía la locomotora con respiración fatigosa, arrojando alternativamente por uno y otro de sus pistones todo el vapor que podía, las lomas á cada kilómetro más ásperas, la tierra vegetal que empezaba á faltar, el panorama de cimas de granito que se desarrollaba en vasto anfiteatro, los sembrados que cedían el campo á espesos encinares, parecíame el prólogo natural de aquel gran espectáculo que yo me había prometido tantas veces. Se me había hablado del *Tajo de Ronda* como de algo extraordinario, grandioso, único en su género, como objetivo de

expediciones llevadas à cabo por el «amor al arte de la naturaleza», si es lícito unir estos términos en una frase; como de una «obra geológica» digna de figurar en la memoria humana à la misma altura en que están el *Colosseo* de Roma ó las Cataratas del Niágara, las pirámides de Egipto ó el Vesubio. Se me había pintado como uno de esos rincones del planeta en que la materia parece vivir y experimentar en cada uno de los moléculas del granito, en cada una de las hojas de sus árboles y en todas las gotas de sus caudales líquidos el sentimiento de lo sublime. No era necesario tanto para que, quien está dispuesto en toda ocasión à ir por esas líneas férreas en busca de horizontes nuevos, emprendiese el viaje.

A penas llegué à Ronda, el discreto y cariñoso guía me ordenó seguirle. Su amor propio de rondeño estaba interesado en que cuanto antes pudiese yo añadir mi admiración à la de cuantos viajeros llegaron al borde de aquel inmenso abismo, y quiso realzar el encanto del espectáculo con el de la sorpresa. Condújome por varias calles y plazas sin decirme à dónde íbamos à parar.

He aquí que me encuentro en un paseo con sus gentiles arboledas, sus bancos de piedra y sus verjas de bien forjado hierro.

—Este paseo se llama la Alameda—me dijo el guía,

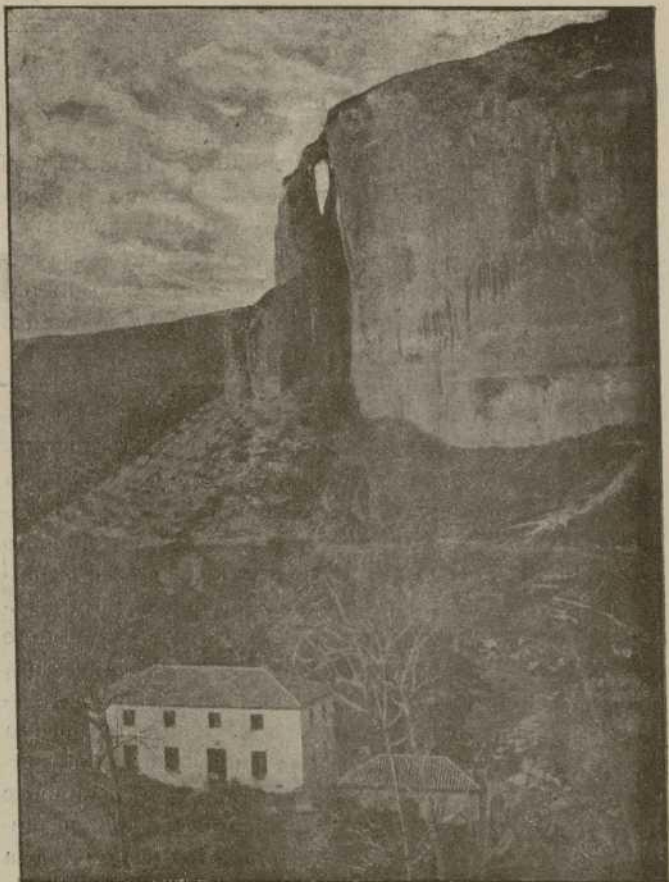
—No me parece mal; pero, francamente, no he ve-

nido á ver un paseo semejante á cien paseos de cien poblaciones diferentes. ¿Y el *Tajo*?

—Ya iremos.

Seguimos por el paseo central de la Alameda y ví que estaba limitado en uno de sus extremos por una altísima reja de hierro apoyada en fuertes soportes de piedra. Aquella verja ó balconaje ocupaba toda la extensión de la Alameda. Pronto llegamos al fin del paseo, y entonces... entonces me encontré deslumbrado, confuso, absorto...

Estaba en el borde del *Tajo*. El codiciado espectáculo se me ofrecía de improviso, sin preparativos ni anuncio. Debajo del balconaje un muro cortado á pico bajaba á profundidades misteriosas é infinitas. Allá, en lo hondo, veía correr el agua centelleando por los reflejos del sol; veía casitas que me parecían propias no más que para albergar muñecos, arbolitos microscópicos, cuadros de huerta comparables á bordados retacillos de cañamazo y grupo de hombres cavando que podían pasar por naturales de Liliput. El panorama, inmenso, producía el vértigo. En vano quería la atención fijarse en algún detalle de aquel conjunto, porque el todo atraía y dispersaba esa atención como un espejo la luz. Inútilmente podría intentarse un sistema de descripción metódica, porque los ojos miraban sin querer á todas partes, volando de un lado á otro, cual si la grandiosidad del panorama hiciese desear un medio de



EL ASA DE LA CALDERA

percepción más vivo, más intenso y más poderoso que la vista del hombre.

Bajo nuestros pies volaban las águilas y los alcotanes, que tenían sus nidos en los agujeros de aquel extenso muro. Bajo nuestra vista se extendía una inmensidad que no podía abarcarse en una sola mirada. La cantidad de cielo, de luz y de aire que había debajo del balcón á que nos asomábamos, daba á aquello algo de visión aerostática y nos hacía creer que no estábamos en la tierra, sino suspendidos sobre ella á mucha altura.

A la derecha se prolongaba el muro, vertical, liso, sin saliente ni desigualdades, hasta terminar en un á modo de estrecho y elevadísimo torreón llamado por el vulgo con exacto sentido pictórico el *asa de la caldera*. A la izquierda el muro retrocedía é iba á esconderse súbitamente tras espesa vegetación de matorrales.

El río Guadalevín, que caía por una pendiente, todo espumoso, luchando con las piedras y precipitándose en cascadas, más parecía pintado que real, porque desde la altura de nuestro observatorio no se advertía el ruido ni el fragor correspondiente á su accidentado curso. Frente á nosotros una suave loma ascendía del hondísimo abismo, y hacia la izquierda, elevándose bruscamente, iba á apoyarse en otro muro, enorme, plano y como pulimentado, en el que á diferentes altu-

ras el agua corría por cauces abiertos en la piedra, por primitivos acueductos de madera, entrando en un molino pequeñísimo y saliendo de él para ir á otro, y luego á otros, que con sus míseros tejados y sus viejas paredes diseñaban en la gigantesca pared natural una línea descendente. Higueras de profusa vegetación, nogales, olivos y otros árboles crecían cerca del agua, que por todas partes corría y se derramaba, ya blanquisima de espuma, ya cristalina y diáfana. Colgajos de hiedra tapizaban á trechos las piedras. Juncos y espadañas aparecían en los remansos y donde quiera que salpicaba el corriente y brillantísimo líquido.

Todo se veía minúsculo, pequeñito, reducido y afinado por la distancia, y las casas eran como dados, cuyos puntos negros fuesen las ventanas; los árboles verdes ramitos, y dos bueyes que araban en un declive parecían propios de la zoología de los infantiles nacimientos y debían conducir una reja del tamaño de una aguja de bordar.

—¿Le ha visto usted ya bien?— me dijo mi guía.— Pues aún no hemos empezado. El *Tajo* tiene cuatro puntos de vista distintos en absoluto, tan distintos, que se diría corresponden á diferentes panoramas... Ahora vamos al Puente Nuevo.

Y retrocedimos por la Alameda. Esta, que me había parecido antes de saber que una de sus paredes era el mismo *Tajo*, vulgar glorieta de provincia, hija del ado-

cenado espíritu de progreso municipal, inventada para que una murga toque en su centro los días festivos, diputéla por uno de los más hermosos puntos de vista del mundo.

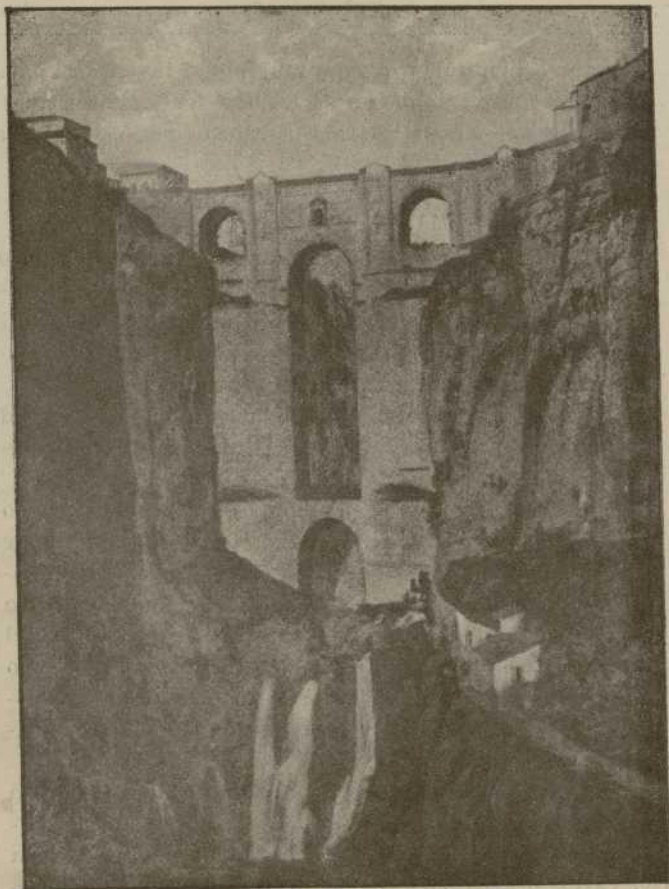
Volvímos á la población, recorrimos de nuevo varias calles, y nos encontramos en el Puente Nuevo.

—Aquí hay dos puntos de vista del Tajo. Mirando desde el pretil de la derecha es continuación del que usted ha visto desde la Alameda. Mirando desde el pretil de la izquierda, el aspecto varía por completo. Elija usted por dónde ha de empezar.

Así me dijo mi acompañante, y yo usé de la libertad que me concedía para aproximarme al pretil de la derecha.

¡Qué elevación la del puente! Abajo se veía un arco estrecho, altísimo, y aún más abajo, otro arco de menor luz; en el paño de muro que hay sobre ambos descúbrese un balcón de monumental herraje, correspondiente sin duda á una estancia que se halla bajo el piso del puente, y en donde es fama que eran encerrados en otro tiempo los reos de muerte en sus últimas horas de agonía. ¡Terrible lugar para la meditación y el arrepentimiento!

El Guadalevín pasaba por la hondura con relativa mansedumbre; pero luego se precipitaba por una cascada, y luego por otra y más lejos por otras cien, se dividía en varios brazos para rodear los obstáculos que encon-



EL PUENTE NUEVO

traba, volvía á unirse en una sola corriente, y se detenía en pequeños remansos, como si pretendiera buscar reposo en su loco despeñamiento. Pronto se veía obligado á saltar de nuevo, á deshacerse en espuma, á flotar pulverizado, á resbalar por canalizos oscuros y verdinegros, cubiertos de culantrillos y musgo, que lo llevaban á mover la rueda de un molino y á caer cien veces por cien bruscos desniveles, y por otras tantas presas, cuyo borde tapiza el verdín.

Desde el balcón de la Alameda el Tajo se ofrece al observador en toda la severa majestad de la calma, luminoso, inmenso, como el más apropiado lugar para que en su seno elevara desde la hondura á las cimas su palacio esplendente el hada de la luz. La tranquilidad divina de aquel inmenso espacio, llena el alma de dulce reposo. La emoción de lo sublime va acompañada de cierta dulce tranquilidad. Diríase que Dios ha labrado aquel balcón para que los hombres aprendan desde allí á contemplar los grandes espectáculos.

Desde el pretil derecho del puente la emoción sube de punto y cambia de carácter.

La movilidad vertiginosa de las aguas; las espumas que caen desde elevadísimas cascadas con blancura que es la de la plata fundida; la elevación del puente con sus arcos ciclópeos y sus murallones babélicos; las quiebras, ángulos, oquedades y accidentes del terreno, que ya sube hasta tocar el muro natural del Tajo,

ya descende á buscar las profundidades de la hondonada; el fragor de las aguas despeñadas; la obscuridad de algunas masas de arboleda que asoman sus copas brillantes por el continuo beso de la humedad; lo menudos que resultan en aquel ingente anfiteatro de granito los molinos medio hundidos en las rocas, medio anegados en el río, como si la pequeñez del ser humano se revelara allí en aquellas inapreciables é insignificantes edificaciones, más parecidas á misera obra de castores que á arrogancias de la industria; el aspecto dramático y agitado de los detalles y del conjunto del paisaje llenan el alma de miedo y de intranquilidad.

Pero aún nos queda que ver otro aspecto del Tajo. Abandonad el pretil derecho del puente. Acercáos al pretil izquierdo. Allí el espanto os sobrecoje. Dante con sus escenas infernales, Gustavo Doré con sus páginas llenas de horror grandioso acuden á la memoria, como si lo que vemos no fuera sino reproducción de lo que cantó el poeta y diseñó el artista.

A un lado y otro del puente elévanse á las nubes y descenden hasta cien metros sendos muros de piedra que parecen acercarse para encajar en una sola masa, volviendo á ser lo que eran antes del espantable cataclismo geológico que produjo este grandioso fenómeno. La luz llega difícilmente á la hondonada estrecha por donde corre el río; el sol dora los altísimos remates de los

muros; pero no puede alumbrar el interior de aquella sima, que es al mismo tiempo cárcel lóbrega de inaccesibles murallones.

No hay que tener mucha imaginación para creer que aquel río obscuro, que corre en lo más hondo, es la *riviera di sangue bollente*, en que el vate florentino quiso hundir á los violentos y á los tiranos bajo las flechas de los centauros. Los obreros que en lo más profundo y obscuro trabajan en componer una presa, imaginaseles condenados á suplicio dantesco. Frente á nosotros este enorme, espantable y gigantesco callejón, cuyas paredes grises parecen tener cien metros de altura, hace un recodo que aumenta la sobreguez del espacio. No concibió jamás la mente escenario más á propósito para la aparición de los espíritus misteriosos del Averno. Allí se conciben las negras pesadillas de los demonólogos; la turba de brujas describiendo en el aire una espiral erizada de agudos perfiles, de escobas y guñapos; los genios del mal surgiendo de las entrañas del planeta para escalar el cielo; el espanto de lo sobrenatural dominando la razón. Allí se delira sin fiebre y con los ojos abiertos.

La distancia que hay desde lo alto de los dos muros hasta el lecho del río es enorme, la tenebrosidad aumenta en lo hondo á medida que la tarde avanza. Pronto llegarán á la rápida revuelta de este tenebroso y prodigiosamente grande callejón Dante y Virgilio, detenién-

dose un punto cerca de la corriente del río antes de continuar su visita á los infiernos.

El guía, que iba gozando con mis sorpresas y dirigiéndolas, me arrancó del pretil y me ordenó seguir la marcha. Obedecile en silencio, y sugestionado todavía por lo que acababa de ver, me dispuse á bajar á la parte inferior del Tajo.

—Hasta ahora ha visto usted esto á vista de pájaro. Vamos á verlo en detalle, descendiendo á pie por los molinos hasta poder mirar desde abajo lo que ha mirado usted desde arriba.

Echamos por estrecha, pendiente y peligrosa senda que serpea al lado del muro izquierdo del Tajo. Con nosotros baja el agua ruidosamente por todas partes y á distintas alturas. Cae por el lecho del río fragosamente. Cae por un estrecho cauce abierto en la piedra. Cae al otro lado de la hondonada por canalillos de madera, de latón y de teja.

A veces tenemos que arrastrarnos por las piedras resbaladizas; á veces nos vemos obligados á bajar la cabeza para no tropezar con el muro que pierde la línea vertical é inclina sus cimas como para mirar lo que pasa allá abajo. Aquí la senda entra en un molino, pasamos por él, saludamos al molinero, oímos el áspero ruido de la piedra, percibimos el olor característico del trigo humedecido y continuamos la marcha. Luego saltamos un puentecillo hecho con podridos y viejísimos leños. Allá

la senda va entre un canal ancho y profundo y el abismo: el agua corriente de un lado, y del otro la hondura profundísima, invitan al vértigo. Pasamos deprisa.

Hay once molinos. Todos arrimados al muro, medio escondidos en alguna oquedad, todos ensartados en la senda como atanores en sogas de noria, todos míseros y primitivos, sin otro espacio que el indispensable para la giradora piedra y el camastro del molinero. Bajo el piso del molino retiembla el agua detenida en la esclusa, y después de cumplida su obligación de empujar la rueda, sale impetuosa por dos arcos de irregulares bordes, revestidos de musgos y enredaderas.

Seguimos la senda, siempre en descenso. El abismo va apareciendo á nuestros ojos con toda la infinita y variada riqueza de sus pintorescos detalles. Ante nosotros, en el muro frontero, vemos una gruta grandiosa, donde el río hace remanso. Tapan su entrada cortinas de yedras. Crecen en su boca, de forma de arco, cabrahigos y muchedumbre de flores labiadas. Miles de pájaros vuelan sobre el río. Aún estamos muy arriba. Baste un detalle para juzgar: las águilas pasan á nuestros pies, y podemos decir con el poeta de Altobiscar: «Mi cabaña está tan cerca del cielo, que veo el lomo del buitre cuando sale á buscar su caza.»

De improviso, la senda hace rodeos inesperados, y siguiéndolos, nos hallamos como encerrados en el seno de un ángulo de granito. A cien pasos de nosotros está

un molino, poco más abajo otro. Sin embargo, aquel escondite nos ha apartado bruscamente de toda comunicación humana. Podemos creernos aislados de todo signo de población.

Queremos detallar el número de las cascadas: no es posible. El río á la mitad de su caída se precipita partido en dos raudales por un peñasco que lo divide y pulveriza. Las dos colas de agua describen graciosa curva, y vuelven á unirse en el aire y á separarse poco antes de caer al suelo, por efecto del impulso violentísimo de su despeñamiento. Estas cascadas son blancas, níveas, ruidosísimas. De un molino se escapa medio río y se precipita como huyendo de cárceles y prisiones. Se adivinan el esfuerzo prepotente del agua, su lucha contra los obstáculos que el hombre ha querido ponerle para que siguiera trabajando, su triunfo y su evasión que causan alegría, el ruido armónico de su caída entre yedras y juncos parece un grandioso himno á la libertad reconquistada.

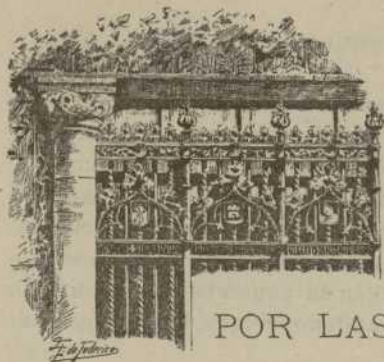
Miramos hacia el puente, y éste se nos presenta en toda su majestad ciclópea. No es posible dar idea de las medidas, de las longitudes. Si os dicen que desde el pretil á la base tiene el puente 96 metros, juzgaréis equivocada la cifra, porque la angostura del callejón en que se yergue, la elevación de los muros, el desnivel que se observa en el cauce del río, aumentan el efecto óptico de las distancias, que resultan enormes. Este no es un

punte, es una altísima torre, de cuya base mana un torrente.

Al fin de nuestra expedición, en lo hondo del barranco, nos esperaba agradable almuerzo, que saboreamos en la fábrica de harinas del Sr. Sanguineti, cerca de una ventana que nos permitía seguir contemplando el bello panorama, oyendo la música del agua, soñando con lo que habíamos visto y viendo lo que nunca nos habíamos atrevido á soñar.

—¡Ah!—pensaba yo mientras procuraba recoger en mi memoria las impresiones del viaje.—¡Si Castelar, que ha estado en Ronda hace poco, quisiera!... ¡Qué hermoso artículo escribiría pintando este grandioso escenario, reservado sin duda á la genial pluma colorista que trazó los *Recuerdos de Italia!*

Córdoba, Mayo 92.



POR LAS RUINAS

A LOS muchos descuidados para quienes no hay catástrofe esperada ni desgracia que pueda evitarse, á los que como el mancebo de la fábula duermen á pierna suelta al borde del pozo, debe servirles de aviso el éxito logrado por España con sus Exposiciones históricas; de aviso digo, porque, en efecto, es grande la riqueza acumulada en el Palacio de Recoletos; pero aún fuese mucho mayor si la inacción y la ignorancia no dejaran perderse cada día joyas invaluablees de todas especies, en que brilla el genio hispano y en que se avalora el arte nacional. Ninguna ocasión como esta para emprender una campaña en pro de los templos que se arruinan, de los monumentos históricos que se vienen abajo, de la Alhambra amenazada de hundimiento, de la catedral de Córdoba, que necesita restauraciones importan-

tes, de muchos edificios entre cuyas piedras hay algo del alma de las edades pasadas. Nunca tan oportuna esa campaña; á ver si el entusiasmo que produce la contemplación de los prodigios reunidos en la Exposición daba de sí un resultado práctico, y de los festejos del centenario quedaba memoria perdurable al sustituir cierto cuidadoso celo en la conservación de nuestras glorias al salvaje abandono en que hasta hoy las hemos tenido.

He de aprovechar la ocasión para decir algo de monumentos que he visitado, y al hacerlo, complazco indicaciones honrosas para mí y el propio estímulo de mi alma.

No serán muchos los visitantes de la Exposición de Bellas Artes que se fijen en unos planos que allí hay, y que van firmados por el distinguido arquitecto barcelonés D. Francisco del Villar y Carmona. Estos planos merecen atención grande, porque representan la perpetuación de un templo hoy herido de muerte, admirable por todos conceptos, único acaso por su historia, su originalidad y su poesía. Hablo del monasterio de San Cugat del Vallés.

A pocos kilómetros de Barcelona, en el fondo de amplia cañada, toda ella vestida de pinos, entre el caserío de humilde población, álzanse los muros de este monasterio, objeto de estudio para el artista y el historiador. El arte románico brilla allí en toda su pureza. Al pasar

la plazoleta de entrada, al pisar las viejas losas del patio de la Allotgeta, al descubrir el hermosísimo rosetón calado, donde los colores del prisma parecen aprisionados en el delicado marco de encaje; al levantar el pesado cortinón que cubre la puerta y verse en las tinieblas evocadoras del misterio que llenan la amplia nave, no es mucho que la imaginación retroceda á edades pasadas y la grande visión de la vida humana se reproduzca.

Una sangrienta leyenda que nos susurra alguien al oído puebla repentinamente de trágicas siluetas el templo.

Fué el año de 1548.

Llénase el coro de frailes benedictinos, cuyos severos ropajes caen en duros pliegues sobre la rica sillería destacándose en la obscuridad sólo los rostros pálidos, como de marfil. Allá en la silla cubierta de rico doselete gótico, está el abad con su libro de oraciones en la mano. Suena el cántico medroso y la salmodia repercute sus acentos, dilatándose en el ambiente húmedo de la iglesia. Cada versículo iniciado por el salmodia, repetido por el coro, va del presbiterio al ábside, como la ola á la orilla. Se escucha de rato en rato el leve crugir del pergamino puesto sobre el facistol. Las voces, ora se elevan uniéndose en conjunto sonoro, ora se dispersan en débil silabeo. En la negrura del templo sólo hay un rayo de luz que baja del rosetón y va á posarse sobre

una sepultura, haciendo revivir la efigie de algún abad cuyos huesos descansan bajo el mármol, y esa efigie en las vibraciones del polvillo luminoso parece tomar colores y forma corpórea, como si una resurrección parcial sacase de la tumba la venerable cabeza.

El abad, vestida la áurea casulla, sentado bajo el severo doselete, rezaba. Era aquél un señor en quien se confundía lo profano con lo místico, que cabalgando oraba, y orando pensaba en la guerra, en cuyo cerquillo la tijera conventual había cercenado el cabello poco más abajo de donde el capacete de combate había señalado las huellas de su asiento; que ya interrumpía el coro para vestirse la cota de malla, ora se asentaba en el cadáver de un caballo, entre heridos y muertos, para elevar al Dios omnipotente el canto de gracias, trocando en templo el campo de batalla.

Acercábase la hora en que la tradición cristiana celebra el nacimiento de Jesús. Aquellos frailes á tiempo que entonaban la poética salmodia pensaban, sin duda, en un hogar perdido entre las cimas de las montañas circundantes, en el fuego que ardía bajo la ancha campana, en el *Seller* de donde la gentil mozueta iba á sacar el vino para la fiesta familiar, en el viejo cuya vida se iba con el azul llamear de los troncos encendidos, en la familia abandonada, y acaso recordaban un perfil femenino, unos ojos pardos y luminosos, una cabellera abundosa y brillante, una escena de amor en el bos-

que, donde el sol no penetra, donde la fuente mana, donde las tórtolas hacen sus nidos.

De repente se oyó un grito. El abad se alzó en su sitial, dió un paso hacia adelante, crispó las manos y cayó sobre un mar de sangre, mientras el asesino huía.

No, no es invención de la fantasía, empapada en las tristezas del templo y en las crueldades que esmaltan la crónica. Es la historia misma. He aquí que nos enseñan la rica casulla con el damasco agujereado y rojo. Por aquel agujero se escapó el alma de un abad.

Y si la erudición me prestase su concurso, aún podría añadir á esta dramática escena otras muchas de diverso género, porque el monasterio de San Cugat del Vallés va unido á la historia de Barcelona, y es, sobre sus hoy trémulos silla-



res, testigo de cuanto hay de grande, de heroico, de conmovedor y gentil en las remembranzas catalanas.

Podría deciros que el monasterio está fundado sobre el Castro Octaviano, palacio que fué de Augusto. ¿Quién sabe cuántas riquezas históricas tiene escondidas la pe-
reza española en aquel campo que se extiende en derredor del monasterio? Algunas de ellas tratan de surgir entre el polvo de las ruinas, buscando la perpetua luz de la memoria humana. Así, aún se llama plaza de Octavio á la que está frente al templo. Otros recuerdos se han perdido bajo los escombros de muchos siglos, y fuera necesario una ilustración superior á la escasa mía para reconstituir los anales del monasterio de San Cugat.

En el siglo VIII se empezaron sus primeras edificaciones, de las que se conservan como preciosísimas reliquias el claustro románico y el triábside de la iglesia. Continuó la obra sin cesar, con aquella lentitud y aquella constancia propias de los tiempos. En los siglos XIII y XIV dos recintos fortificados rodearon la iglesia. Eran los días de combate y había menester más lanzas que cálices y más corazas que cogullas. En los siglos XV y XVI se levantaron los edificios vecinos de que apenas queda huella. Allí se aposentaban los frailes, con pompa singular, como señores que habían conquistado la tierra con sus espadas y los espíritus con sus oraciones. El palacio de los benedictinos crece, el monasterio se

ensancha y en torno de su claustro y de su triábside, purísimas flores del arte románico, va desarrollándose extenso caserío, reclamado por la molicie de aquellos magnates de cerquillo y lanza. Hacia los fines del siglo xvii se construye sobre el primitivo claustro otro claustro cubierto. Si el de abajo fué prodigiosa obra de arte ideado para la oración, el de arriba fué cómodo paseo ideado para la holganza. Si abajo se conciben los frailes huesudos y descarnados de Ribera, arriba se adivinan los obesos tonsurados de la fe decadente.

Había comenzado la época lamentable del monasterio; pero aún lo fué más la que siguió, cuando á fines del siglo xviii el viento revolucionario dejó aquel prodigioso monumento entregado al abandono.

Ya que la fe de una nación católica no le salvara de la ruina, debían salvarle la cultura universal y el amor al arte, que son ideas y sentimientos comunes á todos los hombres. Pero no fué así, antes al contrario, no se ha dejado al tiempo sólo el trabajo de destruir. Hubo en San Cugat persona investida de autoridad que vendió las piedras de los muros, cediéndolas por vil precio á un contratista de obras. Hubo el año 40 un iluminado que vió en sueños, bajo uno de los muros de la iglesia, una mina de oro. La autoridad le permitió practicar catas y perforaciones que destruyeron buena parte del monasterio: varios mozos de la escuadra auxiliaron al fanático descubridor de metales preciosos en su

trabajo, y para que la vergüenza de aquellas profanaciones conste y se perpetúe, allí quedan los pilares destruidos, el muro deshecho y el templo roto.

No pareció el oro que se buscaba, pero no fueron inútiles las pesquisas. Bajo la montaña de escombros removida surgió la silueta de la barbarie, y allí está esperando al viajero para decirle que imperando el gobierno de una reina católica se cometió el atropello inicuo y vergonzoso.

Ni ha sido el más importante y perjudicial, ni es menos digno de censura que el que resulta del abandono en que el monasterio se encuentra. Gracias á que el arquitecto diocesano Sr. Villar es un hombre apasionado del arte y celoso de sus deberes, no se han perpetrado sustracciones que desmembrarían el rico caudal que es gloria del templo. Pero es necesario que quien deba ocuparse de este asunto le dedique alguna atención y procure no llevarse una parte de la responsabilidad que á muchos toca en la ruina del monumento.

Quien alguna vez haya visto el maraviloso claustro, obra de Arnaldo; quien haya paseado por el patio central, lleno de jaramagos y ortigas, no dejará de sentir un vivo é imperioso impulso en el alma que le mueva á pedir, en la manera más enérgica posible, amparo y protección para tan preciosa obra. Los severos arcos y las elegantísimas columnas que los sustentan tienen en su disposición y en su trazo tanta poesía, que para

asegurar su conservación bastaría que los vieran los que están llamados á cuidar del arte nacional.

Cuando yo visité el monasterio, de una de las estancias del claustro, convertida en escuela municipal, venía el ruido de las oraciones de los niños. Rezaban en catalán, y las infantiles voces pedían, sin duda, al cielo dichas y venturas para aquella comarca. En nombre de esos niños, que son la generación del porvenir, para que no tengan que avergonzarse del tiempo en que recibieron las primeras nociones del bien y de la ciencia, demanda Barcelona un poco de dinero para restaurar el monasterio. Si cuando esos niños lleguen á ser hombres el templo se ha hundido, podrán maldecir de una generación que parece contentarse con las apariencias de la cultura, que deja arruinarse los grandes templos del arte y que, al olvidar lo que es bello, prepara una nueva etapa de barbarie.

No nos quedan ya más que ruinas. Mientras se conserven en pie las que viene á visitar el extranjero, aún podemos consolar nuestras tristezas pensando que somos algo como Grecia.


Si esas ruinas acaban de hundirse, tendremos que resignarnos á ser lo que Turquía.

Barcelona, Octubre, 92.

MANUEL TROYANO

LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

UNA EXCURSIÓN Á PLASENCIA Y YUSTE



LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

El viajero que por el ferrocarril del Mediodía baja hacia Sevilla ó Cádiz, al pasar por las inmediaciones de Córdoba divisa en una de las cumbres más altas de la sierra próxima á la ciudad de los califas de Occidente un numeroso grupo de casitas blancas, las cuales, según la bella y bien conocida composición de Grilo, semejan graciosa bandada de albas palomas. Son las renombradas Ermitas ó Hermitas, que de entrambas maneras la Academia escribe el vocablo.

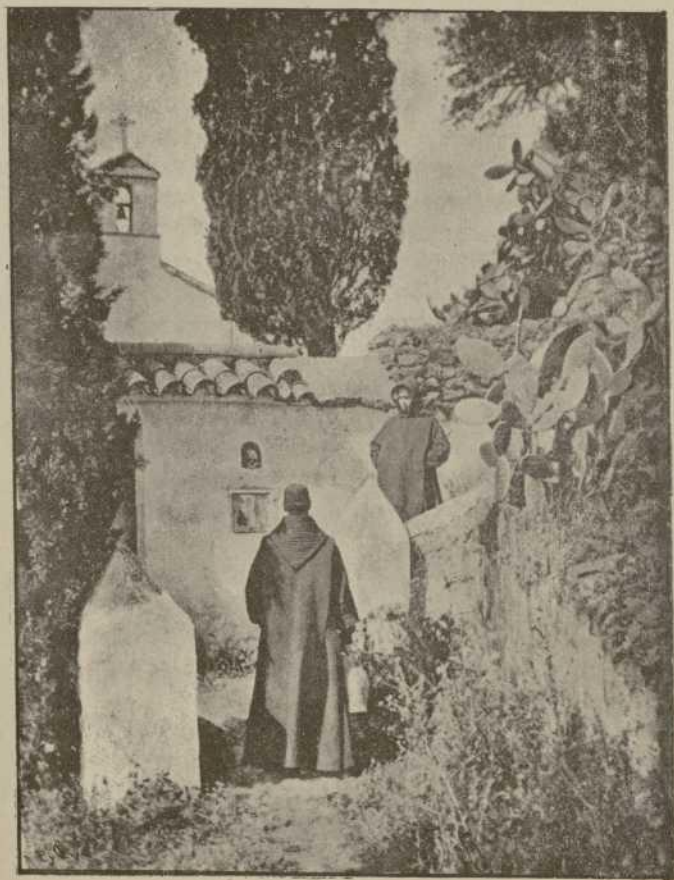
Dichas Ermitas (suprimo la *h* porque estamos en período de economías) habían despertado mi curiosidad desde la primera y ya remota fecha en que atrajeron mi atención. Y aun cuando yo había pasado muchos días en Córdoba en cien diversas ocasiones, nunca la tuve favorable para visitar aquel piadoso retiro. Mas al fin, he visto satisfecho mi deseo.

Una de esas espléndidas mañanas de Enero que úni-

camente se dejan ver bajo el cielo de Andalucía, después de tomar café en el de la Perla, que es por cierto á donde concurre Lagartijo y donde he observado á más de un inglés que preguntaba á los camareros por la mesa á la cual acostumbra á sentarse el *maestro* y se colocaba en la más próxima para esperar su llegada, emprendía yo solo y á pie la subida á las Ermitas.

Tomé la carretera que entre olivares y huertos de naranjos va por *Los Arcos*, famosa y encantadora quinta del marqués de la Vega de Armijo, y por Pino Gordo, al otro lado de la sierra. Pasé por el ventorrillo del Brillante, que es el sitio de solaz de la gente jaranera y rumbosa de Córdoba, es decir, casi toda la población. Torcí en dirección de la Rizafa, un gran caserío edificado, según todos los eruditos anticuarios, en el mismo lugar donde se alzaba el palacio de Medina-Zahara, la mansión de hadas de los Abderramanes, y comencé á subir por un mal cuidado y pedregoso camino vecinal.

A medida que ascendía, el limpio azul del cielo parecíame mas diáfano y profundo; las casas de campo eran á cada revuelta menos numerosas; los naranjos y olivos iban dejando de asomar por encima de los vallados de pitas y chumberas sus ramas cubiertas de perennes hojas, y la sierra avanzaba hacia mí con su espesísima, salvaje y olorosa vegetación. No encontraba yo alma viviente. Estaba á cuatro ó cinco kilómetros de



Córdoba y parecía estar á 400 ó 500 leguas del mundo civilizado.

El camino se hacía cada vez más agrio, y doblando colinas y alcores venía á ceñirse á la falda del cónico cerro de las Ermitas hasta que se desenroscaba de pronto, como una serpiente asustada, y se lanzaba sobre el cerro inmediato para desde allí volver sobre el primero. Entre ambos descendía resonante y espumoso un dislocado torrente, dándose de cabezadas contra los tupidos arrayanes y zarzamoras que bordan sus orillas.

En aquel sitio me detuve á tomar descanso. Miraba desde allí la enriscada loma donde se asientan las Ermitas y la hermosa cruz de piedra que se me presentaba abriendo sus brazos blancuecinos sobre el obscuro azul del firmamento. Al mirarlas murmuraba:

«¡Qué alta está la cumbre!
¡La cruz qué alta!
¡Para llegar al Cielo
cuán poco falta!»

Pero á mí me faltaba todavía mucho para llegar á la cumbre y á fin de acortar camino tomé una trocha que comenzaba allí.

¡Nunca tal hubiera hecho! Los campesinos de las cercanías y los ermitaños llaman á esta trocha, según

después supe, el *Reventón*, y en poco estuvo que no comprobara yo toda la exactitud del nombre. Es una pendiente casi vertical, que quita más de aliento que cuanto ahorra de marcha.

Al fin me ví en un sendero que entre derrumbaderos formidables y peñascos enormes y negruzcos de los que han dado nombre á Sierra Morena, derechamente conduce á la puerta del recinto de las Ermitas.

*
* *

«La hallé abierta y me colé», como cantan en la parodia de una ópera muy conocida.

Una larga calle de corpulentos y sombríos cipreses dejábame ver al extremo opuesto la modesta iglesia, cuyas paredes cubiertas de cal reflejaban, como un espejo de metal blanco y bruñido, los vivos rayos del sol.

A mi izquierda cerca de los cipreses veíase una ermita; otras dos se escalonaban á regular distancia. Las demás se ocultaban á mis ojos tras los accidentes del terreno. La primera estaba abierta y solitaria, y en ella penetré sin necesidad de permiso.

Componíase de dos piezas, que entre ambas medirían unos cinco metros cuadrados de superficie. En la primera pieza había un humilde altarito con la imagen de Jesús y dos candeleros; enfrente del altar una reducidísima chimenea; en los rincones varios instrumentos de la-

branza; sobre una tabla empotrada en la pared algunos útiles de buhonero y á los lados de la chimenea una silla basta y sin respaldo y un cántaro de agua. La otra pieza tenía el mobiliario aún más sencillo; reduciase éste á una tarima levantada media vara sobre el suelo; sobre la tarima una estera y sobre la estera una manta. Era el lecho del ermitaño, cuya cabecera estaba constituida por una tabla con un poco de lona encima.

La pobreza, el abandono de todo cuanto es en la vida comodidad y descanso, estaban revelados en aquel angustioso recinto de un modo que no carecía de grandeza. Si hubiera olido mejor, la ermita habría predisposto de manera más eficaz el ánimo á las ideas de abnegación y recogimiento.

Avancé por la desierta calle hacia la iglesia, y antes de llegar ví el cementerio donde espera el cuerpo del ermitaño una celda más estrecha todavía. Ni nombre, ni fecha, ni siquiera iniciales recuerdan al ser humano cuyos restos descansan en aquellos nichos. La voluntaria anulación de la personalidad es completa. Solamente una cruz trazada con tinta negra dice que allí están los mortales despojos de un cristiano. El espíritu religioso ha absorbido por entero el espíritu individual.

La iglesia estaba cerrada. Tuve que retroceder; mas casi al frente de aquélla se abría otro sendero, y por él llegué á lo que se llama *la silla del obispo*.

Un prelado cordobés, tal vez atraído por la vida

contemplativa ó quizás necesitado de los puros y vivificantes aires de la Sierra, gustaba de pasar temporadas en las Ermitas y de admirar el magnífico panorama que desde aquel sitio se descubre. Para hacerlo con más comodidad y aun para perpetuar el recuerdo de sus aficiones, mandó labrar en uno de los puntos más salientes del cerro un sillón de piedra, adosado á la gran cruz de la cual ya he hablado.

Puedo atestiguar que su ilustrísima era persona de gusto. El golpe de vista es de los más soberbios que se puede hallar en España. Once poblaciones, casi todas de importancia, se ven desde allí. La ancha cinta de plata del Guadalquivir, desplegándose en mil caprichosas curvas, divide en dos desiguales partes el paisaje hermosísimo. Del lado del espectador están Córdoba, dormida sobre la alfombra de sus frondosos campos como una odalisca sobre divanes de verde terciopelo. Alcolea, donde aún parece humear la pólvora de la revolución, y el Carpio, que á medias se asoma por encima del alcor, donde se recuesta. Del lado de allá, Martos con su peña legendaria, Bujalance sobre desnuda loma, Porcuna, Montemayor, Espejo, y empinándose sobre la primera línea de ásperos cerros, Baena, Montilla y Estepa.

El marco del cuadro es inmenso. Sus formas y colores presentan infinita variedad. El macizo extenso y sombrío de Sierra Morena aparece de escasa elevación

al confundir sus líneas con las de las altas y enriscadas montañas de Jaén, donde la nieve blanqueaba á trechos como las canas en la cabeza del hombre que comienza á envejecer. El cónico cerro de Alcaudete, que tiene mucha semejanza con el pico de Serantes visto desde Albia, antójase un volcán apagado. Lejos, muy lejos, pero sacando su blanco lomo por encima de las azules crestas de Sierra Elvira, descuella la cordillera de Sierra Nevada, y más al Sur, en el territorio malagueño, aparece un verdadero laberinto de sierras que empujándose unas á otras parecen querer precipitarse en el mar. Si éste se divisara desde la Silla del Obispo, el punto de vista no tendría igual en Europa.

Contemplando, en medio de la paz y el silencio más profundo, este magestuoso panorama envuelto en una atmósfera de dorada luz y aspirando el aire embalsamado y finísimo de aquellas alturas, no sé el tiempo que yo habría permanecido si no hubiera oído de pronto y á mis espaldas una voz que me gritaba:

— ¡Eh! ¡hermano! ¡hermano!

Volví la cabeza y ví en lo alto de una peña un hombre de edad indeterminable, pálido aunque no flaco, vestido con el sayal del eremita, pero sin manto, el cabello largo, lacio y de un rubio indefinible y una barba despeinada, luenga y clarucha que parecía de figura de aquelarre. En aquel sitio y con aquel traje y actitud me habría recordado al D. Alvaro de *La Fuerza del Sino*

en el trágico instante de lanzarse al precipicio, si no hubiera sido tan feo.

— Espérese — me gritó cuando vió que le miraba.

No tuve que esforzarme para obedecer; yo no iba á ninguna parte.

Transcurridos algunos minutos el ermitaño vino á mí. Traía ya puesto el manto y calada la capucha.

— ¿Trae usted permiso? — me preguntó.

— ¿Permiso de quién?

— Del señor Obispo

— Ignoraba que se necesitase.

— Pues si no lo trae usted no puede permanecer aquí.

La cosa no admitía duda. En realidad ya había yo visto lo que principalmente deseaba ver. Me puse en camino de la puerta y el ermitaño me acompañó. Durante el trayecto me dijo que él era el portero y que se había descuidado, y por eso había podido yo entrar de rondón. En su acento conocí que no era andaluz; preguntéle por su procedencia y me dijo ser de Haro, y ¡cosa extraña! haber sido trompeta de caballería en el ejército liberal durante la última guerra civil.

Por qué misterio psicológico un trompeta de caballería del ejército liberal había resuelto hacerse ermitaño, era asunto digno de ser esclarecido. Pero no pude averiguar cosa ninguna; y como llegásemos á la puerta el hombre me despidió como quien tiene prisa.

Dos días después y pertrechado con una atenta y expresiva carta del provisor de la diócesis para el superior de los ermitaños, me presenté de nuevo en el piadoso recinto.

Esta vez no hallé dificultad alguna para recorrerlo en toda su extensión, ver la iglesia y la casa rectoral adosada á la misma y enterarme de la vida y costumbres de los ermitaños. El extrompeta de Haro me sirvió de *cicerone*.

El recinto se halla cercado por una elevada tapia y es muy extenso; ocupa toda la parte superior del cerro y en él se cuentan veintiuna ermitas, algunas de las cuales están colgadas de las peñas como nidos de águila. En la casa rectoral hay un extenso refectorio, donde dos veces al mes comen juntos los ermitaños. Son esas las únicas reuniones que tienen fuera de la iglesia y donde pueden hablar entre sí y esparcir un poco el ánimo. El resto de su tiempo lo pasan en el aislamiento más completo, pues si bien se reúnen todos los días en la iglesia, es sólo para orar y sin que puedan cambiar entre sí una palabra.

— ¡Alabado sea Dios!

— ¡Por siempre bendito y alabado!

Tal es el saludo que cruzan cuando por casualidad se encuentran. No dicen más.

Viven de limosna y de lo que cultivan con sus propias manos. Comen únicamente vegetales y sólo beben

agua. Duermen poco y eso sobre la tarima y la estera de que ya he hecho mención.

A las dos de la madrugada la campana del templo los convoca á la plegaria. Siquiera se hallen desencadenados los elementos en deshecha tempestad, aquellos penitentes tienen que salir de sus ermitas y recorrer en medio de las tinieblas los peligrosos senderos que conducen á la iglesia. Allí oran hasta las cuatro, y después se retira cada cual á su morada hasta las seis, que comienzan las horas de trabajo.

Unos cultivan el campo y otros fabrican en su ermita los rosarios y trisagios, que después reparten por toda Andalucía cuando salen á postular. Todos se ejercitan en ambas labores; pero alternando según lo dispone el superior. La huerta regada por un magnífico caño de agua, que al lado mismo de la iglesia brota, está muy bien cultivada y es famosa por sus legumbres.

Rezar y trabajar es toda la vida de aquellos hombres. Cuando yo estuve se contaban diez y nueve, incluyendo tres novicios para quienes está destinado un edificio especial que llaman *la escuela*. Como entre ellos no hay ningún sacerdote, tienen un capellán que todos los domingos y días festivos sube desde Córdoba á decirles misa; pero á veces el obispo de aquella diócesis envía allí á hacer penitencia á algún clérigo levantisco ó pecador, y entonces tienen misa á diario.

Al recorrer en diversas direcciones la cumbre del ás-

pero cerro pude observar á más de un ermitaño sentado al sol á la puerta de su humilde morada y pasando entre sus dedos las gruesas cuentas del rosario. Y al verlos con su tosco y obscuro sayal, su luenga y aborascada barba y su macilenta figura, pude creerme en plena Edad Media. Pero al volver los ojos hacia la llanura, cruzada por cinco líneas de ferrocarril, por donde á la sazón avanzaba majestuosa alguna locomotora, dando al viento su blanco penacho, me sentí hondamente impresionado por el contraste.

La mayoría de los ermitaños no es de anda uces. Mis paisanos deben seguramente sentirse detenidos en su vocación mística por la más dura de las reglas: ¡Quince días sin hablar!

Cuando entré en la iglesia, la cual ofrece poco al sentimiento artístico, un ermitaño estaba arrodillado en uno de los rincones en actitud penitente y sumisa. Me fijé en él, era un hombre como de cuarenta años, de fisonomía fina y distinguida, velada por una expresión muy honda de tristeza y de dolor. Aquel hombre no se movió ni alzó los ojos en todo el tiempo, no corto, que mi complaciente *cicerone* empleó en mostrarme la multitud de objetos piadosos, labrados por sus cofrades con mejor intención y más paciencia que gusto. ¿Qué misterioso drama, qué profundos y poderosos motivos habían empujado á tan solitarias playas de la penitencia y la oración á aquel naufrago de la vida social?...

Este pensamiento me produjo una verdadera obsesión, y cuando al caer la tarde bajaba yo la interminable pendiente, aún tenía ante mis ojos la melancólica imagen del asceta, y me parecía ver su fino perfil en las rocas de la montaña, mientras que allá en el remoto confín del horizonte el sol doraba con sus ponientes rayos los argentados picos del Veleta y del Muley Hacem.

UNA EXCURSIÓN Á PLASENCIA Y YUSTE.

I

—De Plasencia á Yuste, el mejor camino es el que va por Navalморal y Jarandilla.

—De Plasencia á Yuste, el viaje mejor es el que se hace por los pueblos de la Vera.

—Ese trayecto hay necesidad de recorrerlo á caballo y de emplear en él todo un día.

—El otro exige un largo é incómodo rodeo.

Pero se puede hacer la mayor parte de él en coche.

—¡Sí, por un terreno donde no existe un metro de carretera y á trechos es forzoso marchar á campo atravesada y no se encuentra coche que resista, mulas que tiren ni cochero que dirija con seguridad.

Tal era el tema de discusión constante debatido por cuantas distinguidas personas de Plasencia acudían á ofrecer sus respetos al Sr. Castelar, hospedado en la casa del amigo y deudo del Sr. Cepeda, D. Eusta-

sio de la Calle, acaudalado propietario y banquero, y aunque conservador, admirador entusiasta del patriotismo y elocuencia del gran tribuno. En la misma casa estábamos alojados D. Ramón Cepeda, D. José Celleruelo y el que estas líneas escribe.

Indudablemente el sistema parlamentario, aplicado á principios é ideas que han de ser formulados en leyes generales, á grandes objetos de interés común y de carácter permanente, da resultados admirables; aplicado á un propósito práctico, de ejecución inmediata, sólo conduce á la incertidumbre y la vacilación. De ello podemos dar testimonio; pues al cabo de discusiones tantas ya no sabíamos los expedicionarios por dónde habríamos de ir á Yuste y ni siquiera si nos sería posible llegar allá.

Por fortuna, el diputado del distrito, D. Ramón Cepeda, tan conocedor y más del país que todos los preopinantes, había ya formado su composición de lugar, trazado el itinerario, calculado el tiempo y dispuesto los elementos necesarios á la realización del viaje.

Era seguro que veríamos á Yuste. Lo que no habríamos de ver, al menos en esta temporada, es Guadalupe. Tantas dificultades, molestias y fatigas nos anunciaban los señores que en representación del Municipio, de la Audiencia, del clero, de la milicia y de todas las clases sociales venían á saludar al Sr. Castejar, que se nos antojaba más llana empresa un viaje á

Samarcanda ó Timbuctú. El calor que repentina y brutalmente se había dejado sentir unía sus ardores á las vehementes advertencias de nuestros consejeros, y bajo tal temperatura volatilizábase nuestro propósito de visitar la artística iglesia donde se encierran los más preciados tesoros del pincel de Zurbarán.

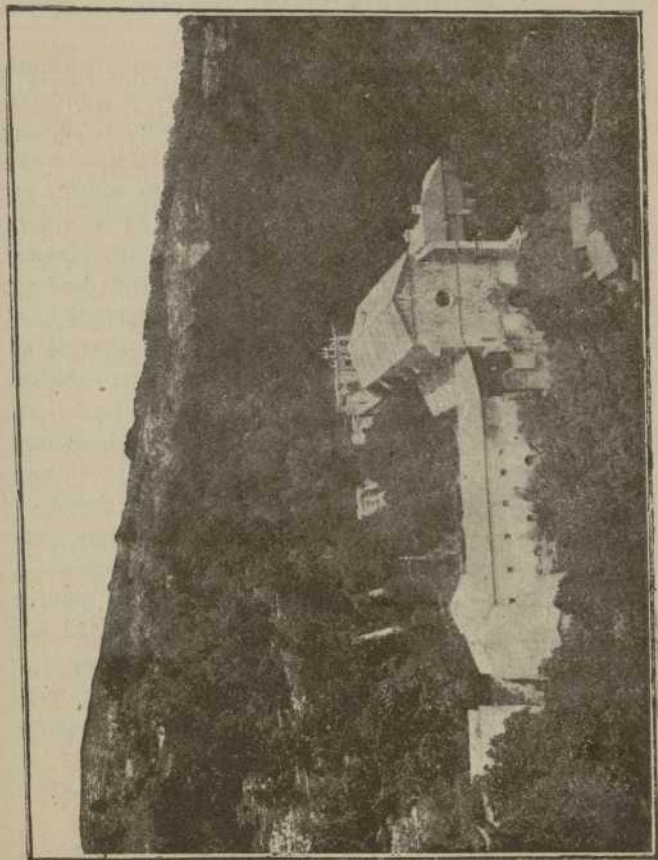
*
* *

Asistimos el día del Corpus á misa mayor en la catedral, hermoso, aunque incompleto, monumento del estilo gótico florido, y luego presenciarnos desde el balcón de la Casa Consistorial el paso de la procesión por la plaza de la ciudad.

Aquel acto religioso que presidía, aunque no de pontifical, el prelado Pedró, muy conocido por su enérgica intransigencia expresada en las famosas pastorales tan ingratas á D. Alejandro Pidal, ofrecía en su conjunto un aspecto por tal manera majestuoso y beato, que difícilmente pudiera ser suplido por las pompas y grandezas cortesanas. Las calles, alfombradas de verde y fresca juncia y de olorosas yerbas; cubiertos de vistosas colgaduras los balcones, desde donde caía sobre la Sagrada Custodia una espesa lluvia de hojas de rosa; postrado y devoto el apiñado pueblo, que sin necesidad de cordones militares dejaba ancho espacio á la procesión, veíase avanzar al lento compás de una mediana

música las cofradías con sus estandartes, las mangas parroquiales, los jóvenes seminaristas con blanca y flamante sobrepelliz, el clero parroquial y catedral, los sacerdotes que llevaban sobre sus hombros el Santísimo Sacramento, los guardias civiles, que de gran gala lo custodiaban, el preste y los diáconos con magnífico terno de oro, obra maestra del siglo xvi, y por fin el obispo seguido de sus familiares y pajes, ostentando su rolliza persona envuelta en artístico manto de color carmesí. El espléndido sol, que envolvía con sus rayos de fuego aquel cuadro, entonaba de tal suerte los colores y daba tanto realce á los detalles, que parecía dejarlos pintados para siempre en la fantasía, mientras que el sonoro y alegre repique de las campanas, los acordes de la música, el confuso rumor de las preces, las nubes de incienso y el fresco y perfumado ambiente que se alzaba de la alfombra de plantas y flores, despertaban en el corazón emociones muy hondas, acaso dormidas desde la niñez.

Nueva y más detenida visita á la catedral nos hizo conocer cuantos objetos de arte encierra y que la respetuosa consideración de los canónigos hacia el señor Castelar puso de manifiesto. Mas lo que sobremanera llamó la atención del eminente patricio y de todos nosotros fué la sillería del coro, la cual debió de pertenecer á la catedral primitiva y seguramente hubo de ser tallada el siglo xiv. Por sí sola reclamaría esta obra



singularísima un extenso artículo; pues no obstante las reformas, alteraciones y aun mutilaciones hechas en ella por la piedad del cabildo, es documento curiosísimo que atestigua de qué modo la duda irreverente ganaba los ánimos aun en aquellas edades de profunda y ardiente fe. El pasaje bíblico ó el misterio esculpido en el respaldo de cada asiento hállase puesto en satánica mordaz caricatura en la parte inferior de la tabla sobre la cual colocan los capitulares su oronda persona. Esas caricaturas burlescas, impías y hasta obscenas, parecen talladas con brío superior y rasgos más valientes que los del pasaje respectivo, cual si el escultor hubiese puesto allí todo el desdén y toda la cólera que rebotaban de su alma.

Otros monumentos de la población, tales como la casa legendaria de doña María la Brava, el palacio de los marqueses de Miravel y la iglesia de Santo Domingo, en cuya sacristía existe la más soberbia de las colecciones de azulejos talaveranos del siglo xvi, fueron también visitados, y en la tarde del viernes 6 salimos de Plasencia para la quinta de Navamojada en compañía de la bella esposa de D. Ramón Cepeda, de D. Eustasio de la Calle y de la distinguida señora de éste, hija del general conde de la Cañada.

En la dulce y tranquila soledad de Navamojada permanecimos dos días, cual conveniente preparación de ánimo para experimentar en toda su intensidad las profundas emociones de Yuste.

El hermoso retiro del capitalista plasentino con sus prados bien olientes de heno recién segado, sus selvas de encinas y de robles, sus vergeles, donde el naranjo se eleva à pocos pasos del castaño, los álamos plateados se lanzan hacia las nubes desafiando à los vecinos eucaliptus, las acacias de bola brindan en pleno medio día con la frescura de su sombra compacta, las magnolias sacuden al compás de la brisa sus anchas hojas de metálico brillo, las rosas y azucenas llenan el aire de perfume y los cristalinos manantiales brotan al pie de rocas amontonadas como los sillares de una ciudad ciclópea, ofrece el mejor calmante à los nervios alterados por la fatigosa tensión de los negocios ó por la vida artificial y afanosa de la política.

De esta sólo se habló allí por incidencia, y el señor Castelar tuvo ocasión de reir grandemente al conocer la noticia de supuestas exploraciones y disidencias fantásticas, con las cuales se entretenían en Madrid los diarios zorrillistas y conservadores.

*
* *

Agradecidos à la noble y cordial hospitalidad de los

señores de la Calle, nos despedimos de ellos, y el lunes, 9, salimos de Navamojada para Navalморal y Jarandilla.

No nos habían mentido los que nos habían anunciado toda suerte de dificultades y malandanzas en el trayecto desde uno á otro de los citados pueblos. En lo que se equivocaron fué en suponer que no hallaríamos vehículo capaz de transportarnos por tan largo espacio y tan fementidos caminos.

Un cariñoso amigo de Cepeda, conservador caracterizado y rico hacendado de Navalморal, D. Juan Antonio Pastor, fué el encargado de hacer el milagro proporcionándonos ese maravilloso carruaje, y, ¡caso extraño! el coche que puso á nuestra disposición había sido construido por su especial encargo para servir á D. Alfonso XII con ocasión de haber manifestado este monarca deseos de visitar el histórico retiro de Carlos I. El viaje de D. Alfonso no llegó á verificarse, y el carruaje que le estuvo destinado conducía ahora al infatigable campeón de la democracia y expresidente de la república.

La circunstancia de esa construcción especial explica el hecho de que el coche no volcase ni saltasen sus ballestas. Arrastrados por dos poderosas mulas capaces de hacer rodar un tren de sitio, marchábamos á través de encinares y robledales, como la artillería en día de batalla. Eran las horas más fuertes del calor,

profundos el silencio y soledad de los campos. El polvo que llenaba la atmósfera parecía salir de una fragua, las cigarras y los grillos marcaban el ritmo del bochorno y del sueño.

Precedidos de otro acaudalado propietario de Navalморal, D. Miguel Lozano, quien jinete en poderosa jaca habiase encargado de las funciones de explorador con una abnegación que el sol y el polvo avaloraban, pasábamos rozando con encinas y robles que enojados metían sus ramas por las ventanillas, amenazando causar grave desperfecto en nuestras personas; cruzábamos los arroyos con agua hasta los cubos de las ruedas y salvábamos barrancos, temiendo medir su profundidad con nuestras costillas.

Al final de una arenosa pendiente descubrimos el Tietar. No debió de ser más agradable la vista del Jordán para los israelitas ni para los macedonios la del Indo. En la orilla opuesta había un verdadero campamento, que traía á la imaginación las guerrillas de 1810, las partidas de 1836 y de 1874. Más de cien cabalgaduras hallábanse acá y allá atadas á los árboles y arbustos en grupos pintorescos, mientras que los jinetes se agolpaban á la orilla, de la cual destacábase perezosamente la barca destinada al pasaje del Tietar, que por allí tiene anchura y profundidad iguales á las del Jarama junto á Arganda.

Nutridos vivas al Sr. Castelar, cariñosos y entusias-

tas saludos al Sr. Cepeda acogieron nuestra llegada á la margen derecha del río. Mientras el carruaje era transportado en la balsa de forma primitiva, tomamos en un caserío inmediato agradable y reparador refresco, y luego comenzamos la subida hacia Jarandilla.

Bueno ó malo, había allí camino: un camino vecinal recientemente recompuesto, el cual se enrosca á los cerros y colinas y asciende en espiral hacia la Sierra. A medida que subíamos bajaban el sol y la temperatura. Desde su corona de nieve la cordillera nos enviaba una fresca brisa que las jaras, el romero, el tomillo y el cantueso encargábanse de perfumar. A cada revuelta nuevo y encantador paisaje ofreciase á nuestras miradas y arrancaba al espíritu eminentemente expansivo del Sr. Castelar exclamaciones de entusiasta admiración.

Por un lado la alta sierra, de la cual comenzaban á descender majestuosamente las sombras, acercaba su imponente mole. Más acá los pueblos de la Vera, medio ocultos entre sus arboledas frondosas, asomaban las agujas de sus campanarios por encima de las oscuras copas de los castaños y nogales. Y allá, hacia el Sur, la vista se extendía por espacio de muchas leguas hasta las montañas de Guadalupe, que asemejaban azulada y lejana costa de un inmenso mar de hojas, el cual trae á la mente la pintura que Lamartine hace de los vastos encinares de la Bosnia y de la Servia.

Olvidados del cansancio y de las pasadas molestias por la contemplación de aquella naturaleza espléndida, llegamos á Jarandilla, y entramos en los lugares que aún parece llenar con su gigantesca sombra Carlos V. Pero un tal asunto capítulo aparte merece.

II

Jarandilla es una población de 600 vecinos situada á un tercio de la altura de la cordillera en la vertiente meridional de la misma y á dos leguas de Yuste. En su parte más elevada y septentrional elevase el hoy ruinoso castillo que fué propiedad de los condes de Oropesa y donde el emperador residió desde Octubre de 1556 hasta Febrero de 1557. Ese castillo, del cual se conservan, aunque cubiertos de parietarias, los fuertes almenados muros, los cubos robustos y aspillerados, las erguidas y poderosas torres, debió de ser una suntuosa mansión, á juzgar por lo que todavía queda de pie en el interior del edificio y por los restos de la magnífica arcada y la balaustrada elegante de un regular y ancho patio, obra primorosa del siglo xv.

En cualquiera otro país monumento de tal belleza y tan grandes recuerdos sería cuidadosamente restaurado. Entre nosotros ha sido, juntamente con una soberbia alameda, un estanque casi tan grande como el del

Retiro y una extensa huerta, vendido por la casa de Frias en SIETE MIL PESETAS á un boticario madrileño.

Anocheceía cuando llegamos á Jarandilla. El pueblo entero hallábase á la entrada de la villa, donde había alzado un arco muy vistoso con sentida y cariñosa dedicatoria al Sr. Castelar. A saludar á éste adelantáronse el alcalde con todo el Ayuntamiento, el juez de primera instancia, el cura y los vecinos principales. Una banda de música traída de Talavera rompió á tocar himnos liberales, y enorme avenida de gente nos dejó á los demás viajeros á larga distancia del ilustre patricio y de su comitiva.

Costónos tiempo y trabajo llegar por las pendientes calles de la población á nuestro alojamiento, á donde entre cohetes y vivas nos condujo la oleada humana. La casa de los señores Garrido, en la que habíamos de hospedarnos, es, cual la de D. Diego de Miranda, ancha, como de aldea, y en verdad no recuerdo en mi vida ni más halagüeño hospedaje, ni más agradables hospedadores. Era la noble antigua hospitalidad castellana, conservada maravillosamente en aquellas tan hermosas como aisladas tierras.

Yo me complacía observando el satisfecho semblante de Cepeda. Al cabo el Sr. Castelar está acostumbrado á las ovaciones, aunque dudo que jamás la haya tenido más espontánea y entusiasta; pero el diputado

del distrito debía considerar el día aquel como uno de los más felices de su vida. Y es que en Plasencia, ciudad clerical, hay pocos liberales y menos posibilistas, y los que votar á Cepeda hácenlo por relaciones particulares y amistad personal; mas en la Vera, de la cual viene á ser cabeza Jarandilla, todos están identificados con él; aman lo que él ama y aborrecerían lo que él aborreciese, si Cepeda fuera capaz de aborrecer.

Disponíase la banda á dar una serenata al ilustre huésped; mas á ruegos del Sr. Castelar, fuése con la música á otra parte, es decir, á la plaza, donde comenzó á tocar la jota. Esta variante fué muy del agrado de mozas y mozos, los cuales á las doce de la noche todavía repiqueteaban los dedos y sacudían las piernas, como quien no espera verse en otra durante mucho tiempo.

* * *

Al amanecer del martes 10 partimos para Yuste, distante de allí dos leguas extremeñas, que son, como las manchegas, unas leguas muy elásticas.

Hasta Jarandilla, bien ó mal, habíamos viajado en coche, pero aquí el coche era imposible. Trajeron para el Sr. Castelar una pacífica y noble jaca torda, y el ilustre hombre público subió á ella. Doy testimonio de que hace un menos que mediano jinete, pero al cabo ha

hecho lo que en vano han demandado de algunos generales ciertos elementos: ¡ha montado á caballo!

Nuestro franco y afectuoso hospedador, D. Manuel Garrido y su hermano D. Antonio, ejemplar castizo de la enérgica raza de los conquistadores de Méjico y del Perú, deseosos de que el Sr. Castelar estuviese en libertad completa en el histórico retiro, habían empleado su influencia con sus convecinos para que nadie nos acompañase, y ellos mismos habíanse resignado á permanecer en Jarandilla para dar ejemplo. ¡Inútil sacrificio! Por el camino numerosas escuadras de jinetes de los pueblos comarcanos fueron apareciendo, y pronto la escolta fué tan numerosa como el día anterior.

Marchábamos de uno en uno, porque el sendero no permitía mayor frente. Ibamos embelesados con los espectáculos variadisimos que aquella espléndida naturaleza ofrecía á nuestros ojos.

Por algo eligió Carlos V para su residencia última la Vera de Plasencia. La inmensa mayoría de los españoles ignoran, como lo ignorábamos nosotros, que á una distancia de Madrid franqueable en ocho ó nueve horas, si hubiese una mediana carretera desde la estación de Navalmoral, existe una de las comarcas más pintorescas de Europa. Pero desde la orilla derecha del Tietar, en toda la cuenca del Gerte; desde Plasencia á la montaña, es decir, en más de 800 kilómetros cuadrados, no se halla un palmo de camino que merezca tal nombre,

Así, una tierra fertilísima, donde se dan los más variados productos, donde crecen desde el naranjo y el olivo hasta el castaño y el roble, donde prospera la vid, y las cerezas, las guindas, las brevas, los higos, mil y mil especies de frutos son de calidad superior, donde abundan las moreras, donde los rosales parecen árboles y el suelo se oculta bajo tupidas alfombras de flores y plantas olorosas, no hay medio de dar salida á tanta natural riqueza, porque el transporte duplica y aun triplica el valor de las producciones y nadie acude á buscarlas.

Para la explotación ventajosa y el placentero descanso es la Vera una tierra privilegiada; pero no ha dado á la nación ningún ministro de Fomento, ningún director de Obras públicas, y paga con empobrecedor aislamiento tamaña infecundidad.

Por aquel hermoso país marchaba nuestra caravana como una inmensa y oscura serpiente, la cual, retorciéndose, ora subía á las alturas, ora se deslizaba hasta el fondo de las quebradas, donde saltaban con estrépito los torrentes que, heridos por los rayos del sol, parecían escaleras de cristal. Movido el aire por estas espumosas corrientes de hielos recién fundidos, producía una deliciosa impresión de frescura que la sombra espesa de seculares castaños cuidábase de acentuar, mientras la vista se recreaba en una vegetación cada vez más espléndida. La imponente y parda mole de la sierra daba la nota grandiosa en medio de tanta belleza, y allá en la

cima desplegábase continua y estrecha faja de nieve, que se destacaba como una greca de plata sobre el profundo azul del cielo.

Pasamos por el pintoresco pueblo de Aldea Nueva, cuyo entusiasmo igualó, si no superó al de Jarandilla. Las casas ostentaban por colgaduras los mantones rojos, amarillos, azules y blancos de las mujeres. Todos los habitantes con traje de fiesta, llenaban las calles, y á la entrada como á la salida habia vistosos arcos, en uno de los cuales las columnas aparecian construidas con naranjas. Por cierto que al regreso observamos que ese arco enseñaba con cierto impudor los desnudos postes que lo sustentaban. Las naranjas habían desaparecido; era que los irreverentes chiquillos se las habian merendado.

También hubo arcos y colgaduras y entusiastas vivas en Cuacos, cuyos habitantes hubieron de proporcionar tan malos ratos al emperador, ya apoderándose de sus vacas de leche, ya interceptándole los viveres, ya arrimando tal cual pie de paliza al travieso adolescente D. Juan de Austria; atentados por los cuales estuvieron á punto de experimentar toda la severidad de Felipe II. Mas este monarca debió de considerar sin duda que «agua pasada no mueve molino», y como ya el emperador hubiese fallecido, los indultó, y á ello se debe que en la Vera se les llame aún *los perdonados*.

Llegar á Yuste con acompañamiento de cien personas no debe de ser lo mismo que llegar solo. La majestad del sitio, la solemne melancolía de las ruinas, la grandeza de los recuerdos no se avienen con aquella algarazara de campamento que se produjo al llenarse de cabalgaduras la ancha plaza formada por las vetustas y desmoronadas tapias que rodean el edificio. A juzgar por su semblante, el Sr. Castelar debía sentir tal impresión como la experimentábamos nosotros; pero no se es de balde grande hombre, como no se va impunemente á sitios tales en su compañía.

En la mencionada plaza, frente á la ancha puerta que da paso al histórico recinto, eleva sus ramas casi secas un descolorido nogal, que en su grueso tronco, maltratado por el tiempo, en sus enormes y descarnadas ramas, y en el color amarillento de sus escasas hojas presenta inequívocas señales de decrepitud. La tradición asigna á Carlos V la plantación de ese nogal, y en verdad tal creencia hállase plenamente confirmada por el aspecto del árbol.

Pasada la puerta, éntrase en espacioso patio, donde hay varios naranjos magníficos, un castaño gigantesco y una fuente, cuyo robusto caño llena de frescura y de ruido el ambiente. Una rampa, no muy suave, construida al costado derecho de ese patio, lleva hasta la famosa terraza, sitio predilecto del emperador.

Toda la leyenda de Yuste queda explicada por la te-

rraza. Imposible hallar una estancia donde el ánimo agitado por las tempestades de la vida, repose mejor acariciado por las más agradables sensaciones; recuerda una de esas profundas segurísimas enseñadas abiertas en las acantiladas costas de mares procelosos, y que en medio de las más deshechas borrascas conservan sus aguas serenas como la linfa de un estanque.

La temperatura es allí dulce y constante. Ni el frío ni el calor se deja sentir vivamente en aquel lugar. Libértanlo de los ardores de la tierra llana la considerable altura, mientras que elevado cerro cubierto de corpulentos robles y frondosos arbustos álzase como gigantesco biombo para defenderlo de las brisas de la nevada cordillera. De lo templado de los inviernos atestiguan los seculares naranjos tan verdes y tan adornados de áureos frutos como los de Sevilla ó de Valencia; de lo agradable de la temperatura estival podemos dar testimonio nosotros, puesto que disfrutábamos de un fresco delicioso, á la vez que percibíamos en las apartadas llanuras de aquellos vastos horizontes la niebla caliginosa que flotando á ras del suelo parecía el sudor de la abrasada tierra.

Suave el ambiente, rico de oxígeno y de aroma el aire, fresca y lozana la vegetación, como la de nuestras provincias del Norte, puro el cielo y espléndida la luz como los de Andalucía, dilatadas, variadísimas, mágicas las perspectivas, profundos la soledad y el silencio,

nada hay allí que sacuda con desentono los nervios, ni irrite con destemplanza la fibra, y la naturaleza con su perfecto equilibrio deja al espíritu su entera libertad.

Restaurada por el generoso patriotismo del penúltimo marqués de Mirabel, la terraza tiene descubiertos dos de sus lados: el que da á Poniente y el que mira al Mediodía. Los otros dos están cerrados por las paredes de la morada imperial. Tres robustos pilares y cinco esbeltas columnas sostienen la techumbre, y en uno de los ángulos copiosa fuente, cuya taza labrada, de una sola pieza, es más notable por su peso que por su forma, ofrece sus puras y cristalinas aguas, como el primer obsequio de la hospitalidad.

*
* *

En esa terraza pasaba Carlos V las horas muertas, ya sentado, ya paseando, ya cultivando las flores de un arriate que hay al costado del Sur. Allí también solía comer y una lápida colocada en la pared que se alza por el lado de Levante recuerda que á las cuatro de la tarde del 31 de Agosto de 1558, comiendo en aquel sitio el emperador, sintióse acometido de la enfermedad que veintiún días más tarde le llevó al sepulcro.

En la misma pared ábrese la puerta que da paso á las habitaciones imperiales, restauradas de igual suerte que la terraza.

De mediana extensión, bastante altura y escasa luz que por reducidas y enrejadas ventanas penetra, esas habitaciones con su pavimento de ladrillos, sus paredes blanqueadas y sus grandes chimeneas francesas, tienen un marcado sello de tristeza sombría. Por más que Carlos las hubiese hecho alhajar con los más ricos tapices y las obras de arte más bellas, siempre debieron de responder á la ingénita melancolía de los Austrias.

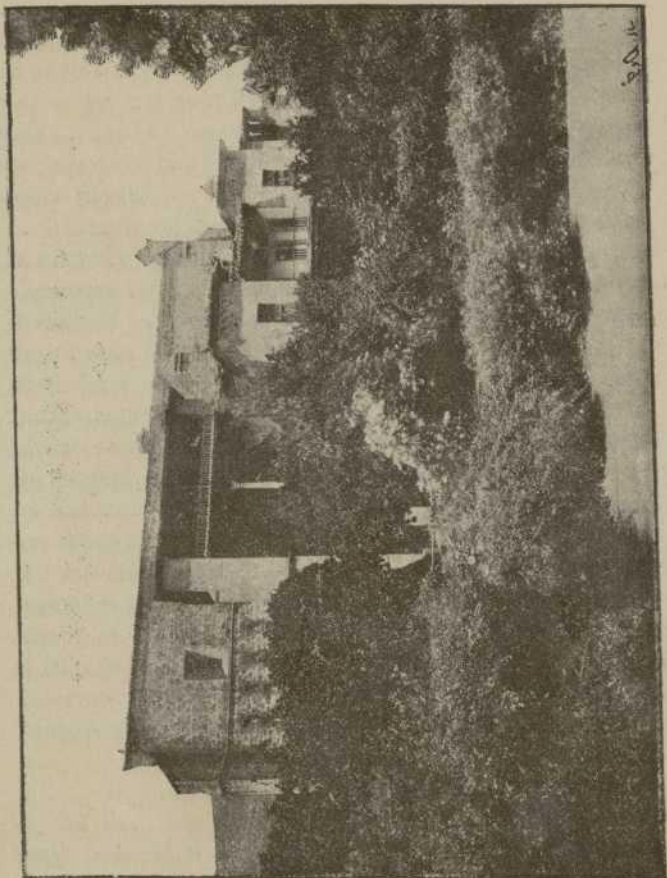
Penetramos en la cámara que sirvió de dormitorio al emperador. Un cuadro, copia de aquel en que Tizia no hizo la apoteosis del César, y regalo del duque de Montpensier, señala el lugar de la cabecera del lecho donde exhaló el último aliento aquel soberano. En el ángulo opuesto de la pared frontera hay una puerta que se abre del lado de la epístola en el altar mayor de la iglesia contigua. Así Carlos V valetudinario podía desde su cama asistir á los Divinos Oficios, como cuarenta años más tarde su hijo Felipe en el Escorial.

El templo, de una sola amplia nave que se eleva con extraordinaria valentía, es del estilo gótico más severo. Sus elegantes nervaduras revelan por la integridad de sus líneas, que son de construcción reciente, y en efecto, casi derruida la bóveda, el marqués de Mirabel, que hace medio siglo buscara en vano un arquitecto que se encargase de la reconstrucción, halló en el modestísimo maestro asturiano José Campal, artífice bastante hábil para tamaña obra.

Mas si bien reconstruida, la iglesia está por entero desmantelada. Ni una sola cruz hay en sus altares, y solamente se ve allá en inaccesible nicho, el ataúd que encerró los restos de Carlos todo el tiempo durante el cual el cadáver de este monarca estuvo sepultado bajo el presbiterio, es decir, desde 1558 á 1574, época en la que fué trasladado al Escorial. Demasiado extenso el coro, viene á cortar duramente las líneas de la nave á la vez que la extraordinaria elevación dada al altar mayor para ponerlo á nivel de las habitaciones del César, contribuye al conjunto poco armónico del templo.

Del primitivo monasterio sólo quedan dos de los claustros que formaron un extenso patio, cuya construcción es pobre y pesada. En cambio las celdas son amplias y desahogadas, con grandes ventanas abiertas sobre panoramas encantadores, como para anticipar á los excelentes Jerónimos los éxtasis de la beatitud. Del magnífico monasterio fabricado á principios del siglo xvi, cuando la comunidad había alcanzado el grado máximo de esplendor y de riqueza, nada resta sino algunos paredones y varios arcos de un soberbio patio del Renacimiento.

Casi destruido por los invasores franceses, quienes aún sangraban por la herida de Pavia, debió su completa ruína á la desamortización. Vendido por una limosna á un progresista de la tierra llana, que lo convirtió en criadero de gusanos de seda, sin duda para



hacer un sangriento epigrama á los frailes, ardió, no se sabe si de vergüenza. Sin el buen gusto y el amor patrio del marqués de Mirabel, quien lo adquirió, aunque tarde, hoy de ese histórico edificio, que debió ser declarado monumento nacional, no quedaría piedra sobre piedra.

Bebimos sendos vasos del agua finísima y virgen de la fuente predilecta del emperador; paseamos por las hermosas alamedas de Belén, que aquel monarca midiera con sus lentos pasos, y luego en la terraza misma, donde tantas veces Carlos V se entregó á los placeres gastronómicos, que tan frecuentes y formidables indigestiones le proporcionaban, nos regalamos con un almuerzo que la esplendidez de nuestros hospedadores de Jarandilla nos había preparado. No faltaban allí los substanciosos embutidos del país ni aquellas famosas truchas que fueron delicia del paladar y tormento del estómago de su majestad cesárea; mas como quiera que ni el Sr. Castelar, sentado precisamente en el sitio donde cayó enfermo el emperador, ni nosotros tenemos, á Dios gracias, la ancha, larga y saliente mandíbula inferior de los Hasburgo, grave obstáculo para masticar bien, á todos nos sentó perfectamente el almuerzo.

*
*
*

El Sr. Alarcón, administrador de Yuste por la actual poseedora del marquesado Mirabel, es un anciano

muy bien conservado, muy inteligente y que no obstante su aire de exclaustrado y su marcado apego á las ideas tradicionalistas, estuvo obsequiosísimo con el señor Castelar. Para que éste pusiera un pensamiento y su firma en el album destinado á tal efecto, trajo ese curioso libro cuidadosamente guardado, y el insigne autor de *La revolución religiosa* escribió uno de esos párrafos que brillan como cintillo de diamantes, haciendo observar de qué manera las instituciones políticas creadas por el genio de Carlos V han perecido, mientras que aún vive el nogal que el César plantara por su mano.

Después de escribir D. José Celleruelo, como buen astur, algunas líneas un tanto epigramáticas sobre el contraste de Covadonga y Yuste, y de contribuir yo con mi óbolo más ó menos literario, hojeamos el álbum, y ¡triste observación! aunque el libro es de 1852, no llegan á media docena las firmas de españoles ilustres, ni á un centenar las de no ilustres que han visitado el histórico sitio. En cambio son numerosísimas las de los extranjeros.

Este hecho se corresponde con lo acaecido tocante al verdadero conocimiento de la existencia del Emperador en aquel retiro delicioso. Para que tal verdad quedase establecida, fué preciso que extranjeros como Gachard, como Pichot, como Mignet, aprovechando los tesoros históricos de nuestro simpar inagotable archivo

de Simancas, tan inexplorados por nosotros como los minerales de nuestro rico subsuelo, rehiciesen la crónica y biografía de Carlos V en sus periodos capitales, y principalmente desde Febrero de 1557 á Septiembre de 1558.

Sin duda alguna había más poesía que en la realidad, tal cual ha quedado revelada, en la leyenda que presentaba á aquel hombre extraordinario, aquel poderoso Emperador que había recorrido tantas veces la Europa, tenido en cautividad á Francisco I, dado el más terrible golpe al poder temporal de los papas, espantado al gran Solimán ante los muros de Viena y en los campos de la Estiria, conquistado á Túnez, vencido á los protestantes en Mulberga, y acercándose como nadie á la realización del sueño de la monarquía universal, voluntariamente reducido á severa penitencia en la humilde y estrecha celda de apartado monasterio, y asistiendo en vida á sus propios funerales.

Mas, la verdad puesta en claro dice que no hubo tales funerales, ni celda tal, ni semejante penitencia. El Emperador no habitó en el monasterio, donde no entraba sino para dar á los monjes sorpresas y sustos, que á más de uno privaron por el momento de sentido. Vivió en aquella casa de placer que teníamos delante de nuestros ojos y que nos permitía acercarnos en el espacio á su gigantesca figura, tan alejada por el tiempo; casa construída según los planos por él mismo traza-

dos, lujosamente amueblada y que habría de parecer un muy cómodo alojamiento á los andariegos soberanos de la época.

Allí nada de cuanto proporciona una vida regalada se escaseó. Desde aquel retiro, libre de sobresaltos como el que el endiablado Mauricio de Sajonia, por él tan amado y para él tan traidor, le ocasionara en Inspruck, Carlos V seguía interviniendo en los negocios públicos mediante numerosos correos, los cuales, si encontraban aquellos caminos como los encontramos nosotros, estaban divertidos. Sus cartas á su hijo Felipe y á su hija la infanta gobernadora, eran órdenes fielmente cumplidas, y, aparte sus padecimientos físicos, sus mayores mortificaciones fueron producidas por no tener pescado fresco de mar en su mesa de comedor, ó en su mesa de despacho noticias frescas de las cortes europeas.

*
* *

Á las cinco de la tarde partimos de vuelta para Jarandilla. Nuestros numerosos acompañantes, que habían estado todo el día con el oído atento á cuantas frases salían de labios del Sr. Castelar, fueron dispersándose por el camino, donde tuvimos el disgusto de que una caballería diese á D. Fidel Domínguez una coza, que le hirió en una pierna y le obligó á quedar en Cuacos.

Al día siguiente subimos al Guijo, precioso pueblecito situado allá cerca de las nieves, y al cual se llega por un camino siempre en pendiente de más de cuatro kilómetros. Allí vimos en ejercicio el patriarcado. Casi toda la población está compuesta de una sola familia, y el jefe de ella, un anciano fuerte como un roble, con ochenta años y con cuarenta nietos, administra el pueblo y resuelve con su autoridad patriarcal todas las cuestiones. Allí reina la paz de la edad de oro, y el mejor edificio del lugar es la escuela.

Un posibilista, cuyo nombre siento haber olvidado, admirador entusiasta del Sr. Castelar y yerno del patriarca, había preparado al eminente patricio un lisonjero recibimiento.

Regresamos á pie á Jarandilla, y al amanecer salimos para venir entre el calor y el polvo á lanzarnos nuevamente en el turbio mar de la política y navegar unos en navíos de tres puentes, otros en pequeño esquife. Habíamos experimentado emociones muy hondas, atesorado muchos recuerdos y pasado ratos muy agradables, ganados, no sólo, con el sudor de nuestra frente, sino con toda clase de sudores.

ALFONSO PEREZ NIEVA

PLAYAS Y CÍCLOPES

(NOTAS DE VIAJE)

SAN SEBASTIAN

A mi distinguido y buen amigo

JOAQUIN AGUIRRE

Mi querido Joaquín: bastantes veces, en su despacho, hemos alabado á dúo las supremas hermosuras de la ciudad donostiarra. Su padre político de usted, el veterano general Hidalgo, posee uno de los hoteles más lindos de la Concha. Me consideraré, por ende, muy dichoso, si ya que no puedo yo ir siempre que quisiera al adorable San Sebastián, merece este libro el que usted se lo lleve en la maleta y lo deje en cualquier rincón de aquella simpática vivienda vecina á las olas.

De antiguo es su devotísimo y siempre constante y cariñoso compañero

Alfonso Pérez Nieva.

I

LA EMBOCADURA

Tierras de pan llevar, prados labrantíos, inmensas llanuras cenicientas que ofrecen sus filas de rugosos surcos abiertos por la reja del arado, que dan al paisaje un aspecto ceñudo, como si el campo tuviera fruncidas las cejas: he ahí lo que es Castilla vista desde la ventanilla del vagón. Desde que se

queda en la lontananza la última fronda del Escorial y el último pino de las Navas, desaparecen los árboles, huye la nota azul, lo transparente, lo claro, lo luminoso, y comienzan á aparecer las quebradas yermas, las granzas secas, las matas oscuras, lo frío, lo monótono, la ruda poesía de estepa de

las solitarias planicies castellanas, eternamente mudas, sin nada que trascienda á pitorreos de pájaros ni á misterios de alamedas...

Las eras, el rubio trigo extendido en rueda, es el único motivo alegre del viaje. Desde el departamento se distinguen las pirámides de grano, las cribas, el gañán ó la mozueta guiando á la mula y enhiestos como el mejor equilibrista, en el trillo. La distancia impide apreciar ningún sonido: indudablemente que cruje la paja, que relincha la caballería, que canta el labriego, pero no se oye nada: se comprende la sinfonía, pero sin que el pabellón de la oreja recoja el rumor más leve; es una impresión de sordo apreciada solamente por las pupilas. Y pasa la era, pasa el pueblecillo misero, obscuro y pobre, y torna á descubrirse el llano eterno con su belleza melancólica y austera que trae á la mente la silueta de la cogulla.

La gran Valladolid.

Ha amanecido y el inmenso caerío de Valladolid surge á la izquierda de la vía. Perdiéndose en el fondo se distinguen calles an-

chas, derechas; al final, las líneas se confunden y sólo se aprecia un montón de tejados y de edificios coronados por algunas torres; la nota gris se acentúa, pero se suaviza; pierde su aspereza agreste. La población produce el efecto de una cara austera, de un semblante severo, grave, indescifrable, pero embellecido por cierta blandura de facciones simpática y atractiva.

¿Qué hay en este trozo de población contemplado desde el tren que de tal manera impone? Todo y nada. Para el viajero indiferente un grupo de casas; para el que siente despertarse algo en el alma ante la palabra Valladolid, una remembranza de nuestras grandezas. Es Valladolid la corte antigua, la capital de los días de gloria, la ciudad inmortal del pasado. Por eso me resulta revera, porque es el ayer.

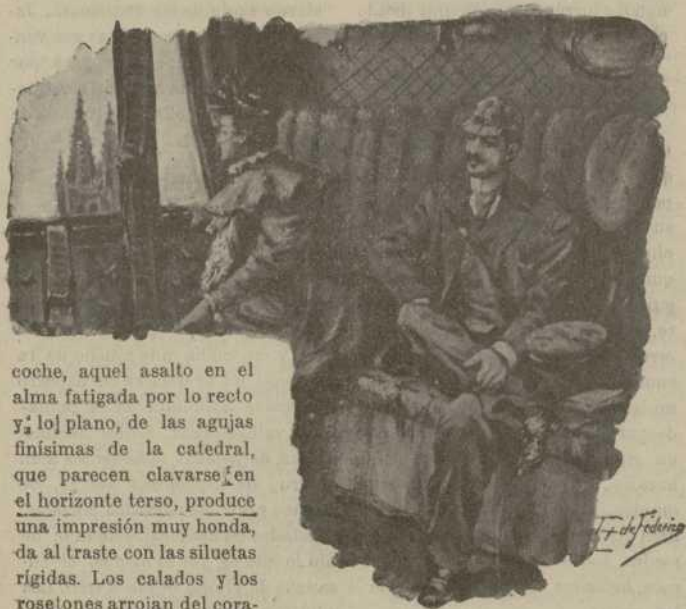
Un saludo á la ojiva.

¡Dios la bendiga!... Esbelta, elegante, airosisima, con un donaire supremo surge sobre los árboles mucho antes de que el tren llegue á la población y no le deja al viajero hasta bastante después de perdida de vista la ciudad; diríase

que se desvela por acompañar al transeunte; es la vieja catedral de Burgos.

La intrusión de lo gótico en el

garridos prismas de piedra que no se quitan de delante como si comprendieran la ternura con que se les mira.



coche, aquel asalto en el alma fatigada por lo recto y lo plano, de las agujas finísimas de la catedral, que parecen clavarse en el horizonte terso, produce una impresión muy honda, da al traste con las siluetas rígidas. Los calados y los rosetones arrojan del corazón la tristeza de las llanuras; se sienten deseos de vitorear, de quitarse el sombrero, de comenzar á gritos, de abrazar á aquellos dos

Desde la vía no se descubre apenas el caserío de la ciudad de Fernán González y del Cid: sólo se distinguen representándola los cala-

dos de piedra de la obra de San Fernando. Un buen rato se contemplan, luego disminuyen de tamaño y allá se quedan por fin las dos agudas torres de la catedral dando el último adiós al pasajero.

La casita solitaria.

El pueblo se descubre á la izquierda, humilde, modesto empuñecido, como pesaroso de no poderse esconder; por delante de sus casas se desliza un manso riachuelo que para sacarlas de su quietud va alborotando entre las guijas; encima, á los lados, enfrente, por detrás, agarrándose unos á otros para empinarse, se alza un enorme montón de peñascos formidables que parece que han caído desparramados como las gotas de un gigantesco surtidor. Es un sitio huraño, bravío, rudo, de cabra montés, de pastor; allí se descubren todas las genialidades de la piedra, todos los caprichos de la roca, todas las formas bruscas de los riscos...

A la izquierda, entre dos picachos, sobre una punta de granito, inaccesible, colgada á la altura de un nido de águilas, asomándose

entre los dientes calizos, melancólica, triste, sombría, aislada, eternamente señera, se yergue una casita blanca, lisa, abofeteada por el eterno azote de las ventiscas... Jamás se descubren abiertas sus ventanas, y siempre que se pasa por allí se ve cerrada su puerta... ¡Que-
de con Dios la solitaria vivienda de Pancorbo!

Vitoria.

Es una ciudad metida dentro de un jardín. Como su hermana la de Valladolid, se asoma á curiosear á la vía, pero para ello se emperejila, se engalana, se pone sus perifoneos y se cuida muy mucho de la persona; no se nota en su aspecto la arcaica fisonomía de la población vallisoletana. Calles anchas, rectas, despejadas, confluentes á un centro, de espaciosas aceras, de buenos pisos, de cómodos portales, atestadas de comercios de lujo: he ahí lo que es, por lo menos, el ensanche de Vitoria desde el tren. Los edificios resultan suntuosos, ofreciendo en sus fachadas elegantes miradores, artísticas balconadas; cuatro ó seis iglesias coronan con sus torres las casas; el arranque de

la población encanta, lo consituye una greca de hoteles diminutos, bonitos, atildadísimos, hundidos entre yerdura...

¡Ah, si Don Quijote hubiera acertado á venir por aquí, él que tan de recio la tomó con el caballero de los espejos!... Las espaldas de las casas que se yergun frente á la estación no tienen muro; todos los pisos ostentan galerías corridas de cristales, y cuando las hiere el sol parece que estallan en haces de reflejos luminosos y ofuscantes...

Vitoria, el rey José, los franceses, la última etapa de la invasión napoleónica de 1808 en España, un coche abandonado por un monarca, bueno y debil para poder huir, el botín rescatado quedando como huella postrera de un sueño de conquistador, remembranzas que despiertan al pasar ante ellas estas llanuras silenciosas, ensangrentadas después por la guerra carlista. El tren se aleja, se quedan atrás con sus recuerdos.

En plena montaña.

¡Paso á la Naturaleza! Hemos llegado á lo abrupto; á uno y otro lado de la vía el terreno se encrespa bruscamente, se levanta, sube

hasta las nubes cubierto de espesuras gigantes que trenzan y entrelazan sus frondas con el enmarañamiento de una selva virgen. El exceso de vegetación da al paisaje un tono pastoso de terciopelo mate Enmedio de las copas, desperdigadas, sueltas, hundidas entre los troncos, asoman casitas y más casitas. Aquí surge una fábrica, irradiando por sus ventanas fulgores de luz eléctrica y mirándose en sus acequias mansas; allí se empuña un campanario gris, pizarroso, con su veleta loca dando vueltas; ahora pasa el tren por un viaducto empingorotado á una altura colosal, mientras por debajo se desliza una carretera. Barrancos, derrumbaderos, colinas, lomas, de todo corre por delante de la vantanilla. El cielo es ceniciento; el nublado se suelda; los picos de los cerros se coronan de niebla; comienza á llover con una mohina lenta, silenciosa, apacible, pero tenaz, que barniza el paisaje oscureciéndole, que mirada de abajo á arriba hace el efecto de dos aguaceros, uno que cae de las nubes y otro que resbala desde las cumbres por las copas de los árboles.

Es el crepúsculo vespertino, pero un crepúsculo rápido por el temporal. La tarde muere más deprisa, la luz se apaga más pronto.

El pito de la locomotora apenas resuena en el húmedo valle; la hora y el agua dan al campo una majestad imponente; parece que la Naturaleza está entonando el *Angelus* en un día de gran función... Alsasua, Otzaurte, Ormaiztegui, Tolosa... estrofas de un *tantum ergo* supremo que canta con sus múltiples y augustas voces la montaña... ¡qué honda melancolía hacéis nacer en el corazón!...

San Sebastián.

Hélo aquí; de noche. También llueve, pero no importa. La gente se ríe de los aguaceros, y envuelta en su impermeable ó en su gabancillo, bajo el paraguas, con el pantalón remangado los hombres y con la cola cogida las señoras, desfila por el piso de asfalto del boulevard. Los veladorcillos del café de la Marina se ven rodeados de elegantes cobijados al amparo de la marquesina de cristal; los focos eléctricos de la alameda difunden en torno un claro resplandor de luna que

permite distinguir los hilos de la llovizna. El kiosco de la música es



el único que permanece vacío. Por las grandes ventanas de otro café salen reflejos amarillos de luz de

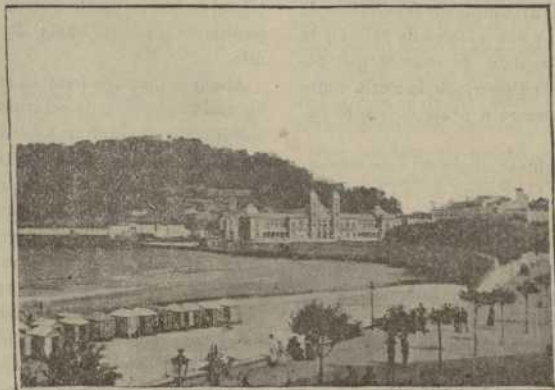
gas. El aire huele á hojas húmedas, á salitre, á mar, los pulmones se ensanchan. Radiante, rojizo, surge al paso del coche, en la acera opuesta un tercer café... La calle Mayor. Hemos llegado..... ¡Bien haya la ciudad alegre y radiante á pesar de los chubascos que la azotan!

II.

La Concha.

Un deslumbramiento, una explo-

nes muy intensas: he ahí el efecto que produce la famosa Concha de San Sebastián á las diez de cualquier mañana de verano. El panorama no puede ser más espléndido; al fondo el mar libre, oscuro, confundándose con el horizonte; en la embocadura la barra con su cenefa de montoncitos de espuma de nieve, rota por la isla de Santa Clara y cerrada á un lado por el monte Higüeldo, que ostenta en la cumbre, á la altura de los nidos de



sión de retozona alegría, unas ganas invencibles de reir con esa risa cortada que arrancan las emocio-

las águilas, una torrecilla, y al otro, por el frondoso cerro de Urgull, que sostiene á la punta el cas-

tillo de la Mota. A la derecha, casas hurañas y sucias y extremos de mástiles, el muelle, que esconde detrás de la muralla su cara de viejo lobo; más acá el lindísimo palacio del casino, aéreo, esbelto, bonito, gracioso, con su parque inglés delante; junto, á un costado el final de la hermosa Avenida de la Libertad, y luego, á la izquierda y á la espalda hasta morir en el Antiguo, una hilada de fondas y hoteles elegantes, ostentosos, altivos; el paseo con sus arbolillos sus fuentecitas de bronce y sus puestos de bollos y la playa repleta de casetas que rodean el balneario de la Perla como una numerosa prole al padre común.

Imagínese ahora en este escenario todo el Madrid de la Carrera de San Jerónimo y de la acera de las Calatras; una muchedumbre vestida por Worth, Beçanson y Padrós; un tropel de damas aderezadas con áreas toaletas de mañana, un aluvión de sombreros de paja, de faldas de batista, de peregrinas de pañete, de flores, cintas, lazos y velos; de pies menudos, de ojos negros, de talles de avispa; una multitud que se encuentra, que se sa-

luda, que se sonríe, que se da la mano, de la que se desprende ese éter sutil é impalpable, lleno de atractivo, que dejan detrás de sí todas las grandes agrupaciones de mujeres elegantes y hermosas y á la que solo preocupa una cosa: divertirse. Basta con oír al pasar: ¿Se ha bañado usted? Voy ahora. ¿Iremos á Pasajes? Bueno, en el partido aguardo. A las tres en el boulevard. ¿Tú, qué vas á ponerte? El traje crema ¿y tú? El rosa. ¿Avisásteis al botero? Sí. Bien. Que seáis puntuales. Y así hasta lo infinito.

Abajo la playa es toda la mañana una exposición de estatuas mitológicas y una humorada de Càm-poamor. Hay una división para señoras solas... vacía y otra para señoras y caballeros... atestada de señoras. Mar adentro distingüense próximas hileras de bañistas agarrados á las cuerdas, que saltan cuando viene la ola; en la arena se codea uno con cuantos salen del agua, hombres y mujeres, trémulos y escurridos, buscando su caseta que los boyeros se llevaron sabe Dios donde por exigencias de la marea, mientras el abonado se ba-

ñaba. Intrigas de Alhama y demás balnearios del reuma.

La caseta de mirón.

Es el sueño de una mañana de verano, sin otra música que el dulce rumor de la marea. No se sabe palabra de su origen, pero no tendría nada de extraño que hubiera nacido de las voluptuosidades de algún fakir borracho de opio. El si-



baritismo moderno raya en los balnearios de moda en una exquisitez suprema. Todos los refinamientos del lujo y del placer no

llegan á valer un pitoche junto á esas humildes cuatro tablas que amparan al cuerpo de los rayos del sol, no le privan del aire del mar y permiten á los ojos gozarse con plácido sosiego en las atra-yentes contemplaciones del desnudo.

En substancia, no es otra cosa la caseta de mirón que un cobertizo apoyado sobre cuatro ruedas pequeñas y y macizas, más largo que ancho, y al que se entra por los extremos. Por un costado descansa el techo en un muro de tablas: por el otro carga en dos mástiles, entre los que corre un pedazo de baranda, y de tal suerte el carricoche errante, abierto por tres partes, resulta un magnífico balcón de admirables vistas. La caseta de mirón goza en la playa de singulares privilegios; todavía hay fueros para ella. Respetando su condición de palco, descuella siempre en primera fila para que nada la oculte el mar, y sirve de saloncillo de espera á los bañistas mientras se desocupa su cajón habitual ó se les seca el sudor.

Desde las nueve unos veraneantes la toman y otros la dejan. Los

niños la cruzan, persiguiéndose en sus juegos y pataleando con sus plantas desnudas en su piso de madera, empapado por algunas olas atrevidas que la invaden en el flujo. El asalto de los alegres diablillos convierte la caseta de mirón en algo como un nido y la da ese encanto que llevan consigo las gudejas rubias, las risotadas argentinas, las vocecitas infantiles,.. A veces, la jovencita que acaba de salir del agua, apoyada de pechos sobre la barandilla, charla con su novio, y el tosco marco de madera adquiere el atractivo singular del ajimez solitario oyendo el tierno arruyo de los amantes de Verona...

La caseta de mirón tiene su abonado á diario: el obeso señor de cuarenta para arriba, y que no se moja por ende el abdomen... A las nueve se le vé contento y satisfecho en el boulevard, con su quitasol en la mano, comprando *La Voz de Guipúzcoa* y *La Libertad*, poco después se aposenta en el estratégico cajón, armado de sus gemelos de alcance, y entre la lectura de los periódicos y el cotejo de las femeniles líneas se le pasa la mañana deglutiendo sueltos y

pantorrillas en un éxtasis perdurable, del que sólo le sacan las voces de ¡aida! ¡aida!.. con que los bañeros animan á los bueyes que retiran más arriba las casetas, huyendo de la marea, y que arramblan á lo mejor con la de mirón, trocada en isla. sin que lo advierta el abonado, hundido en su exótico ensimismamiento... ¡Golondrinas doradas que os remojáis todos los años el cuerpo en la Concha: en cuántas de vosotras será la caseta de mirón una fecha inolvidable!...

Pies de rosa.

Es la silueta adorable por excelencia del veraneo: los niños en la playa. Da gozo verlos tiernos, sonrosados, radiantes, atrayentes, con su rostro de mazorca tostada por el beso continuo del aire del mar, con su pala y su pico de juguete en la mano, excavando la arena y haciendo hoyos, que se llenan enseguida de agua salobre, jugando en revuelto montón que ofrece todos los desplantes y huidas de una bandada de pájaros, correteando con las alas tendidas por las

orillas suaves, bañándose en aire de iodo por la mañana hasta que el sol quema, y por la tarde desde que el sol pierde su fuerza estival...

Ellas cubren el cuerpecillo naciente con falditas de mucho vuelo, y la cabeza desaparece dentro de una gran capota Directorio, blanca ó roja, de rizada batista, que les forma en torno del semblante algo como una pantalla y les



hace semejar enormes margaritas ó amapolas; ellos llevan metida la menuda persona en un traje marineró de fina lanilla, que no les impide la desenvoltura de sus movimientos; y lo mismo ellos que ellas lucen desnudas las mantecosa-

pantorrillas y los pies de rosa, que se hundén blandamente en el piso de la playa, amontonándose la arena sobre la turgente extremidad con un enamoramiento supremo, como si hecho cargo de lo joya, no quisiera soltarla ni que se le fuera.

Es la primera operación de los chicuelos, al llegar á la playa: descalzarse. Resulta su gran placer, su sibarítico placer; quitarse las medias ó los calcetines y los zapatos, y hundirse en el movedizo suelo, sintiendo el fresco beso de la arena mojada, la caricia del agua que se filtra para llegar al pie. Allí, en la corte, en su casa, el más mínimo remojón traería consigo una de esas fiebres repentinas que andan siempre en acecho de los niños para llevárselos; aquí pasan el día entero á la orilla del mar, con las plantas chorreando, sin secarse, y al mes de semejante vida pierden las tiernas criaturas la anémica palidez que de la villa coronada trajeron y se les llenan de mejillas de bermellón.

Es el gran secreto de la resurrección de los pequenuelos. En Madrid, el amante padre, que sigue

con ojos ávidos el desarrollo de sus hijos, los vé débiles, descoloridos, tristes, desmayados, doblándose como un tallo que no puede sostenerse erguido, y de acuerdo con el médico, en cuanto aparecen los colores se los traslada á la costa. El proceso de siempre: el cambio de aire, la vida activa, el sol, el campo, el fresco, la leche, los baños... ¡Sí, sí, estamos al cabo de la calle! Eficaces, seguros regeneradores; pero no es eso lo que les salva, lo que les reconstituye, lo que les fortalece. Son esas horas de placer pasadas en la arena, esos besos de las olas, las fieles amigas de los muchachos... ¡Ah!... Es el gran tónico, aún no declarado oficial por la medicina... Llevarse al niño á San Sebastián, á Biarritz, á Portu-galete y dejarle que se pase el estío con los zapatos en la mano.

¡La Reina baja!...

Son las once de una mañana diáfana y serena. Como si obedecieran á una consigna, á medida que llegan los veraneantes á la Concha, las señoras sobre todo, miran un momento hacia la izquierda y exclaman con el aplomo

del que sabe lo que se dice: la reina baja... Allá, á un lado, se alza el kiosko de la familia real, caprichoso en su forma, con sus barandillas y persianas y con su estandarte morado en la cúspide, señal segura de que sus egregios dueños se disponen á bañarse... El kiosko se yergue sobre ruedas que encajan en carriles y permanece de ordinario pegado al murallón; cuando las personas regias acuden á la playa, los marineros al servicio del kiosko sueltan las cuerdas y éste descende por el plano inclinado hasta unos cuantos metros de las ondas ..

Cuatro ó cinco miqueletes de boina roja y poncho azul impiden acercarse á la gente... Los marineros acaban de soltar las amarras al kiosko que resbala como una vagoneta. En el mar, agrandándose segun se acerca, se descubre la escampavía en que la Reina acostumbra á darse su paseito por las olas. Ahí están. En lo alto de la escalera que baja del pretil aparece un grupo de sombreros de paja con flores cobijados por sombrillas blancas y rojas: es la Regente con sus hijos y servidumbre. Un

extremecimiento recorre la hilera de curiosos que se empujan á fin de no perder ripio, y á poco, desde las casetas, con los anteojos de campo ó de teatro, contemplan los bañistas al Rey niño con su gran pastora puesta para librarse del sol, jugando con sus hermanas ó correteando por la arena con su bañero Carrasco y su perro negro, que no entiende de jerarquías y contesta á las soberanas carcajadas con ladridos.

La escampavía se ha venido á la misma playa y aprovecha el impulso de dos ó tres olas seguidas para encallar ligeramente en la arena. ¡La Reina se embarca! comunicanse unos á otros los mirones de las casetas. No le teme al mar... ¡Pues está un poco alborotadillo! ¡Qué arrojada es! Y dicho y hecho. Los marineros colocan un tablón desde el suelo á la falúa, por donde sube valientemente la egregia señora, con singular aplomo y ligereza, sonriendo, serena, impávida, destacando un instante sobre el fondo del horizonte su peculiar figura llena de gallardía, pasa detrás alguna dama vacilante y asustadiza, quedando en tierra los ni-

ños y la trahinera arranca alejándose con su preciado cargamento hasta disfumarse en la distancia, distinguiéndose en lontananza cómo se mete por la boca del puerto.

III

Los irresistibles.

Las diez de la mañana... El hidrómetro de la plaza de Guipúzcoa



ha cumplido su palabra fielmente... Un sol espléndido bruñe el horizonte, saltando desde las ventanas del Casino, donde se quiebra en

haces de luz, hasta las frondas del boulevard que horada, dibujando en la arena un delicadísimo encaje de sombra. La intensa claridad que inunda las calles, las llena de alegría; los árboles, los escaparates, los relojes públicos, las fachadas de los edificios, todo sonríe. La temperatura es blanda y dulce... Del lado de la playa llega una suave brisa henchida de frescura, que al pasar por el parque de Alderdiel se nutre de aromas de flores... El aire huele á mar y á reseda...

Todo aquel hermoso despertar de la naturaleza es para su persona, ó al menos así se lo cree, á juzgar por la fruición con que aspira el perfume de la mañana y el regocijo con que se sacude del traje las motillas que vuelan con el viento... En la apostura con que anda se adivina algo de olímpico y fastuoso... Se siente un poco Dios, y si le llamaran Apolo volvería con prontitud la cabeza... A pesar de lo temprano de la hora va ya puesto de punta en blanco en derecha á la Concha, luciendo su primera toaleta del día.

De su alma, henchida por ente-

ro de su propia imagen, sube un himno de agradecimiento al sol, que le permite mostrarse en público, sin esos tonos mates que dan á la ropa los cielos grises... Sombrero marinero de paja con cinta tricolor, cazadora de franela á rayitas, cuello blanco, pechera de batista á lunares, libre de enojoso chaleco, cinturón de seda, pantalón á cuadros, remangado siempre, y botas de piqué... No le falta ningún detalle: ni la boquilla del puro aculotada, en la boca, ni la cadénita acusadora del reloj en el costado izquierdo... La felicidad de contemplarse tan correcto y ajustado á figurín, se le asoma á los ojos... Pavoneándose atraviesa por la desembocadura de la avenida de la Libertad, toma por el paseo de las acacias, revistando con sus pupilas juguetonas las terrazas de los hoteles, y con la mente llena de siluetas de mujeres hermosas, que le aguardan aposentadas en los bancos verdes, por verle pasar al baño, según él, saludando aquí, inclinándose allá, flechando los lentes acullá, llega á la entrada de la Perla y desciende á la playa por una de las rampas laterales, per-

diéndose por entre el movable pueblo de las casetas.

Su inmersión es rápida, procurando hundirse en el oleaje por donde haya menos gente... El traje de baño no compone, no ayuda; el agua soez, al asaltar la cara, destruye la piadosa obra de la navaja de afeitar, descañonando indiscreciones...

Entonces, ante las bofetadas del mar, salen á relucir las vetusteces del rostro, surgen las señales indelebles de los años, se advierte que el irresistible se encuentra muy lejos de la juventud... La silueta pulcra muestra, á su pesar, sus intimidades decadentes... Cumple, pues, el precepto higiénico en volandas, y á las once, cuando carga el mayor número de los bañistas, cuando la playa es un hacinamiento de blusas de batista clara, de sombrillas rojas, de cabelleras sueltas, de ojos abrillantados por el beso de las olas, de figuritas de mujer aéreas, vaporosas, flexibles, atrayentes; se le distingue erguido y sin una arruga, mariposeando de grupo en grupo, riendo con unas y con otras, y derrochando su ingenio y sus posturas, con la volubilidad

de la abeja que vuela de cáliz en cáliz esgrimiendo su aguijón.

En el paraíso donostiarra no se conoce el bochorno. La terrible pesadumbre de las tres de la tarde se halla contrarrestada por el aura marina, que mantiene húmeda la atmósfera... Todavía duerme la ciudad la siesta, y allá va el irresistible con su traje de laquilla azul ó ceniza, su sombrero hongo y su bastón de alta contera nikelada y puño de cuero... Su semblante se halla oscurecido por una nube... Su sastre de Bayona no le ha remitido la ropa de meclilla que prometió enviarle, y le ha destruído sus propósitos de estrenarla en Jai-Alai.

¡Como no fuera porque juega Irún, de quien es entusiasta, no iba, porque las del barón son unas reparonas que en todo se fijan... Hay que resignarse; sube á un cesto de los del boulevard, y se encamina al frontón un poco antes de que comience el partido, para fumar un cigarro con los de la cátedra... ¡No, nada, no le ocurre nada!... ¿Nostalgia?... ¡No!... ¡Se equivocan ustedes!... El corazón permanece tranquilo, hundido en una

suprema placidez... No le ha atravesado ninguna flecha... ¡Ira de Dios!... Arturo, Abelardo, el vizcondesito... Ni uno de sus amigos ha dejado de estrenar alguna prenda: está deshonrado... Sin embargo, las amigas le sonríen con su habitual dulzura... ¡Ah!... ¡Sí!... Le basta con su gallardía para vencer, y mira á derecha é izquierda, alta la cabeza y mesándose con jactancia el bigotillo á lo borgoñón... ¡Imposible defenderse!... Siempre torna en el tranvía entre cuatro ó cinco pollas... ¡Se lo rifant!... A las seis oye el concierto, repantigado en una silla desde la terraza del Casino... Ha conseguido escabullirse: le marean... Con la cabeza lleva el compás, fingiéndose arrebatado por éxtasis artístico, y aunque con el rabillo del ojo no cesa de atisbar á la gente, dirige sus miradas al cielo para que la rubia que le trae loco piense para su blusa que él es un inteligente, un asiduo del Real. Las siete le dan ante un velador del café de la Marina, tragelando un bol de cerveza.

Allí asoma el calavera, el perdis, el Tenorio, el Lovelace, liado en íntima charla con sus camaradas,

y no discurre por el asfalto una jovencita que no haya sido su novia, ni una jamona en buena sazón que no le haya otorgado sus favores... El farolero que enciende el gas le sorprende en el pináculo de sus conquistas exóticas y fantásticas

Su eclipse dura poco. A las diez, engalanado con el smokin, recuéstase en la butaca del teatro, y á las diez recorre los salones del Casino, apuntando alguna vez cuando se juega, ganando sin alegría, perdiendo con indiferencia, buscando la tertulia de las damas y mostrándose más lánguido y rendido, como si apelara á todos sus recursos de seducción en su galante resumen de la noche. Y á la madrugada, metido bajo mantas en su cuartito del hotel, sueña que entre las fiestas en obsequio á los forasteros figura un concurso de belleza masculina, y que ante el jurado de las bañistas más elegantes, ¡ha obtenido él el premio por unanimidad!

La eterna esfinge.

Es la silueta del balneario; la mañanita que aparece en la playa

sola, con su sombrero marinerito de paja, su camisolín de batista blanca con corbata, su ligera torea de fina seda celeste, su gran



sombrilla de crespón con pintados ramos de flores á la acuarela, su falda de *fular* azul marino y sus zapatos de piel de Rusia. Todo el mundo la considera con asombro, y todos los ojos se fijan en ella con admiración y codicia en los hombres y con secreto despecho en las

mujeres. La dama es alta, blanca esbelta, vaporosa, nacarina, muy rubia, con ojos azules, una balada andando. ¿Será rusa? ¿Será escocesa? ¿Del país de la nieve? ¿De la región de los lagos? ¿De dónde será?

Desde que surge esa mañanita, es el acontecimiento de la temporada. Deja de ser una mujer para pasar á ser un astro; en todas partes se la ve, en todos los sitios se la encuentra, á todos los lugares concurre; en la playa, en los paseos, en los jardines, en los pueblecitos inmediatos, en el Casino, siempre con distinto traje, siempre indiferente y como ensimismada, siempre con un cortejo de adoradores que la espían y la siguen, y siempre sola, sin otra compañía que un antipático ratonero legañoso que se lleva todas sus ronrisas y todos sus halagos. ¿Será rusa? ¿Será escocesa? ¿Del país de la nieve? De la región de los lagos? ¿De dónde será?

No se sabe nada; la desconocida reúne sobre todos los encantos de su hermosura, el del misterio... ¡Ahi... ¡Si sus galanteadores míopes, de vista y de entendimiento,

abarroto de billetes el bolsillo, acertaran á leer en la cándida frente de la diosa, deletrearían este pensamiento ruso ó escocés, y á veces español neto y puro de Triana: ¿Cuál de estos tipos será capaz de pagarme mi veraneo?

IV

Un paseo por la ciudad.

El olor á salmuera, á jarcias, á brea, á mariscos revela al muelle. Es cómodo, bien abrigado y defendido de los vientos, estratégico en su disposición, pequeño; en él permanece anclado el cañonero guarda costas y á su recinto entran los buques de poco calado. A un lado, al pie del cerro, se alza una harría de pescadores; allí, bajo los soportales de las casas, se embastan sardinas para provincias y recomponen las mujeres las finísimas mallas de la red. Botes, lanchones, barcazas, cubas de brea, cables puestos á secar, cuantos chirimbolos caracterizan un puerto se encuentran en aquel típico rincón. Los chicos de la playa pululan nadando en el agua del muelle, esperando que alguien les eche una

pieza de cobre envuelta en una papel para bucear y sacarla con los dientes. Descubrámonos con respeto: en una pared brillan las letras de oro de una lápida coronada por un busto de marmol. Es el de un botero entrado en años, de rostro rugoso, lleno de bondad, un viejo lobo que se pasó la vida arrancando naufragos al mar, hasta que el mar se lo tragó un día á él. Llamábase el mártir José María Zubia, por sobrenombre Mari. Una abnegación sublime pero oscura, que sólo deja huellas arriba, donde todo se ve.

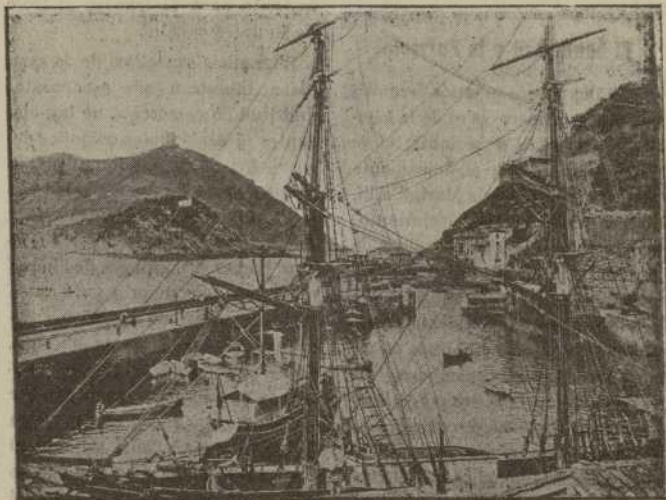
Salgamos por la puerta de piedra; he ahí la ciudad vieja, el San Sebastián antiguo, con sus Casas Consistoriales, su plaza de la Constitución cuadrada, amplia, espaciosa, con sus soportales pintados de azul y café y sus balcones numerados; con sus calles estrechas, rectas, grises, parecidas en su aspecto á las de Cádiz; con su mercado de hierro, bullicioso y animadísimo. Subiendo á la izquierda se asciende por en medio de un bosque al castillo; bajando se llega al boulevard, al San Sebastián nuevo, á las vías acabadas de cons-

truir, orladas de árboles y formadas de grandes edificios, á la moderna y suntuosa población.

Hace unos años no existía nada

nas, suntuosísimas y espléndidas todas.

San Sebastián es acaso la capital más cuidada y limpia que se



del ensanche; hoy se extiende en lo que antes era campo amurallado una magnífica cuadrícula de avenidas, rectas, tiradas á cordel, anchísimas, con doble hilera de acacias, con relojes públicos algu-

conoce; en balcones y ventanas no se ve ropa colgada nunca; en el piso no se encuentra jamás ninguna inmundicia; ni por casualidad surge un menesteroso al paso; en toda la ciudad se observa una pul-

eritud suprema. La clave del enigma no es ningún misterio; es sencillamente que San Sebastián tiene un Ayuntamiento de verdad, que administra y se interesa por sus vecinos...

El boulevard y la Zurriola.

Son dos paseos urbanos hermosísimos; el primero es el de la *higeye*, el del agua de colonia, el de moda, pero no todo él, únicamente la parte del café de la Marina. Allí, bajo el toldo del establecimiento, sentados ante los veladorcidos de la acera ó paseando por el piso entarimado de la calle, se pasan las primeras horas de la noche las cazadoras blancas, los botines de piqué, los bigotes engomados, los vestidos de batista, las peregrinas de pañete, los sombreros de flores, lo escogido de la colonia veraniega, las muchachas y los pollos. Las mamás suelen dormir también como en Madrid, cabeceando en una silla de la alameda ó en una silla del café. La banda municipal toca mientras en un kiosco. Diversos focos de luz eléctrica bañan de luz el trozo de paseo; es un encanto de sitio. La otra parte de la Plaza

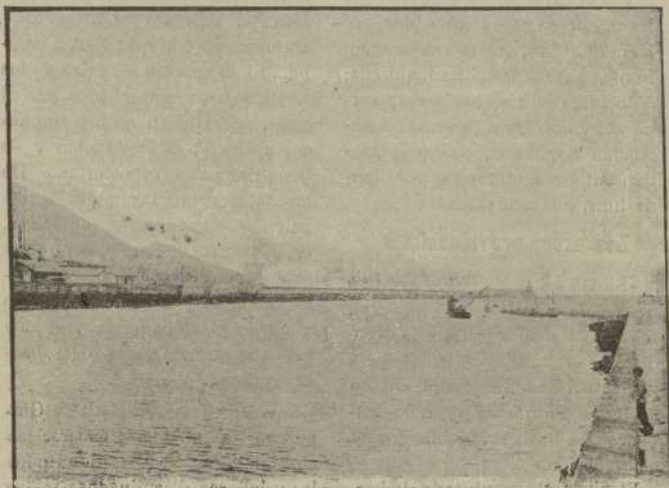
Vieja, como se llama en prosa el lugar se queda casi á obscuras; es la Cenicienta del cuento. De día bordea el paseo, á la izquierda una fila de cestos de alquiler, y á cada instante pasa el tranvía al trote de su único caballo.

En ambos costados de la gran plaza muestran sus escaparates multitud de comercios, no tan elegantes ni espléndidos como los del ensanche, y no tan humildes ni exiguos como los de la ciudad vieja: la mesocracia. Además de la típica de la noche, tiene el boulevard jueves y domingos dos horas matinales de concierto, poco antes de la de comer: un aperitivo artístico de que poca gente disfruta. Como punto céntrico no hay veraneante que no pase por la popular alameda cien veces al día... Era natural; los madrileños son aquí el alma en el estío, y no han podido por menos de crear su Puerta del Sol.

La Zurriola se halla próxima; en vascuence quiere decir sitio combatido por las olas. Es una estensa planicie construída sobre terreno robado al mar. El final se halla aún en embrión: este estre-

mo que sirve de rompiente formidable, es á la vez un palco delicioso. En la pleamar ó en días de borrasca se goza desde allí, á cambio de una ducha por los golpes de agua que rebotan el muro, de un

bujo de jardines encantador; en aquel lugar toca por las noches una banda de paisanos y baila la gente del pueblo; cada cual con su cada cual; ese parece ser el honrado lema donostiarra.



espectáculo supremo, aterrador en fuerza de sublime. El resto de la Zurriola hasta el puente de Santa Catalina, se halla limitado por una barría magnífica y ofrece un di-

Todas las casas de la Zurriola fronteras al parque son de piedra, á la moderna, de cuatro y cinco pisos, con ese aspecto espléndido de los edificios norte americanos;

desde sus balcones se disfruta un panorama de primer orden: el río ancho y caudaloso en su desembocadura, al pie, y más allá un tapiz inmenso con todos los tonos del verde, al que sirve de istmo el puente de Santa Catalina.

Por la parte de la playa se ha levantado en pocos años una población nueva, que cierra en absoluto el paso á la ciudad antigua; á lo largo del río, hasta muy cerca del cuartel, extiéndense las barriadas novisimas; el San Sebastián antiguo no tiene ya por donde huir; está acorralado.

Los arcos providenciales.

«Si Dios no existiera, sería menester inventarlo», dijo el gran filósofo del enciclopedismo... Parodiando su frase, podría repetirse respecto á San Sebastián: «Si no tuviera soportales la plaza de Guipúzcoa, se haría imprescindible su construcción.»

El que no haya visitado la hermosa ciudad donostiarra, no sabe lo que son lluvias copiosas y tenaces. A veces pasan pronto; galerías feroces que revientan y se van, surgiendo de nuevo el sol;

pero á veces el temporal persiste, y entonces es cuando entran en funciones los arcos de la plaza de Guipúzcoa... La burguesía plácida, las familias que viven en casas de huéspedes y se acuestan temprano, no pisan ó frecuentan poco el Casino... Su vida se desliza entre la Concha, el Boulevard, Ategorrieta, Pasajes, junto al mar y en el campo... El chaparreo les priva de los alrededores, y estrechados por el agua, se refugian en los amplios soportales de la Diputación y de las principales reposterías... De ordinario están las amarillentas galerías silenciosas y solitarias... En las tardes de chubasco, repercuten el murmullo de mucha gente hablando, y una muchedumbre aburrida y arropada, da vueltas y más vueltas bajo las bóvedas, hasta rendirse...

Los arcos de la plaza de Guipúzcoa tienen su hora clásica: las cinco de la tarde. A esa hora todos los veladores, diseminados por las galerías ante las puertas de las pastelerías de moda, se ven ocupados por pelotones de forasteros que toman chocolate con volado y bizcochos... El atrapar un puesto sig-

nifica una victoria, y eso que los comensales se engullen la merienda y se levantan á renglón seguido... Después los soportales de piedra pierden su animación, y á los grupos se suceden transeuntes solos que se encaminan á dejar sus cartas en el buzón central, á la vez que salen á tomar café en el de la Marina y á oír la música del kiosko.

Pero no se crea por esto que la gran plaza no merece otros honores que los de albergar á las aves errantes en los días de lluvia; en el centro posee un frondoso jardín y en medio del urbano bosque se alza como un kiosco donde se hallan instalados un higrómetro, un barómetro, un termómetro y un pluviómetro... Parecía el lugar un rincón íto propio para el invierno, y resulta que esconde entre los árboles un trozo de observatorio de Grenvich...

San Sebastian monumental.

No se encuentran en la hermosa ciudad, acaso por su condición de antigua plaza fuerte marítima, tal vez por las aficiones de navegante de sus hijos más ilustres como

Oquendo y Lezo, las joyas artísticas que en otras ciudades. Las casas Consistoriales, la parroquia de Santa María y los edificios de la plaza de Guipúzcoa. He ahí todo, y todo relativamente moderno.

Las casas Consistoriales son de un clasicismo riguroso, pesado. Su fachada hállase constituida por seis columnas dóricas que se apoyan sobre un cornisamento que divide los dos cuerpos del frontis, y que gravitan sobre la arcada del bajo. La iglesia de Santa María, de promedio del siglo pasado y ya lo revela su fábrica, es churrigueresca y barroca. La portada principal de complicadísimas líneas, consta de un nicho central rematado por un gran arco de medio punto al que corona un pináculo y de dos cuerpos laterales con hornacinas y estatuas. El interior lo forman tres naves soportadas por robustos pilarotes, descansando el coro sobre un arco rebajado muy atrevido.

La plaza de Guipúzcoa posee una ornamentación completa. Sus cuatro lados forman una soberbia arcada corrida con pilares cuadrados, sobre la que existe un cornisamento general. La fachada del pa-

lacio de la Diputación es lo primero que salta á la vista con sus bellas columnas corintias entre las que se abren balcones con balaus-

los magníficos tapices imitados que la decoran, su techo primoroso constituyen una verdadera joya del arte contemporáneo. En la misma



tre de piedra en el piso principal y ventanas en el segundo, rematadas por un entablamento con profusión de adornos en los que se distinguen presididos por el escudo de la provincia, varios bustos de guipuzcoanos ilustres. El vestíbulo de mármol, la suntuosa escalera, las hermosas vidrieras de colores, con soberbias pinturas, de su descansillo,

plaza están instalados la Delegación de Hacienda, el Instituto y las escuelas públicas.

V

El Casino.

Es el protagonista de los puertos de moda, el símbolo de la felicidad para buena parte de las emigrantes golondrinas del veraneo. Las

refrescantes brisas del mar, el oxígeno á todo pasto, la excursión diaria por la campiña, la ascensión á la montaña... ¡Pero cómo! ¡Esa es la vida del balneario?... Pues en verdad que lo ignora el elegante de la Carrera, y eso que se marcha á orillas del Cantábrico en cuanto arrecia el calor... ¡Pero también es candidez!... Al dorado madrileño, que se levanta por la tarde y se acuesta al salir el sol, no hay que preguntarle: ¿A qué playa va usted este año? sino, ¿en qué Casino va usted á pasar estos meses?

El Casino: he ahí la nota característica de la estación aristocrática del verano. Suele ser el mejor edificio de la ciudad, el único monumental á veces, concediendo á tal calificativo una acepción latísima. Es imposible calificarlo; su estilo no suele obedecer á ningún orden arquitectónico determinado: arcadas por aquí, torreones por allá, cúpulas por acullá; el azulejo árabe, la aguja gótica, el capitel dórico; un desenvuelto desbarajuste que da por resultado algo entre tre palacio y pagoda. Eso sí, donde el arte calla, la ostentación que ofusca toma la palabra y grita; el

gusto cede su sitio al lujo; mármol, hierro, piedra y bronce; tales son los componentes de la casa.

Todos los casinos de todos los balnearios se parecen: todos se ha-



llan situados á la orilla del mar, todos tienen su terraza con balaustres dominando el terreno y dejando descubrir un panorama espléndido; sus veladores de hierro pintados de amarillo, y sus camareros

de frac, con aspecto de banquero ó de subsecretario. Dentro, es idéntica la distribución; saloncitos de confianza, de conversación, de tertulia; salones de billar, de tresillo, de pasatiempo, de lectura; salones de conciertos, de fiesta; piezas íntimas de vestirse, de tocador, lo mismo para señora que para caballero; cuartos de baño; comedores; escaleras de mármol; jarrones de bronce; damasco y raso en las paredes y en los cortinajes; muebles dorados, de laca; un lacayo con librea, calzón corto y peluca empolvada, levantando cada portier; un eriado relámpago, esperando órdenes en cada estancia; telégrafo, teléfonos, buzón de correos; la última palabra de la comodidad; el refinamiento de la riqueza y del buen tono; la quinta esencia del sibarismo.

Orquestas, bailes, funciones dramáticas, cotillones, sesiones de prestidigitación, grandes saraos, banquetes, los mil atractivos de Jorge... ¡Cá! Al elegante de la Carrera, que sigue levantándose por la tarde y acostándose al salir el sol, no le queda tiempo ni para echar una ojeada al mar...

Allá, en las habitaciones del Conserje, en un cuarto mal amueblado y mezquino hay un armario de madera ordinaria pidiendo á voces una manita de pintura. Aquel mueble, olvidado y oscurecido, del que guarda el digno funcionario *menor* las llaves, que no ostenta tallas ni adornos, es el tabernáculo del Casino, su arca santa; allí habita su junta de gobierno, constituida por los caballitos, la baraja francesa, el cubilete de vidrio y la bolita de marfil.

El donostiarra.

Presentada la silueta genérica y valga la frase del casino, igual en todas las estaciones veraniegas, consagraré cuatro líneas al de San Sebastián. Su posición no puede ser más admirable y pintoresca, y ha venido como á cerrar magníficamente el semicírculo de la concha. Yergue su amarillenta mole á orilla del mar; mirado de lejos le sirve de fondo la mancha verde del monte coronado por el castillo de la Mota; delante de su fachada tiene un jardín á la inglesa transcendiendo á heliotropo. En cuanto á su estilo no resulta de fácil clasi-

ficación; hay en él algo de oriental y algo francés. Constituye el edificio un cuerpo central, saliente con elegante cúpula entre dos gallardas torres y dos pabellones laterales que terminan en caprichosos estribos; el cuerpo central ostenta en su piso superior amplios balcones; los laterales continúan en la misma línea una serie de ventanas corridas, y en la parte baja forman en toda su longitud una hermosa galería con columnas; tres puertas que son tres magníficos arcos, dan entrada al vestíbulo; amplia terraza cubierta de veladores de hierro se extiende ante la fachada principal; una verja cierra el recinto; el color de la piedra, los mil adornos, molduras y relieves de sus muros y las curvas de sus techumbres traen á la memoria los palacios asiáticos.

El Casino tiene dos horas características: las de la tarde y las de la noche. A las cinco la orquesta de Bretón ocupa el kiosco instalado frente al palacio, á la parte de á dentro de la verja, una elegante muchedumbre de bañistas, en la que predominan las señoras que cada vez estrenan un traje distinto, invade la

terrazza y recibiendo el fresco de la brisa marina, regálase el espíritu con las melodías de Mozart y los conjuntos de Wagner. En el jardín, los veraneantes económicos oyen el concierto por cinco céntimos que cuesta una silla. A las diez empiezan á verse concurridos los espléndidos salones de juego y tertulias del edificio, inundados de luz eléctrica, y á las doce, los lujosos criados de librea y calzón corto, sobre todo si hay cotillón, apenas si pueden abrirse paso entre la elegante multitud. Estas noches de sarao constituyen la nota de suprema elegancia del casino. La luz eléctrica, quebrándose en el raso de cortinajes y paredes, un hacinamiento de cabecitas rubias y de cabelleras negras en que parpadean los brillantes y un vaporoso conjunto que ondula, de crespones, batistas, fulares y sedas. Solo falta la diosa del amor coronado de rosas y mirtos, presidiendo.

VII.

Tarde de toros.

Creeríase uno transportado á la calle de Alcalá en pleno y jubiloso

día de corrida de Beneficencia. El sol donostiarra, español hasta la punta de los rayos y galante con los extranjeros, no ha faltado á la cita, bruñendo el horizonte, para que la fiesta no carezca de la alegría de un cielo andaluz. Desde por la mañana, los trenes franceses, ordinarios y especiales, no cesaron de volcar gente sobre la ciudad, y á cada paso se descubren por esas calles grupos de estafalarias personas con sombrero de paja, levita negra, pantalón blanco, paraguas, y la correa de los anteojos de campo cruzada en bandolera sobre el pecho... El mayor número de los turistas regresa á sus lares por la noche y no se aloja

en ninguna parte, almorzando en cafés y restaurants y vagando por ahí en racimos, sentándose en los bancos y yendo de la Zurriola á la Concha y de la Concha á la Zurriola, en espera de la adhelada hora en que abra sus puertas el circo vecino de la estación... En sus ca-



ras serías y graves resplandece un singular entusiasmo, y con los prospectos en la mano deletréan una y otra vez los nombres de los «toreadores» que les han sacado con su fama de sus hogares... Todos vienen á realizar un

irresistible deseo: el ver matar los bichos de verdad, sin simular tan sólo las suertes... Les ha picado la tarántula... Dentro de un rato conquistarán los suspirados tendidos, y se les distinguirá siguiendo la faena con sus cinco sentidos y con la fruición del ma-

drileño más fanático por el arte, aplaudiendo y gritando: ¡bravo, bravo! con esa oscura acentuación en que sobresale el machaqueo de la erre.

El momento de la felicidad suprema se aproxima. Los relojes públicos señalan las tres de la tarde, y una multitud bulliciosa desemboca á borbotones en el frondoso boulevard, afluyendo por las calles Mayor y de Narrica y por las anchas avenidas que se hunden en la parte nueva... En la sombra, aprovechando el toldo de los grandes árboles de las orillas, aguardan los cestos con su caballito y sus cortinas de hule y sus auriguas vestidos de azul con boina roja... Cerca, ante unos soportales que sirven de andén, hállanse estacionadas tres ó cuatro jardineras, en fila, con su percherón, que piafa de impaciencia... La muchedumbre se abalanza á los vehículos á medida que afluye, y tranvías y simones parten abarrotados de gente hasta en los estribos, uniéndose á ellos, por el puente de Santa Catalina, los carruajes propios donde se recuestan las damas que veranean en sus palacitos de la Concha y en los ho-

teles... Los cuernos son cosmopolitas: no reconocen fronteras, y lo mismo inflaman el impetuoso corazón de los madrileños, que el reposado pecho de los vascos, que el espíritu apacible de los franceses, y allá van revueltos los sombreros de paja de Pau con las boinas azules de San Sebastián y los hongos flexibles de Madrid... El cascabeleo de las colleras, las patadas «broncas» de los corceles en los adoquines ó en el entarimado de los pisos, y el vocerío de los devotos, al asaltar los coches, forman un estruendo que ensordece... La población mesurada del Norte, los graves bearneses que vociferan en su patuás familiar, son felices con ladicha delirante de las meridionales Málaga ó Sevilla... ¡Oh poder atrayente de los toros!...

La cancha y el kiosco.

Es el recreo favorito de los donostiarras; rara es la tarde en que no se celebra partido. Ya se sabe; si se descubre mucho tragin de gente en el camino de Ategorrieta es que el Jai Alai funciona.

El juego de pelota ha pasado ya

entre los honrados donostiarras á la categoría de institución. Eso de una vulgar pared se quedaría para antaño: hoy cuentan con un edificio exprofeso, con sus palcos, sus gradas vistosísimas de armadura de hierro al aire libre y sus vestíbulos de entrada; el espectáculo atrae, mejor dicho, fascina á los vascongados. Es preciso contemplarlos: sudorosos, anhelantes, todas miradas; apostando por Belouqui ó Samperio, verbigracia, siguiendo sin perder ripio la suerte de la pelota que como la loca fortuna, va y viene rebotando y se arroja sobre quien menos la espera, destapándose con tal motivo la botella, ó lo que es lo mismo rebotando el entusiasmo de unos y otros hasta un punto inconcebible, pero sin ocurrir el menor lance á pesar del acaloramiento de las pasiones.

Indudablemente el juego de pelota es un rival terrible de los toros. No diré yo que sea un trasunto de los famosos Pithicos ó Nemeos, pero es un ejercicio sano y noble, que desarrolla el vigor físico, que muestra la fortaleza de la raza. Sólo que todo nace en este mundo con su parte alícuota de

pecado original, y la del pelotaris-mo es la apuesta.

Es un fenómeno muy singular el que los grandes pelotaris sean á la vez grandes músicos. Ahí está Peña y Goñi para demostrarlo, y ahí está San Sebastián que posee una de las mejores bandas municipales que yo he oído. Dicho con imparcialidad resulta una verdadera orquesta y en la interpretación del repertorio clásico, especialmente de Mendelsohn logra sacar de la madera unos efectos de cuerda maravillosos. Abunda en solistas y así reúne el conjunto y los detalles. Su carácter distintivo es la suavidad, la dulzura, su tono semiagudo produce un efecto gratísimo. Ejecutando moderno raya muy alto y sabe dar todo su color á la armonía imitativa, alma del arte contemporáneo. La dirige el Sr. Guimón, una batuta de primer orden y ha sido laureada en varios concursos internacionales.

VII

Una pleamar.

Los aficionados, los entusiastas de las olas se hallan de enhorabuena. Hoy está el Cantábrico revuelto y hay una de las pleamares ma-

yores del verano. La Concha se halla desconocida... Ha perdido su alegría de costumbre... El mar, fustigado por los latigazos de las corrientes ciclónicas, se muestra imponente y espantable, bramando con un enorme y bronco rugido que no cesa un instante y que ensordece. En el límite del horizonte se alzan de cuando en cuando montañas de agua que se deshacen allí mismo, en blanquísimas cenefas de espuma; materialmente se ve á la encrespada superficie encabritarse y caer... El oleaje verdoso, negruzco, mate, privado de luz por el toldo gris que oculta el azul del cielo y tapa el sol, llega á la orilla con una violencia tremenda, cubriendo las cuerdas y amenazando invadir la playa y saltar al paseo... Con muy buen acuerdo el Comandante de Marina ha prohibido los baños... No habría quien pudiera resistir la resaca.

En la ribera reina una extraña animación, un bullicio que tiene algo de febril, que trae á la memoria la ansiedad, el vértigo de un ejército en derrota que se retira á escape delante del enemigo. El grito de ¡aída, aída! estalla en el aire,

repetido hasta el infinito una y otra vez; y los bañeros, ayudados de sus mujeres, con la pértiga en la mano, empujando también por su parte para ganar tiempo, van de un lado á otro con sus yuntas amarillas arrastrando hacia arriba las case-tas y poniéndolas á buen recaudo en las rampas próximas al parque de Alderdiardel, donde se quedan hacinadas y juntitas, como si tuvieran conciencia del peligro que han corrido y temblaran de espanto... Los veraneantes, con el impermeable al brazo ó el abrigo puesto y el paraguas á punto, sujetándose el sombrero que el viento se empeña en llevarse, sintiendo atravesar por sus ropas ligeras la frescura del aura, contemplan el trajín de la pobre gente que, sudorosa, jadeante, en ayunas, brega para librar del furor de las olas los miseros tabucos que sostienen su hogar y les da de comer. La marea sube con una rapidez increíble y gana terreno con tanta premura, que apenas si consiente la completa huida de los portátiles cuartos... Por un esfuerzo supremo la operación queda terminada felizmente, y en tanto que los honrados vascos, aún sin reco-

brarse de la fatiga, respiran con el desahogo del que acaba de conjurar un riesgo, el mar, cada vez más furioso, llega hasta los postes del edificio de la Perla, los que enroscan en su ira, queriendo partírslos..

El flujo, engruesado y ensoberbecido por el ciclón, alcanza su mayor altura...

Van á dar las doce de la mañana en todos los relojes de San Sebastián.



LA GALERNA

Decididamente el temporal revienta. El cielo se pone espantable. Vamos al palco á ver la galerna... me dice un amigo. ¿Al palco? Y con efecto; la ciudad donostiarra posee un magnífico proscenio para contemplarla á sabor: el espigón de la Zurriola... A espaldas del cuartel y de la montaña coronada por el castillo, sobre un arrecife y fuera de la muralla, álzase osadamente un malecón de

sillería, que resiste con sin igual bravura la eterna acometida del mar.

En días de ciclón, como el de hoy, las olas, sin importarles un ápice las puntas de las peñas que las desgajan al estrellarse contra sus agujas, saltan sobre la meseta de piedra y la barre con sus golpazos de agua, haciendo peligrosa y arriesgada la permanencia en aquél improvisado observato-

rio... La curiosidad humana es intrépida, y hasta heroica... Ninguna de las turbonadas que sacuden al puerto de moda carece de público, y la gente veraniega, poco acostumbrada á espectáculos tales y codiciosa de ellos, permanece en pelotón en aquella expuesta punta, á buen recaudo de la catástrofe, pero aguantando con estóica filosofía las duchas, con tal de no perder un detallito de la tormenta.

Quien no haya visto las del Cantábrico, no sabe aún lo que son tempestades. La luz palidece hasta el extremo de que, corriendo el mediodía, apenas si llega á la triste claridad del anochecido... No sé yo si es el mar el que sube hasta las nubes, ó las nubes las que bajan hasta el mar; ello es que mar y nubes se juntan y se sueldan en la lontananza, fundiéndose en una cerrazón compacta y negra que parece que se queda petrificada é inmóvil... Hay en ese fondo impenetrable á las pupilas, algo del horror del vacío...

El oleaje adquiere una solidaridad y una compenetración inmensa: resulta de cola... El agua pare-

ce pegada enteramente... Las ondas agigantándose á medida que se acercan, verdosas, opacas, sucias, se atropellan, viniendo á chocar unas al arrecife y contra el mallecón de piedra, alzando enormes palmas de espuma que salta á la muralla y rocía á los espectadores, resbalando luego por el suelo en múltiples chorros, y huyendo otras locas y perseguidas á lo largo del río en busca de los estribos del puente de Santa Catalina. Algunas gaviotas, sorprendidas por el temporal, cortan el aire con las alas, volando muy bajo en demanda de los riscos donde refugiarse... El estruendo de la galerna es tan formidable, que no hay posibilidad de entenderse en la orilla, sino á voces.

El ciclón llega á su mayor intensidad; ya no ruje, brama.

El viento, no satisfecho aún de la bárbara fiera de las olas las azota á diestro y siniestro con sus grandes manos, las descompone, las deshace, forma en el agua tremendos é instantáneos remolinos, y el mar y el huracán entablan una lucha gigantesca, hercúlea, como dos monstruos apo-

calípticos, que pugnarán por despedazarse entre la bruma que les ahoga.

La grandeza del espectáculo, sugestionando el espíritu, llena la mente de siluetas trágicas, y los ojos del alma distinguen, allá en lo remoto, á través de las nieblas, corriendo el temporal, con la vela deshecha unos, otros sin remos, volteados sin piedad por las olas, sin gobernalle, sin más amparo que el de Dios, que los mira sin dudar en su tremenda lucha con la muerte, una porción de barquichuelos, en los que se descubren como unas figuras al carbón, maniobrando con ahinco... Son los infelices pescadores que partieron al mar al alborear el día en busca del triste jornal, ganado á costa de su existencia, en un riesgo eterno, y á los que la galerna ha sorprendido apenas tendidas las redes, cortándoles la retirada... El ciclón pasará y habrán quedado unos cuantos niños sin padre y unas cuantas mujeres sin esposo... ¡Amargo pan, que los rapacillos inocentes devoran sonriendo, ignorantes del sacrificio que su adquisición significa y del tropel de lágrimas que cuesta!...

Las primeras gotas del aguacero, grandes, redondas, como manchas de aceite sácanle al contemplativo veraneante de su éxtasis... La retirada á la carrera se impone, y, ¡ay del que no conozca la lluvia de San Sebastián y se descuide; que no tendrá tiempo de refugiarse en las casas más próximas, y soportará sobre sus espaldas un repentino y tremendo diluvio, digno de la zona tórrida!

VIII

La vida elegante.

El campo, el ejercicio, la caminata á pie, la gira, la mañana, la libertad en el tocado, la enorme dicha de no ponerse corbata, la sencillez en el vestido, la parqueidad en el traje... ¡Bah! ¿Pero es posible vivir así en algún lado? Por lo menos en la ciudad donostiarra desde luego que no. No hay más que ver cómo llegan nuestros apreciables paisanos del tren, radiantes, emperifollados, de gran gala, con tres ó cuatro enormes mundos cada familia, bailando sobre la imperial del ómnibus...

El programa de la vida elegante es siempre el mismo, va siempre

por idéntico carril. Hora de levantarse, las diez. Al baño; primer traje, un rato de «tijera» en la playa entre las lenguas puras; vueltecita por la alameda. La una: á comer; siesta: si es tarde de partido á los pelotaris, sino al boulevard y alguna vez que otra en tranvía á Rentería ó Pasajes, por supuesto con segunda *toilette*. Las cinco: á merendar. Las ocho: cena, tercer vestido; paseo por la acera de la Marina, teatro y casino. De tal suerte la saludable acción de la ola, en vez de ayudarse con el ejercicio y la higiene, se neutraliza por el trasnocheo y la falta de actividad ordenada. La anemia tiene un aliado terrible: el camisolín. Cualquiera pensaría viendo la gran emigración veraniega, contemplando cómo se despuebla la villa coronada en cuanto arrecian los primeros ardores estivales, que la gente huye ansiando librarse de la etiqueta de la corte, de la existencia estirada y ceremoniosa aneja á una gran capital... ¡Profundísimo error que se desvanece en cuanto se pasan aquí ocho días! Todo se reduce á cambiar de escenario y de decoración. El mismo lujo, igual

competencia de telas y joyas, idéntica enemiga al sol y cariño al gas; la presunción, la eterna presunción que nos consume... Con una formidable agravante: que el lugar de exposición es más reducido y por ende la competencia más ruinosa. Y acaba la estación, y el inmenso tropel de las golondrinas torna á sus nidos de invierno, con su pobreza de sangre ingénita ó adquirida aferrada á su organismo, y sin que gracias á sus blondas y á su molicie hayan aprovechado este yodo benéfico con que les brinda el Cantábrico. Han apuntado sus nombres en el libro de registro de la moda, se han gastado unos cuantos miles de pesetas y continúan tan viriles como antes.

El verdadero veraneo.

El paseo ha cansado las piernas y el ejercicio, despertando el apetito, fuerza á los ojos á explorar el terreno buscando algo que comer. He ahí un caserío á mano derecha de la carretera. ¡Magnífico! Un vaso de leche de vaca vendría á maravilla. Penetro bajo un fresco emparrado que atraviesa el sol cerniéndose y pulverizándose al

horadar la hurdumbre de pámpanos, y tomo asiento en un banco rústico clavado ante una mesa. El lugar huele á huerto y está separado del camino por un vallado cou enredaderas. Es un rinconcito lleno de calma, silencioso y apacible, el que á ratos se ve interrumpido en su quietud por las alegres familias de los veraneantes que pasan y se detienen á merendar. Fuera de tales ruidos, sólo llega al sombrero el tintineo no muy lejano de un cencerro.

A mis palmadas acude á servirme el pisolabis una [robusta campesina, fresca como una manzana, rebosando salud por todo su cuerpo, con dos amapolas por mejillas, espléndida y robusta... Mientras va por el vaso, curioso á mis espaldas apartando el muro de ramaje y descubro por el agujero una casita con balcones, que muestran en su barandilla el papel de periódico símbolo del se alquila; la casa tiene vistas á un huerto de maíz. Cuando la aldeana regresa con la leche recién ordeñada, después de hundir con fruición los labios en la caliente espuma, la interrogo acerca del precio de la habitación y se

brinda amablemente á enseñármela. Con mil amores.

Entremos en el caserío... Sobre



un mostradorcillo se distinguen un barrilete de vino, varrios jarros y vasos y un estante de cristal ordi-

nario con bollos, sosteniendo encima de su tapa paquetes de cajas de cerillas y fósforos de cartón; del techo penden racimos de chorizos y de alpargatas. En una esquina una tosca mesa con asientos de madera. Es un figón con honores de tenducho y con un fuerte olor á estable. Junto á la pared, aposentado en una silla, con los ojos clavados en el paisaje, inmóvil, con cierto aire de sonámbulo, hállase un aldeano ochentón, sin dientes, enjuto y pálido, calada la boina y con el nudoso garrote entre las piernas. Le dirijo la palabra y no habla más que vascuence. En su persona hay algo de pastor y algo de guerrillero. Quizás ha militado en las filas carlistas. Una campesina cuarentona, exuberante y guapa, que no puede negar el parentesco materno con la aldeanita que me sirvió la leche, sale presta al encuentro y enterada de mi pretensión me dice en un castellano imposible:—Cuando usted quiera pues...

El interior del caserío hállase preparado para recibir huéspedes á cualquier hora. Las habitaciones son amplias en lo que cabe y cada una con un balcón por lo menos

abierto al campo. Desde cualquiera de ellos se descubre un paisaje de égloga dulce, apacible, suave, con esos tonos de verde húmedo muy claro, de esmeralda, peculiar de las Vascongadas. Este balcón da al huerto, ese otro á la carretera, aquel al valle. San Sebastián queda oculto por los grandes árboles de la orilla del río. Las piezas se encuentran amuebladas con sencillez, pero con comodidad; las camas están tapadas por un cobertor, esperando la ropa; los muebles, los armarios, los pisos, se muestran limpios como el oro; bruñidos los picaportes, sin un átomo de polvo [los tableros. ¡El espíritu se prenda enseguida del rinconcito, se forja la existencia deslizada en plena naturaleza, levantándose con el alba, acostándose al anochecer, en íntimas con gallinas y vacas, lejos del mundo! ¡Y todo por tres mil reales que importa el alquiler durante la temporada de verano! ¡Pero no, no sirve! El caserío es la vida, es la salud, es la resurrección para la doncellita endeble, para los niños linfáticos; no cabe ni aun la excusa del baño, porque no falta un carricoche que

lleve la gente á la playa, y en último caso, es un paseo de tres cuartos de hora á pié; pero el madrileño de raza no puede pasarse sin el boulevard ni sin el velador del café de la Marina.

Cuando acaba la visita del nido le dice la casera á mi mujer con dulce ingenuidad:—La señorita no es de Madrid.—¿Por qué?—Porque está muy encarnada, y los de la corte ¡son tan descoloridos, pues!... ¡Oh, despierta campesina! ¡Si tú pudieras comprender la profundidad de tu instintiva observación!...

IX

El castillo de la Mota.

Allá se alza blanco y grave en la cumbre del monte Urgull, velando eternamente la entrada del golfo, en el fondo del cual se agolpan las casetas de los baños. La ascensión hasta sus muros constituye una deliciosa jornada, algún tanto fatigosa y dura, pero compensada por sus múltiples bellezas; dicho se está, con tales antecedentes, que casi ninguno de los veraneantes la realiza y menos los endebles y muelles madrileños que en la corte toman el tranvía para subir la calle

de Carretas ó de la Montera por no molestarse...

La primera parte de la expedición efectúase, en puridad, á través de un bosque; la vegetación alcanza un desarrollo gigantesco, digno de las zonas cálidas, y el caminito que trepa por la ladera se abre paso entre un hacinamiento de árboles formidables, que juntan sus copas formando una bóveda de follaje inquieto y murmurador; sitios hay en que no penetra ni una chispa de sol. La nota dominante en este túnel de verdura es de una placidez suprema: es una doble impresión de fresco y de sombra, adelantándose un gran trecho en medio de una atmósfera impregnada de olor á hojas y á mar. Un muro de ladrillo rojo bordea la orilla de la senda por la parte de la vertiente; visto desde abajo, parece la balaustrada de una terraza... El Cantábrico se encuentra siempre á la izquierda... A lo mejor brillan en lo hondo, por los giros del ramaje, bruscos reflejos de agua.. Asomándose á las improvisadas ventanas se descubre al pie de la montaña un cuadro admirable...

En primer término el muelle, pequeño, geométrico, angosto, abarrotado de laudes y barcazas, con las derechas líneas de sus malecones; más allá, desde el edificio amarillento del Casino, al encarnado en construcción de la Reina Regente, la playa, salpicada de sus centenares de casetas blancas que semeja una banda de gaviotas abatida en la arena, y coronada por la diadema de hoteles que se yergue ante la Concha; aquí, allí, allá, manchas de esmeralda, jardines y alamedas de avenidas... Enfrente la isla de Santa Clara, partiendo el oleaje que en vano se encrespa en torno á sus peñas para ir á morir, bramando de impotencia y deshaciéndose en grecas de espuma, contra las débiles cuerdas que sirven de asidero á los bañistas; y al otro lado de la entrada el monte Higueldo, con su torrecilla en la cúspide... El espectáculo es magnífico, de una esplendidez tal, que el ánimo, subyugado por su hermosura, no acierta á separarse del mirador.

Seguimos trepando. De pronto se concluye el túnel de hojas, y las pupilas, acostumbradas á la pe-

numbra, se llenan de luz.. El camino ha dado vuelta á la ladera, y la población ha desaparecido, oculta por el terreno, surgiendo un lugar de ascética belleza; los árboles escasean tanto como antes abundaban, y los sustituyen las rocas.. A la izquierda, hasta juntarse en la vaga lontananza con el cielo, se extiende el Cantábrico con su singular tono gris, y siempre rugiente y bravo... Es una transición que impresiona vivamente por el contraste..

Algo más adelante se alza á un lado un muro con troneras para cañones; es la bateríá de las Damas... Más allá, en un lugar agreste y áspero, asáltale al paseante intrépido que por primera vez se remonta á tales alturas, una singular sorpresa... Desperdigadas por el suelo unas, otras respaldándose en las peñas, con sus inscripciones en letras de oro, borrosas por el tiempo y las lluvias, descúbrense varias losas funerarias. La mayor parte de los epitafios están en inglés. Aquí reposan los restos de algunos hijos de las nieblas inmolados en la guerra de la Independencia y de los oficiales de la legión británica, arrollados

por las balas carlistas en el bombardeo sufrido por la ciudad durante la primera guerra civil... Este inesperado y melancólico consocio entre el mar y la muerte; estas lápidas tristes clavadas en extranjero suelo, ante las que nadie llora y las que no reciben más ofrenda que el beso de la brisa salitrosa y pura, que simbolizan acaso una fecha de dolor en una memoria humana, que constituyen una historia de lágrimas, despiertan en el ánimo hondísima conmiseración y siente uno el insinuante deseo de descubrirse ante el sacrificio... Abajo una inmensa colonia de forasteros, miles de personas impulsadas por la alegría... Arriba en el apartado rincón de la montaña, unos cuantos muertos, durmiendo el último sueño en extraña tierra olvidados y solos...

Es la vida. Los veraneantes que suben al castillo delectan indiferentes estos epitafios que no saben traducir mientras allende al océano quizás hay quien sueña con poner en ellos los labios. ¡Triste lazo! Hallarse un corazón unido á un país extranjero por un muerto querido que goza de la paz eterna en un

pedazo de tierra prestada. Dije antes que estas tumbas se hallan en el olvido. No quiero creerlo, no, quiero creer que alguna vez, por esa mar que desde aquí contemplo, pasa un barco que trae á bordo alguien que luego sube á arrodillarse aquí.

Sin poder desechar del espíritu la triste y nostálgica impresión de cementerio, continúa subiendo, aumentando en grandiosidad el panorama. Propiézase con varias casetas donde se aloja la fuerza del destacamento de artillería... El castillo «no puede tardar. Helo ahí añoso y venerable, con su aspecto de fortaleza feudal y su color de piedra antigua, con su torreón imperial, el Macho, de tiempo de Carlos V... Un centinela echa el alto desde una garita enclavada en el muro junto á un puente levadizo... El interior del fuerte se halla vedado á humanos ojos, por lo menos á ojos «sin uniforme»... En compensación clávanse las pupilas en la lontananzadel paisaje, hartándose de perspectivas y de luz, los pulmones aspiran la última emanación purísima de yódo, y tras un breve reposo, bajo de nuevo por

otras umbrías exuberantes, tendidas en la falda posterior de la montaña.

X.

Pasajes.

Apenas existirá un español á quien no le sea conocido este nombre; sus bateleras le han hecho famoso.

El pueblo se yergue todo á la orilla de la ría, y sus casas están muy juntas, como apelmazadas; diríase que se han colocado allí á empujones, abriéndose paso en fuerza de puños, aterradas ante la idea de no encontrar un huequecito en que situarse para poderse mirar en el agua. El lugar tiene una sola calle; los edificios del lado de allá son tristes, plumizos, sombríos; se les conoce su desesperación; la suerte cruel les sujeta al pie del cerro sin permitirles jamás ver la ensenada que sienten murmurar mansamente; su suplicio es el suplicio de un ciego.

Y sin embargo, las casitas pegadas al monte ostentan una belleza bravía incomparable. Escaleras de piedra estrechísimas que se pierden en el arbolado; á lo mejor un trozo

de umbría entre dos tapias; un tejado al que un álamo ha tomado por su cuenta coronándole de hojas; veredas que suben serpeando y que parecen nacer en una pared ruïnosa y venerable; un pedazo de Granada; eso es el Pasajes que se recuesta en el monte. A un extremo se alza la iglesia de San Juan, al otro la de San Pedro; son dos templos humildes que sólo aspiran á su misa rezada. A la primera ojeada se adivina la profesión del pueblo; el olor á jarcias, las redes puestas á secar, los botes que se distinguen tumbados junto á algún casuco, lo revelan: la pesca. En una punta próxima al mar, subiendo por un senderillo escarpado, se alza un solitario castillete; enfrente, cierra otro cerro la embocadura de la ría; al fondo se extiende el Cantábrico; el paraje es de una hermosura suprema.

Diríase que el mar ve aquella boca y prendado de sus fauces éntrase silencioso y suspenso, no queriendo turbar con el menor rumor la sosegada y verde desembocadura de la ría, mansa en el cauce, en las orillas poética y dulce.

Yo declaro mi pecado, del que es

responsable el elemento lírico. Extraviado por las romanzas de opereta, habíame forjado una batelera ideal, fina, nacarada. Mi sorpresa ha sido, pues, grande al encontrar me estas honradas y rudas mujeres

nudas de pie y pierna, que se dedican á pasar viajeros en la barca. Su rasgo distintivo es llevar el moño envuelto en un pañuelo y sobre él uu sombrero de palma con ciutas negras incli-



de brazos de filástica que se las tendrían firmes al más duro marino de la circunscripción.

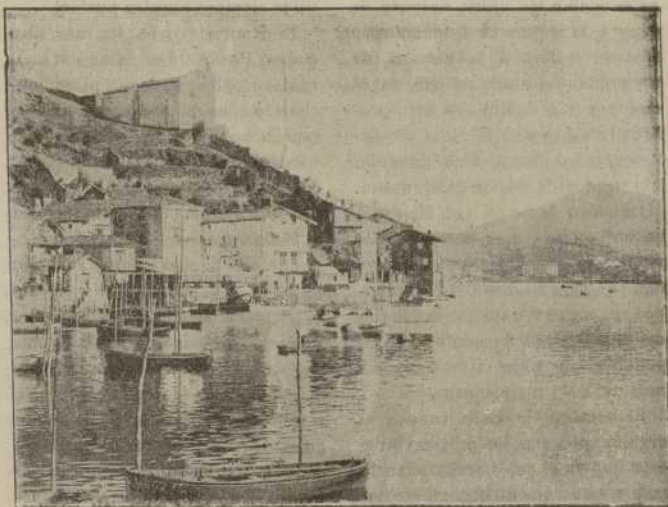
Las bateleras tan manoseadas de lejos por la fantasía, son ni más ni menos que mujeres del país, des-

nado sobre la frente; el sol, la brisa del mar, la rudeza de su oficio les da ese tostamiento de piel y esa enjuta parquedad de carnes de la verdadera fortaleza.

El sitio donde desembarcan los

pasajeros es un fresco *emparrado* de enredaderas. Allí, bajo el toldo del follaje, se sirven, entre otros manjares, riquísimas ostras. Un tropel de chiquillos le sale á uno al

derechable... ¡Oh yodo vivificador de Pasajes, á cuantos niños pálidos de Madrid volverías los arreboles de las mejillas!



encuentro brindándose á guiarle á la fábrica de porcelana; da gozo verlos; todas las criaturas son carnosas, coloraditas, pletóricas, rebosando salud; parecen angelillos

Rentería.

Está más allá de Pasajes; como para ir á éste, se toma el tranvía en su pintoresca estación de Ate-

gorrieta, y después de llenarse las pupilas y el alma de siluetas de casitas de campo, de huertos, de valles, de lomas, de frutales, de álamos, de panoramas; después de pasar por el húmedo túnel por donde se cuelean las vides, después de dejar á la izquierda el puentecito rústico, se llega á la entrada de un pueblo de gran aspecto, en el que por vía demuestra se descubren tres ó cuatro fábricas que parece que saludan al viandante con sus rujidos de vapor: es Rentería.

Dándose la mano con Rentería se halla Lezo, más modesto, más rural, pero igualmente simpático con su célebre santo Cristo famoso por sus milagros, una de las efigies del crucificado más sombrías é imponentes que yo he visto, y á la vez más dulces y majestuosas.

El nombre de Lezo suena con orgullo en los oídos de todo buen español: es el del heroico marino guipuzcoano que en el combate naval de Málaga contra los ingleses y holandeses perdió una pierna de un balazo, más tarde un ojo en la defensa del castillo de Santa Catalina, y por último, un brazo en el segundo sitio de Barcelona, luchan-

do por la causa de Felipe V., que inmortalizó su nombre impidiendo con un puñado de bravos que los soldados de Inglaterra se apoderaran de Cartagena de Indias. ¡Raza de mártires que ha constituido siempre nuestro pueblo!

En Rentería ya se pica más alto que en Pasajes. Las casas son buenas, con balcones, de dos pisos, muchas de ellas de piedra; algunas ostentan sobre el dintel del portal escudos nobiliarios labrados á cincel. Tiene un bonito mercado de hierro y mampostería y una iglesia antigua, espaciosa, severa. La fisonomía del pueblo es muy extraña; es la de una ciudad pudiente, que lo pasa con desahogo pero rancia, arcáica, que vive apegada á sus costumbres, sin desdeñar por eso el trato con las capitales modernas, como San Sebastián. Diríase que gusta de lo nuevo pero prefiriendo con algo de enamoramiento lo antiguo. Por lo demás, en sus afueras se alzan cinco ó seis fábricas que revelan su existencia propia, desahogada, independiente; para los paseantes á los que nada importan los émbolos la nota de Rentería es su purísima leche de vacas.

El valle de Loyola.

Está en el camino de Hernani, pero hay que buscarle para poderlo encontrar. Al revés de Ategorrieta, se esconde detrás de una muralla de huertos y quintas; diríase que le da vergüenza de la gente. Es un pasaje de Virgilio; la carretera, entoldada por las copas de los árboles, sigue la misma dirección del río; son dos amigos que hacen la jornada juntos. A la derecha se prolonga el paisaje inmenso poblado de casitas; los ojos extasiados descubren una dilatada llanura bordada de hortalizas y maizales, un oleaje verde que ondula al rozarle la brisa, y un gran tapiz tejido por la asombrosa mano de la naturaleza; en la línea del horizonte limita el lugar una cadena de montañas con árboles. Aquí, allí, en este lado, en ese otro, surgen detalles encantadores; el puente que se empina y atraviesa descaradamente sobre el río; el río que palidece al hundirse en un batimento de sombra que le forman las pomposas ramas de un pedazo de arisca selva virgen; las aldeanas lavando, metidas hasta

la cintura, en el agua; una carreta cargando piedras, con sus dos bueyes amarillos hundidos en las ondas sin protestar del baño ni espantarse de la corriente...

Aquí no se oyen pitidos de locomotora ni bocinas de tranvía; nada rompe el silencio solemne del paisaje, salvo el eco de alguna voz que canturrea y el chirriar de alguna rueda que gruñe. La nota del lugar es de una placidez infinita, de una calma suprema; el río anda lentamente; las hojas se mueven despacio; el aire huele á heno, á yerba fresca, á musgo húmedo, á establo, á vaca, á cosa rústica. En las casitas se descubren aldeanas traginándo, viejas, robustas, fuertes; algún anciano, calada la azul boina, descansa sobre un poyo de piedra á la puerta de su morada; dos ó tres chiquillos, con cartapacio de hule á la espalda, salen atropelladamente de la escuela de Loyola. Ha comenzado á oscurecer; la melancolía del crepúsculo ha venido á fundirse en la belleza contemplativa del paisaje; la sombra avanza; la quietud adquiere una majestad augusta; los labriegos tornan á su caserío... No esta-

lla en el espacio ningún tableteo de campana, pero el corazón presente la hora religiosa y se arro-dilla.

Los chiquillos pasan por mi lado en pelotón, hablando todos á la vez, correteando, riendo. Sus vocécitas frescas suenan con dulcísimos ecos en el campo que poco á poco se queda sin luz. La estrella de la tarde asoma. Diríase que la han evocado los gorjeos de los niños. Las criaturas se alejan camino adelante, sus trinos se debilitan en la distancia; se apagaron. La tierra no esperaba otra cosa para recogerse; quizás les ha dado un beso antes de dormirse en la noche.

Virgilio.

Por las rectas calles del ensanche, se retiran á sus casas, de vuelta del paseo, las familias veraniegas... Donde quiera se distinguen las suaves siluetas de las jovencitas, vaporosas y aéreas con sus trajes estivales, unas solas y tristes y otras sonriendo al galán que las acompaña subrepticamente ó con permiso de los indulgentes padres... El gasista comienza á en-

cender los faroles del alumbrado público, y en los balcones empiezan á brillar los reflejos de las primeras lámparas... A lo mejor atraene el espacio un pataleo «hueco» y breve... Es el tranvía, que pasa arrastrado por su único perchieron...

De repente suenan en el aire dulces ecos de rústico caramillo, que se acercan cada vez más... Es una melopea rápida y sencilla llena de pastoril ternura... Doblando una esquina asoman cuatro ó seis cabras, y conduciéndolas va un gañán apacible, que de cuando en cuando toca en una flautilla diminuta dos ó tres acordes de un ritmo singular... Es un modo de anunciar á los vecinos la leche singular, digno de un hemistiquio de las *Georgica*, una nota bucólica y pastoril, llena de nemorosa poesía que no esperaba yo encontrarme en una calle moderna de nuestra corte de verano.

XI

La frontera.

No tiene panoramas extensos ni lontananzas grandes, ni muestra á los ojos del viajero esos precipicios

enormes peculiares de los sitios accidentados, y sin embargo, es uno de los trayectos más lindos el comprendido entre Pasajes é Irún. El tren avanza casi siempre por un llano; la nota típica del paisaje es la suave y apacible del huerto; cuando más se encrespa en algunos sitios el terreno hasta formar no muy profundas cañadas. Los frutales y las casitas alternan á los lados del camino. Un vivo cabrilleo hiera la mirada: es el río. Hemos llegado á la frontera. A la derecha va la corriente entre dos orillas pedregosas; á la izquierda se ensancha el cauce hasta convertirse en un golfo terso y tranquilo como un lago. Un poblado de edificios blancos y juntos, coronado por una iglesia con su alta torre, se yergue al borde mismo de este golfo, reflejándose en el agua: es Fuenterrabía; de pronto la trepidación se hace bronca y resonante, señal de que entramos en un viaducto. Me asomo á la ventanilla, pasamos un puente de ojos semicirculares, de mampostería, con barandilla de hierro: es el internacional. Un carabinero español, recostado en el pretil, se queda atrás inmovilizado

por la distancia. El convoy penetra rugiendo bajo la montera de una estación. Hemos llegado al límite de nuestro territorio; mas allá comienza Francia.

Pro patria.

El patriotismo, el amor al pasado, la atracción que ejercen en el espíritu las grandezas del ayer, me impulsan á dejar el tren hasta mañana. Ahí están sobre el Bidasoa: primero Irún, después Fuenterrabía, los dos pueblecitos hermanos. Irún se ha modernizado más: tiene aduana y ferrocarril. Se inmortalizó en nuestra guerra de la Independencia, y es desde entonces benemérito. Fuenterrabía tiene mayor atractivo para el viajero. Ya su entrada interesa, haciéndonos recordar lo que fué al penetrar por bajo un arco elíptico de piedra que nos lleva á una callecita muy típica. No hay tiempo si no para una ojeada. Como en Tarragona es preciso ver las murallas. La puerta que hemos salvado forma parte de ellas: sobre un dintel hay aspilleras y una terraza para cañones; data de la época de Carlos V. A un lado comienza un cubo ruinoso de ga-

horda construcción que demuestra la parte que entonces tomaba el arte en las fortificaciones. ¿Y el alcázar del emperador? pregunto. Y me enseñan un montón de escombros, algún paredón, todo cubierto de ortigas y yedra. Las lagartijas han heredado las cámaras del gran rey.

Seis ó siete kilómetros no son nada para un andarín, y son menos si al fin de la jornada encuéntrase uno con algo que merece la pena de verse. En lo alto de una loma destácase de pronto un edificio: estamos en San Marcial. La basílica que corona la eminencia fué levantada en memoria del triunfo obtenido sobre los franceses en 1522; tres siglos después volvieron á ser derrotados aquí los ejércitos de Napoleón en su retirada; fué el último combate de la brava lucha de la Independencia complemento del de Vitoria. Los viajeros visitan este lugar; para enseñanza de los que llegan á él recuerda el fausto suceso una lápida de mármol negro con una inscripción en letras de oro fija en el lado del evangelio. Una oración por los héroes que duermen el eterno sueño

bajo las losas de la iglesia y adelante...

Es cuestión de pocos minutos el arribo á la isla de los Faisanes. Hela ahí, partiendo el río con su terreno alargado como una lengua. En ella, en un edificio construido expreso por las dos naciones vecinas, Francia y España, con igual número de saloncitos y con puertas diferentes abiertas á las fronteras respectivas se ajustó la célebre Paz de los Pirineos, una de las manchas imborrables de nuestra historia. Las conferencias duraron tres meses y ambas cortes echaron el resto en magnificencia para eclipsarse mutuamente. Escena digna de un gran esmalte, de una porcelana de Sevres. De un lado los fastuosos arreos de los caballeros de Luis XIV, sus botas mosqueteras, sus amplios greguescos, sus cascadas de encajes, sus bandoleras bordadas; de otro los grandes de Felipe IV, con sus ropillas de terciopelo, sus capitas cortas, sus medias de seda, sus veneras santiaguistas, los ilustres jinetes vadeando á la vez el río, en las orillas las doradas carrozas, los ricos trenes. Y como consecuencia para nosotros de

tales lujos, la humillación. Recientemente ha sido restaurada la isla, según lo atestigua una columna con dos inscripciones en francés y español, por Napoleón III é Isabel II... ¡Bendita la lápida de San Marcial, que nos indemniza de la casa del Bidasoa!

XII

En la estación de Hendaya.

Todo ha sucedido de la manera más sencilla: unas cuantas vueltas de las grandes ruedas de la locomotora, y heme aquí fuera de la patria, en país extranjero... La mente, dejándose llevar de su afición á lo extraordinario, se forjaba al extremo del puente un mundo nuevo, quizás aparatos militares, algo que diera idea de una nación formidable y fuerte, y se encuentra el camino expedito, la más amplia libertad de discurrir por donde venga en gana, y con los dos pacíficos gendarmes por única fuerza defensora de la frontera.

El último golpe. Ansiando probar mis conocimientos en la lengua de Lamartine, preguntóle á un camarero del «restaurant» en cuanto me lo topó: á qué l'heure sortirá

le tren pour Bayonne, y el mozo me responde sin mirarme, en el castellano más claro que puede imaginarse: á las ocho y media. Todas mis ilusiones filológicas se derrumban. Entonces me fijo en que hay, por donde quiera que se tienda la vista, multitud de letrados en nuestro idioma y que á cada paso se oye hablar en español.

Los buenos gendarmes.

No es posible contemplarlos por primera vez sin sentir retrozar en el cuerpo una algazara que contiene de labios adentro la cortesía. Unos bigotazos tremendos y contrastando con semejante fiereza de pelos una figura desmayada y bonachona, con un aire enteramente burgués y todo lo menos posible de militar: he aquí la silueta del famoso gendarme francés, ó por lo menos la de la pareja que acabo de ver en Hendaya.

Agréguese á tal «dejadez» la falta absoluta de garbo, el desgaire de su uniforme recargado de adornos, puesto en su persona como en una percha y holgadito de medidas, el revolver colgado de una correa, como los anteojos de

los turistas y el espadín, y se comprenderá la impresión que producen los simpáticos veteranos. Que indudablemente lo son. En



el pecho de ambos brillan dos ó tres cruces y medallas. Quizás uno y otro antes que ese tricorno desgarbadote de zarzuela cómica, han sentido, pesando sobre su cabeza, la gorra de pelo de los granaderos

del segundo imperio, bañado por el sol de la victoria en Solferino ó el férreo casco de los coraceros de Margarit, agujereado por las balas en esa gran fecha trágica de la historia de Francia que se llama las cargas de Rischoffen. Ya ha pasado su tiempo, sí, son, sin duda, no dos inválidos, pero, por lo menos, dos sedentarios que en recompensa á sus años guerreros con el fusil al hombro ó sobre la silla del caballo, gozan ahora de una vida tranquila en una pacífica estación de ferrocarril.

El tren va á partir, la pareja de gendarmes se mueve. ¡Dios santo, qué donaire! Y en el acto surge en la memoria la silueta fina y airosa de nuestra guardia civil, con su uniforme á la medida, su garbo, su marcialidad, su gran apostura, sus guantes blancos en plena carretera y el corazón, se llena de orgullo ante el resultado de la instintiva comparación, sintiendo nacer súbitamente en el fondo del alma una admiración hasta entonces desconocida por la benemérita en entusiasmo más sobre los que ya se sienten por ella.

VIII

Bayona.

Es una expedición obligada para los excursionistas; cuestión de dos ó tres horas de tren. Bayona es una población populosa, grandebullidora, en la que desde luego se advierte ese movimiento efervescente de las ciudades mercantiles, y sin embargo se trata de una plaza fuerte; observación que me parece oportuno indicar, porque entre nosotros resultan ambas condiciones incompatibles. El río, cruzado de puentes, divide la ciudad en dos partes; en un lado asoma sus agujas la catedral católica; en el otro se halla la sinagoga judía; la separación eterna; la realidad de las cosas viniendo en ayuda de la tradición. Bayona goza fama de barata; todo veraneante desde que cierra el baul en Madrid, piensa en ir á la célebre ciudad francesa á comprar un paraguas ó un impermeable, que le cuesta lo mismo que en la corte; porque los españoles que nos hemos ingertado en Bayona no nos hemos ocupado, con nuestra falta de práctica, de lo más útil: de crear una ley mo-

netaria para ambos países, á fin de evitar el cinco, seis y aún diez por ciento de descuento que sufre nuestra plata para ser admitida.

La población resulta desigual; la parte antigua es muy característica; tiene algo de una vieja con cofia; la nueva, ó por lo menos la más moderna, cuenta con calles lujosas, abarrotadas de bazares como la de Port Neuf, con vías anchísimas como la de Thiers, con plazas como la de la Libertad y la de Armas...

La entrada de la ciudad no puede ser más pintoresca. El viajero atraviesa el puente Mayóú, un hermoso puente de tres arcos de ladrillo rojo, con estribos y calada barandilla de piedra y hermosos faroles de gas del « $\frac{1}{2}$ de Septiembre...» La gente, los omnibus, los carruajes de alquiler siguen en tropel la misma dirección... Se adivina el vestibulo de la ciudad... A derecha é izquierda corre el Adour... Al frente surgen viejas murallas con almenas y garitas: es un reducto por encima del cual se asoma un golpe de frondosísimo arbolado... Penetro en el reducto que me trae á la memoria la Puerta del Mar en Cádiz y bajo las bóve-

das saltan á la vista dos ó tres batillos de viejo... Más allá descúbrese un cuartelillo de artillería, y aparece un segundo puente, hermano del anterior, que á un lado deja ver multitud de barcos fondeados en el río, y al otro, en lontananza los mercados.

El azar me lleva por la calle Port Neuf. y para decir verdad no el azar sino dos agujas góticas que se vislumbran allá á lo último sobre las casas, acusándose con suprema gallardía en el horizonte. La calle de Port Neuf es muy pintoresca; no tiene dos edificios iguales y todos poseen soportales de distinta forma, bajo los que se distinguen los escaparates de lujosas tiendas; algunas han sacado sus estantes de cristal situándolos entre los pilares de los arcos: nuestra calle de Toledo elegantizada.

Estamos en la catedral. Es una hermosa obra de la Edad Media, perteneciente á la mejor época del estilo ojival. La entrada principal la constituye un pórtico con arcadas góticas, elevado sobre amplia gradería y sostenido por robustas pilastras acanaladas. Como en todos los edificios análogos

afean su recinto varias casas adosadas á sus muros. Tiene dos torres de una finura incomparable, con caladas agujas. Su interior forma una cruz latina con tres naves, concluídas bastantes años después de su comienzo; entre el ábside y los arcos de las naves media un siglo. Son notables el coro con sus grandes rosetones de una suprema elegancia en su arranque y las vidrieras pintadas pertenecientes á la construcción primitiva del edificio. La nota del templo es la seriedad; quizás resulta demasiado ascético y sombrío.

Vaga por aquí, vaga por allá, á la ventura siempre, sin conocer las calles, á veces extraviado, voy recorriendo la población. Leo un rótulo: rue d'Espagne. El título me impulsa á seguir la vía, que me conduce por una puerta fuera de la muralla, al campo. De pronto desemboca un extraño cortejo que me obliga á pararme. Es un entierro. Las filas de hermanas de San Vicente de Paul, con su toca de grandes alas blancas, alas puras destinadas á volar entre los tristes, van delante: las sigue el carro fúnebre, con su atand coro-

nado de rosas, revelando una doncella muerta, detrás un grupo de niñas con velos y cirios en la mano, con traje de primera comunión y cierra la comitiva un buen golpe silencioso de mujeres y hombres, todo de luto. Es el sepelio de una novicia del asilo. A mi paso surgen unos enormes edificios de hierro, modernos, que se alzan en la ribera: son los mercados. En sus alrededores acampan al aire libre ejércitos de marchantes que tienen sus humildes mercancías sobre el suelo. Cruzo un puente que me lleva, después de perderme en el laberinto de un barrio, á la sinagoga, blanca y simpática, silenciosa, con cierto aire de timidez en su recinto, torno á perderme y el azar me conduce otra vez junto al río... No, pues ahora trazo itinerario. ¿Dónde me encamino? Al castillo de Marrac, construido—dice la guía—por la reina de España María Ana de Neubourg. ¿La hija de Felipe III de Austria, y esposa de Luis XIII de Francia? ¡Oh voluminosos Larrouse que no se pudieran viajar contigo! Hele aquí. Bien conservado, con una vejez fuerte y dura, Casi ninguno de los españo-

les que vienen á Bayona por un paraguas ó un impermeable, sabe que existe, y sin embargo, esos muros fueron testigos de uno de los mayores borrones de la hispana historia, constituyen nuestra eterna humillación. El rostro se me enciende al recordarlo. Fecha terrible. El representante decaído de una nación muerta, en la que un día no se puso el sol, un anciano inepto y lloroso, y el dictador universal apoyado por millones de bayonetas francesas dejando sentir su mano de hierro sobre el voluntario desterrado. Ahí fué; en un día aciago el débil Carlos IV bueno y honrado de corazón, pero pequeño de voluntad, abdicó su corona en Napoleón I. Afortunadamente el espíritu que le faltaba al monarca le sobraba á la nación que supo resistir el atentado á su dignidad.

El silbido de una locomotora me arranca mis patrióticos ensimismamientos. Vámonos á Biarritz.

XIV

La bombonera.

Tomamos el tren económico que parte del campo de Ste. Marie. El

panorama ofrece el aspecto de un parque, es un gran jardín, tan atendido, que parece una sola é inmensa heredad. Anglé. Una «selva» de frutales. Allá lejos, en medio de las dunas se distingue una casita. Se trata, sin embargo, de un gran establecimiento que la distancia empequeñece. Es el Refugio de las hijas arrepentidas, que expian su honda culpa cultivando la tierra. ¡Noble redención del pecado por el amor á la naturaleza! Hemos llegado á Biarritz, el rincón favorito del dorado mundo madrileño, la concha de nácar donde lucen nuestras elegantes sus desnudos, el troño del amor cortesano.

La naturaleza casi ha desaparecido aquí sustituyéndola la mano del hombre. Biarritz es una bombonera encantadora, con una belleza leve y superficial, con ese atractivo de los juguetes y estatuitas italianas de mayólica tan en moda. Hasta los árboles me resultan peinados, cosmetizados, elegantes. Es un lugar que sonríe con la sonrisa estudiada en el espejo, una playa coqueta. Lo cual no empece para que sea un pueblecito lindísimo y muy original. Las ca-

sas de alquiler no rebasan de dos pisos, casi todas poseen su poquito de jardín, ostentando unas fachadas blancas ó amarillas muy enlucidas, y en casi todas se oyen los acordes de un piano. En la calle principal descúbrense unos comercios de lujo, á los que nada envidiarían nuestros New England, Muñoz y Pedraza y Ansorena. En resumen: la vida dorada, el frac siempre, el traje de etiqueta, el último figurín hasta para bañarse.

Precisamente es la hora á propósito. Aquí no hay casetas, sino un establecimiento de madera con aspecto de chalet suizo y con una elegante marquesina en su frente que mira al mar. Ahí, bajo techado y á cubierto del sol, tomando cerveza en torno á los veladores de hierro, se estaciona el público para ver con toda comodidad á las bañistas. El oleaje, aun en plena marea, se queda bastante lejos, y como las doncellas no andan lo solícitas que fuere de desear con la capa de hule, resulta que la gran dama que sale del agua con el traje pegado al cuerpo, recuerda á cada instante el mitológico nacimiento de Venus. De la playa al pueblo hay

un desnivel enorme, salvado por rampas entre jardines. Una sarta de hoteles, de palacios corona la altura; excepto alguna que otra gran

un delicioso retiro estival donde la aristocracia madrileña anida durante tres meses entre blondas y orquideas, continuando aquí sus



fonda, son todos «villas» particulares. Biarritz ha popularizado entre nosotros esa palabra en su acepción de edificio. La «villa» es un palacito de verano, con un parque,

saraos, sus comidas, sus tertulias de corbata blanca, cuanto constituye la nota de oro de la cortesana existencia.

Poco hay que ver en Biarritz. El

faro enclavado en una punta con un arrecife á sus pies. El puerto viejo que forma una ensenada muy estratégica para bañarse sin peligro. La Roca de la Virgen, que es un pintoresco grupos de peñas que constituyen como una gruta coronada por una imagen de piedra. Viene á ser una isla, á la que se va por un puente de hierro. Desde el malecón en que termina el lugar, la mirada no encuentra término: es una de las marinas más hermosas que he visto. En el pueblo la parroquia muy antigua, la capilla románica de San Eugenio, el templo protestante y el palacio imperial. Y deseando á las Nereidas madri-

leñas que las siente bien su público remojón, vuélvome á mi ciudad donostiarra pensando en la singular fortuna de esta cajita de bombones, invadida en verano por los potentados españoles y en invierno por los ingleses y los rusos de esta concha de nacar de las gracias modernas, que lucen en las apoteosis de sus líneas coronitas de condesa ó marquesa en vez del mirto clásico, entre sus cabelleras rubias, y que tienen por coro antiguo los elegantes, los escogidos, los selectos, que las contemplan negligentemente á través de dos cristales: el de su monóculo y el de la balconada del Casino.

San Sebastian, Agosto, 1890.

BILBAO

A mi compañero de letras
SANTIAGO OLMEDO

Mi caro amigo: ¿se acuerda V. de nuestra expedición á las minas de hierro bilbainas; del plano inclinado por el que subimos sobre los topes de una vagoneta de mineral haciendo de tripas corazón; de la casita del contratista Sr. López, un excelentísimo señor, gran cruz, de chaqueta, finísimo y atento bajo su traje de obrero, retirada vivienda unida á la población por teléfono y telégrafo, como las imaginarias moradas de exploradores que pinta Julio Verne?

Caía el sol á plomo... El contratista Sr. López, nos sirvió en su alojamiento una deliciosa zurra... Al cabo de tres ó cuatro horas de subir y bajar cerros, devoramos, que no comimos un succulento al muerzo en la fonda de las minas, que no quiso cobrarnos el dueño de aquella, D. Indalecio Dolara, antes al contrario, destapó en nuestro honor una botella de añejo vino... ¿Se ha olvidado V. de tal fecha de su vida como director del Diario de Bilbao?... De mi memoria no se borrará nunca... Recuerdo de aquella memorable mañana de Septiembre del 90 es la dedicatoria presente que le dirijo..

Siempre suyo ferviente colega,

Alfonso Pérez Nieva.

XV

El ferrocarril central de Vizcaya.

Es el camino más corto para ir desde Bilbao á San Sebastián; bajando á Miranda se echa en el trayecto todo un día; tomando el tren de Zumárraga es cuestión de seis horas, puede uno desayunarse en la ciudad donostiarra y almorzar en la vizcaína. Pero el lance gra-

cioso es que apenas existen media docena de veraneantes que se atreven* á utilizar esta vía. Hablar de



trasladarse por ella en la caseta de los mirones de la Concha, es descubrir un corazón espartano á prueba, llegar á la olímpica altura de los héroes; confesarse, otorgar testamento, despedirse para siempre de la familia, de los amigos, de cuanto nos es querido... eso y mucho más hay que hacer, según las gentes, antes de emprender semejante viaje... ¿Tiene fundamento tal pánico?...

A mi entender peca de exagera-

do; el ferrocarril central de Vizcaya es una obra arriesgada, atrevidísima, pero no monstruosa; hay posibilidad, pero no probabilidad de estrellars; e después de todo, el peligro existe en cualquier sitio y á cualquier hora. La causa del terror que infunde este camino de hierro central de Vizcaya es la brusquedad de sus curvas y el lugar por donde avanza. Las curvas que traza la línea son con efecto terribles, parecen ángulos; á veces no ha concluido la cola del tren de salir de una y ya está la cabeza iniciando otra; los coches marchan culebreando, describiendo un zigzag, pegando en ocasiones fuertes sacudidas al cambiar de arcos. Para llegar desde Zumárraga á Vergara hay que salvar una montaña formidable; la vía se mete por entre las frondas, sube osadamente á la cumbre, se ciñe á ella, la flanquea; diríase un trepador que asalta la cima de rama en rama codicioso de los pájaros que se remontan, que se mete por entre el follaje á sorprender nidos. En silencio, sin pitar apenas, jadeante por la ascensión se planta en la escarpada altura, la abra-

za y baja por la otra vertiente hasta llegar el valle. El camino es estrecho, lo indispensable para que los vagones quepan; por tal razón las ruedas van al borde de los derrumbaderos; lo mismo al ascender que al descender, se tiene siempre el abismo á un lado: abajo, en lo hondo, se distinguen los objetos empuqueñecidos; el paisaje desde la ventanilla parece visto desde una torre; diríase que el tren anda por las copas de los árboles; á veces todo el convoy se inclina hacia la falda del monte que va atravesando asustado de los precipicios que la atraen hacia la banda opuesta.

En cambio, si puede uno matarse, se mata con comodidad. La empresa tiene á su servicio un material de primer orden. Coches corridos con plataformas, frenos automáticos, salón-bufet. Un sud, ó mejor nord exprés económico que arranca un suspiro de dolor al considerar que es único dado el precio corriente de sus billetes.

Vergara.

Aún estamos en Guipúzcoa. El

panorama se ofrece con una hermosura arrogante, descubriendo todos sus secretos de selva; es un monte sorprendido, que no pensó nunca quizá que nadie penetrara en sus umbrías. Saltos de agua, arroyos que relucen al sol, veredas, huertos, plantíos de maíz, castitas blancas, laderas verdísimas, tau apretadas de espesura, que ocultan la tierra: he aquí el paisaje.

En el horizonte surge de pronto una torrecita terrosa, empuñándose sobre un tejado; se distingue allá en lo hondo; á medida que el tren avanza va mostrándose la iglesia, descubriéndose alguna casa pegada al templo; después aparece un pueblo en torno al campionario; entonces se forma una cabal idea de las alturas por donde nos lleva la audaz locomotora; la diminutiva ciudad se nos ofrece como en un plano topográfico, enseñándonos sus calles, sus patios, corralizas; es una vista panorámica, la que se disfrutaría desde una estrella. El lugar está petrificado por la distancia; le faltan detalles, séres vivientes, pellas e

humo, ruidos; sólo las masas grises de los edificios; no es un pedazo del natural, es un cliché.

El convoy, cansado de sus alpestres soledades, sintiendo acaso la nostalgia del valle, de lo suave, de lo fácil, inicia el descenso, un descenso loco y terrible, pero de supremo atractivo, metiéndose por entre los árboles, corriendo al borde del abismo, ávido de llegar abajo. El plano de tejados va acercándose con rapidez; comienzan a marcarse los perfiles íntimos de la población, que se hace más parda según se aproxima; las grandes líneas ceden el sitio a las líneas particulares de cada casa; y por último, sin que el tren se ponga nunca al mismo nivel de la villa, llega hasta muy corta distancia de sus muros, distinguiéndose entonces las mil notas reveladoras de la vida: la gente que discurre por la calle, alguna muchacha asomada a la ventana, los hortelanos sorprendidos entre sus coles que levantan la cabeza para vernos pasar, el perro que duerme al sol, las gallinas que picotean en el estiércol, los amarillos bueyes que pastan...

Aquí la santa paz irradió durante la primera guerra civil sus rayos celestes: estamos en Vergara.

Por el valle.

El tren, decidiéndose por las hondonadas, toma una nueva ruta y se desliza a lo largo de una prolongada garganta abierta entre montes altísimos, pero ahora no camina solo: van con él dos simpáticos compañeros: la carretera y el río, que siguen la misma dirección y a veces marchan juntos, pegados, como de bracero. La carretera, polvorienta y blanca, con su doble fila de guardacantones de trecho en trecho, sus montones de guijos de cuando en cuando, y sus hileras de arbolitos a lo mejor cu-lebrea y no vacila en ocasiones en trepar por la falda, escondiéndose en algunos trozos detrás de un muro de contención, de mampostería, para que el agua no la vea. El río es propiamente un arroyo, de pedregoso y desigual seno, por donde se huye una escasa corriente, alborotadora y alegre, que se destrenza en las puntas de las piedras y formando mil remolinos de espuma,

se esparce por los toscos escalones y declives, trazados por la propia naturaleza en el tortuoso cauce. De pronto, salta sobre la bulliciosa corriente un puentecillo de madera, rústico y toscó ó un señor puente de piedra que pone en comunicación la vía férrea con el camino real. Las laderas de las dos montañas suben abarrotadas de vegetación. Aquí un traginante, allí un pastor, allá un rebaño. Un jinete de viaje. Una carreta en marcha. La diligencia. Todo diluido en una calma completa, en un absoluto reposo, con esa dulce placidez de lo aislado. Es el idilio de un rincón.

Pasamos por Plasencia, Eibar y Olacuetu. El paisaje varía poco á poco... Durango... El río crece, se ensancha, ya no muestra su fondo; la montaña se queda atrás y aparece la llanura, lisa, salpicada de caseríos hundidos entre maizales que ondulan; no se distingue ni una calva de terreno; el arbolado cubre la inmensa planicie, alternando con el huerto; falanjes de pálidos manzanos se agrupan de trecho en trecho; es un ejército que vivaquea... A lo lejos se vislumbran las cercanías de una gran

población; liemos la manta y guardemos la gorra: he aquí á Bilbao.

XVI

La población.

La primera impresión que Bilbao produce en el ánimo del forastero es de agradable sorpresa, sobre todo viniendo de San Sebastián; basta pararse cinco minutos en el Arenal para advertir que se trata de una población rica, adinerada, espléndida, trabajadora, de recursos propios, que no necesita para nada del veraneo. En todas direcciones, camino de la es'ación, en derecha al muelle, pasan y repasan sin cesar furgones de tranvía, grandes carros de transporte, carretones enanos, cientos de vehículos abarrotados de mercancías. Aguardemos un poco más; es la hora de dejar el trabajo. Las fábricas y los escritorios se despuéblan; un ejército de obreros y empleados avanza de retorno hacia la población vieja; el puente es pequeño para contener tan formidable inundación de americanas y blusas, tan bullente marea. En los veladorcillos del Suizo instalados

ante su portada, toma café ó cerveza una concurrencia numerosa en la que se adivinan los propietarios. Recorramos las mesas: allí no se habla de otra cosa que de toneladas, de lingotes, del precio del hierro en los mercados; nadie descansa sino lo preciso para tomarse su bok. Llegan los periódicos madrileños; son arrebatados de las manos á los vendedores para leerse por el camino, al paso. En la calle hay siempre mucho movimiento, pero se advierte que todo el mundo lleva rumbo fijo; hasta por la noche, en que toca la música en su kiosco, nadie pasea más allá de media docena de vueltas. No cabe dudarlo; el lema del pueblo del fierro es el que ha hecho á los ingleses tan grandes: el tiempo es oro.

Bilbao, como todas las ciudades de vida propia que siguen las evoluciones de su época, atraviesa hoy un periodo de transición, se transforma, y al lado de la población vieja, respetable, pero arrugada, surge otra población nueva, fresca y hermosísima. La parte antigua, enclavada al lado acá de la ría, tiene algo en su aspecto de ho-

landés; resulta típicamente del Norte. Es gris, plomiza, opaca, triste, sombría, de calles estrechas cuajadas de miradores que aumentan los tonos mates de los muros con sus reflejos pálidos; este trozo de capital es el que encierra su movimiento ordinario. En él se halla el mercado frente al templo de San Antón, espacioso, ancho, ventiladísimo, á la moderna; en él, en las calles del Correo, de Víctor, de Videbarrieta, de Ascao, se encuentran los principales comercios, las tiendas de lujo; en él se yergue el soberbio edificio de piedra del Instituto con su grave fachada jónica y su fisonomía amarilla y seria de verdadero pedagogo; en él se extiende la Plaza Nueva, gallarda, esbelta, con sus grandes arcadas y su recién inaugurada estatua de Lope de Haro en medio; en él se alza el teatro Nuevo, elegante, airoso... Al otro lado de la ría se prolonga el ensanche, las calles de Hernani, Gran Vía, Hurtado de Amezaga, todas rectas, derechas, tiradas á cordel, con doble hilera de árboles de casas de tres y cuatro pisos con portalones enormes, suntuosas, monumentales;

con su elegantísima estación del ferrocarril de Portugalete. El puente del Arenal une las dos mitades de la población y el paseo del mismo nombre, viene á servir

de copudos árboles de común vestíbulo á ambas partes de la ciudad: la caduca y la moza.

Una nota muy singular llama la atención del viajero á la entrada



con su barriada de construcciones sólidas que ostenta en sus balconadas los letreros de oro de algunas fondas; su iglesia en último término y sus jardines frondosos

del puente de Isabel II. A la izquierda álzase el soberbio edificio del Teatro Nuevo, de severa arquitectura, pero en realidad de verdad, eso del teatro lo presiente uno

ante los bordados de la piedra, porque los pisos bajos de la gran casa son elegantes comercios y en los entresuelos hay, entre otras cosas, una peluquería. Tal promiscuidad revela un espíritu utilitario enteramente británico: el arte transigiendo con el tráfico.

Bilbao cuenta pocos monumentos históricos; tiene, sin embargo, algunas buenas iglesias. En primer término descuella Santiago que pudiera llamarse mercantilmente un muestrario de estilos. Su fundación parece ser anterior á la de la ciudad, y de esa época son sin duda los detalles góticos de su fábrica primitiva y acaso su puerta lateral, una filigrana ojival de una delicadeza infinita. Reparaciones sucesivas, que para nada han tenido en cuenta el gusto que presidió á la erección del templo, le han transformado en un caos arquitectónico. San Antón, edificado sobre los cimientos del antiguo alcázar, pertenece al renacimiento, y San Nicolás, levantado en el paseo del Arenal, en el mismo sitio que la ermita de éste nombre, resulta pesado y vulgar. En otro orden de cosas es notable el Hospital civil,

con su severo frontis de columnas dóricas.

Bilbao posee un buen servicio de alumbrado; todos sus puentes y las calles de mayor importancia se hallan iluminadas con focos eléctricos; el gas es claro, de calidad superior; se advierte en sus mecheros que no se escatima combustible; además de la bondad del fluido, en muchos puntos hay faroles del mismo sistema que los de nuestra Puerta del Sol, con lo que resulta la población exuberante de luz. Los pisos son excelentes; abundan los pavimentos de madera y el adoquinado es tan perfecto que tiene la lisura de los suelos de mosaico.

Una circunstancia extraña hondamente al farastero: en Bilbao hay muy pocos simones; los carruajes que se ven por las calles son particulares, y para usar vehículo de alquiler precisa encargarlo en la cochera; calcúlese por esto el porvenir gloriosísimo que en la industrial ciudad ofrecerá el oficio de zapatero.

Achuri.

De intento he dejado para lo úl-

timo este extremo de la ciudad, porque merece párrafo aparte; aunque resulte algo alambicado el concepto yo la llamaría por lo gráfico la población abuela.

Achuri es una barriada popular

más moderno y reciente con miradores de cristales, la mayoría de las casas es de una gran vetustez, con corredores en las fachadas. Muchas viviendas se asoman por encima de los tejados de sus com-



que se encuentra en lo más alto de la villa, remontándose por la ría desde el magnífico puente de ladrillo y piedra próximo al mercado. Salvo algún que otro edificio

pañeras de vecindad. A lo mejor descúbrese una empingorotada escalinata por entre dos tapias, traseras; la capital trepa en aquel sitio por donde le acomoda ó por

donde puede. Las orillas no son aquí como por abajo, espléndidas, ni se muestran los tesoros de las fábricas, sino estrechas, polvorientas, sucias; á un lado distínguese una fila de carros de limpieza, sin caballerías, por cierto con tapas dobles, en forma de tejado, refinamiento que no vendría mal en nuestro Madrid, donde á los madrugadores les pasean la basura por delante de los ojos. La corriente es en estos andurriales infecta y mal oliente; diríase que privada del honor de soportar buques le importan un camino las barcazas que la surcan y no se cuida del aseó. En las puertas se descubren gentes artesanas, mujeres con los brazos remangados, obreros de pequeñas industrias, un zapatero, un tornero, un cargador.

Por poco filósofo que sea el curioso viajero, no puede menos de sentirse influido por el contraste... Aquí los pobres, la población vieja, los que viven de sus manos; allí los ricos, la gran capital, las chimeneas de ladrillo arrojando humo... El Bilbao de ayer y el Bilbao de hoy... ¿Dónde llegará el Bilbao de mañana? Donde quiera: posée las

dos virtudes que hacen á los pueblos grandes: amor al trabajo y constancia.

XVII

Las mariposas.

El Arsenal y su complemento el Volantin son quizás los dos paseos urbanos más hermosos que he visto. A la izquierda, arrancando en el muelle del Arenal tiene siempre la ría, en su principio obstruida su ribera por grandes grúas, después despejada, con barandilla de hierro sobre un estribo de piedra que brinda cómodo asiento; á la derecha se alzan en su arranque edificios de tres y cuatro pisos que van descendiendo de categoría hasta quedar en modestas casas con tiendecitas de vinos y otros comercios humildes... Luego comienza una interminable sarta de hoteles á la moderna, con jardines, por ante las verjas de los cuales pasa el tranvía. Seis ú ocho filas de árboles constituyen una gratísima alameda que inunda de sombra el lugar. La nota de la extensa avenida, es la calma. el reposo. Por la calle pegada á los hoteles discurren es-

casos coches y sólo turba el silencio el silbato de la locomotora que lleva y trae viajeros á las Arenas ó á Portugalete, por las líneas férreas laterales, ó el de algún buque de vapor que fondée ó leva anclas.



Por si algo le faltaba al paseo, la esplanada del Arenal parece el lugar preferente de los niños para esparcirse; sin duda las familias bilbainas, influidas por la educación inglesa tan práctica y tan sólida tienen á sus pequeñuelos al aire li-

bre todo el tiempo que pueden. Así, á cualquier hora que se pasa por aquel sitio pero singularmente por mañana y tarde, encuéntrase siempre una jubilosa muchedumbre de criaturas de todas las edades, al cuidado de sus nodrizas ó criados. Es un cuadro de un encanto supremo; los colorines de los vestidos dan á la infantil multitud el aspecto de un tropel de mariposas; los muchachos corren, saltan, juegan; un extraño coro de canciones y gritos puebla el espacio; si á veces estalla un llanto se apaga enseguida ahogado por las risas y las voces; no se ven sino rostros rojos de trajinar pero radiantes, resplandecientes de alegría. Mientras, contaminados por el ejemplo alborotan entre los árboles millares de pájaros y no hoy pena que resista á semejante explosión de alborozo... Si yo habitara en Bilbao me curaría las heridas del alma aquí, entre este enjambre de niños.

Un perfil.

Constituye una nota asaz vizcaína. Las casas arman á maravilla el escenario; todas son muy provincianas, con soportales forma-

dos por recios pilarotes, las fachadas lisas y desnudas, sin adorno ninguno, muchas enlucidas de cal, los balcones igualmente sencillos, con su barandillaje de hierro compuesto de varillas sin la más leve labor, la vía á un lado y en medio de la plaza las calles de cajones de madera al aire libre y un tropel de tendaleras nómadas que lo mismo se estacionan en mitad del arroyo que bajo los arcos. Dominando el conjunto con sus tonos vivísimos, pululando de aquí para allá como errantes amapolas una multitud de boinas rojas, de un rojo intenso y arrebatado que ofende á la vista.

Las industrias modernas, la metalurgia cosmopolita ha creado aquí el tipo del obrero borrando el del campesino. Necesítase, pues, venir al mercado donde acuden á surtirse de los caseríos para encontrar la silueta del aldeano clásico, inmortalizada por el lápiz de Valeriano Becquer, del mozo alto y fornido, de blanco cutis y azules ojos, candoroso y noble, con su tradicional boina colorada, en chaleco, con la chaqueta al hombro y garrote en mano por lo que pueda tronar,

Los campesinos del mercado despiértanme el deseo de trazar un apunte de carácter. Entre el aldea-



no, y en general, el hombre del pueblo de San Sebastián y el de Bilbao media gran distancia. Se echa de ver en seguida, sobre todo viniendo de la villa y corte, tal

contraste en un mismo tipo. Ambos tienen por nota típica de su temperamento la seriedad. Se ríen, porque la risa es facultad del hombre, sin la que resulta imposible la vida; pero se ríen á su manera, sin escándalo, sin ruido, silenciosamente, con una parquedad extraña. Celebran el chiste y lo abandonan con cierta displicencia inglesa. La guasa (tan característica en los pueblos andaluces resulta para ellos desconocida é incomprendible. Un bilbaíno ó un guipuzcoano dicharachero y superficial, ni pensarlo. Consecuencia de tal idiosincrasia es el laconismo; el éuskaró habla poco, lo necesario para presar su pensamiento. De aquí que parezca adusto, cuando en realidad sólo es grave.

La existencia está llena de contrastes. Un pueblo tan aplomado y tardo, que tiene algo del germánico y del sajón, se vuelve loco en cuanto el popular Arana expone en las esquinas los carteles anunciando alguna de sus grandes corridas de toros é invade la plaza, ávido de presenciar la lidia. *Lagartijo* y *Mazzantini* son tan populares en este pueblo, que no habla

como entre aquel otro descendiente de los árabes que vocea y se queda ronco de gritar desde los tendidos. La pelota, su juego clásico, su diversión favorita, también saca de quicio al vascongado de raza, y antes perdería la existencia que dejar de asistir al Jai-alai de Puertas Coloradas ó al frontón de Abando en una tarde de partido. Pasadala atracción del capote ó de la pala, recobra el buen donostiarra ó bilbaíno su impassibilidad, y vuelve á ser algo sombra.

El bilbaino resulta, sin embargo, para el forastero más atrayente que el guipuzcoano, ó por lo menos, no tan frío... No hay, sin embargo, en el primero hostilidad ninguna... La clave del enigma es que el donostiarra, más apegado á la tradición, no gusta de hablar sino en su idioma nativo y no dominando el castellano, repugna el expresarse en esta lengua, mientras que al vizcaino le acontece lo contrario punto por punto... En San Sebastián se oye mucho vascuence, en la ciudad del Nervión poquísimo, y es un hecho muy singular por lo que respecta á la población del Urumea dado su enor-

me movimiento veraniego que la pone en continuo contacto con los naturales de las demás provincias españolas. A mi juicio es una manifestación, acaso involuntaria, del bravo amor á la independencia que caracteriza á la altiva raza, depositaria eterna de un espíritu indomable que no varía neutralizado en la rica capital de los Altos Hornos por los efectos cosmopolitas de su moderna industria.

Las manos de Dotesio.

Es un detalle, una nimiedad pero que puede ser de utilidad grande el hacerlo público, para los viajeros que desconocen esta población, mucho más si como á mi me acontece abominan de cicerones y guías. Manera de orientarse en una capital que no se ha pisado nunca, es tomar un punto de partida cualquiera que sirva de centro. El viajero encontrará en Bilbao á cada paso, sujeta en las esquinas de los edificios, una mano de metal, cerrada menos el índice extendido como indicando una dirección; con efecto todas las manos, que hay muchas, apuntan hacia el mismo sitio; son un ingenioso

anuncio del célebre fabricante de pianos Dotesio, que tiene su almacén en la calle de María Muñoz; allí la mano de metal en vez de mostrarse paralela al suelo se presenta con el dedo dirigido al horizonte como diciendo: «Hemos llegado.» Pues bien; á dos pasos del comercio de música se halla el instituto de segunda enseñanza, y por ende uno de los lugares que pueden servir de punto de partida y al que á la fuerza llevan también las manos anunciadoras.

XVIII

A lo largo de la ría.

La estación del ferrocarril de Bilbao á Portugalete se abre entre el puente del Arenal y el de la Merced; es un edificio airoso, esbelto, elegante, de hierro y madera, que trae á la memoria los chalets suizos; su construcción se debe al talento del notable ingeniero D. Pablo Alzola. En ella todo es moderno, más que moderno, novísimo: los andenes se elevan á la altura de los pisos de los coches; el tren consta de vagones corridos con pasillos centrales, plataformas, pasadizos.

de comunicación, frenos automáticos... La multitud se agolpa á los carruajes; siempre sucede lo mismo; es incalculable el número de viajeros que va y viene por esta línea... La locomotora ruje y chillá, se impacienta, se pone en marcha por fin. La luz palidece de pronto, pasamos por debajo del puente del Arenal. Un grito de entusiasmo, que muere en una exclamación de asombro, se escapa del pecho; he ahí la ría.

Los rieles avanzan por el muelle de carga y descarga, sorteando los depósitos de mercancías y acompañando en un gran trecho á la ría que desliza al lado su corriente mansa. Anclados en ella, casi recostados en el muro de su cauce, unos detrás de otros hasta perderse de vista, se distingue una hilera de grandes vapores, de goletas, de bergantines, que se comunican por un tablón colocado en guisa de pasadizo del andén á cubierta, y por el que circulan mozos cargados de fardos, ó que introducen ó sacan directamente los bultos en la bodega por medio de una grúa tremenda, que suspende su garfa sobre el buque. Una bandada de embarca-

ciones menores, de balandras, de barcazas de carbonero, de botes púlula por el agua bajando y subiendo. En la orilla derecha se descubren en primer término los casetones de la capitania del puerto y de los carabineros y los almacenes de hierro apoyados sobre férreas columnas, sirviéndoles de fondo las espesas avenidas del paseo del Arenal, las alamedas de la Estufa, la Sendeja y el campo del Volantín. El tren corre vertiginosamente teniendo siempre á la izquierda una barriada interminable de casas humildes, de jornaleros ó de barracones que revelan talleres. Allá, en la otra margen surge un edificio suntuoso; es un establecimiento de enseñanza de los jesuitas; aquí se le denomina la Universidad. Tene en frente á Deusto.

Hemos llegado á Olaveaga; las casas continúan escalonándose; el tropel de naves aumenta; la línea se separa á trechos de la ría como si se incomodara con ella; se va por entre huertos, se dirige al campo, prefiere los árboles y el maíz; pero bien pronto se arrepiente de su esquivéz y torna á buscar peserosa el agua. El terreno se encres-

pa, se oscurece, se *metaliza*, desaparece la vegetación. Comienzan á verse tranvías mineros que traen sargas de vagonetas de mineral á los cargaderos de la orilla, volcándolo en el vientre de enormes vapores ingleses; el hierro ha sustituido á las plantas; se adivina la proximidad del reino de los ciclopes. Luchana, el Desierto. El sol se ha nublado súbitamente. desde la ventanilla se descubre una cerrazón espantosa; los pulmones se angustian, respiran con trabajo, se fatigan; el aire se enrarece, la pesadez llega á hacerse insoportable; diríase que se camina por el vacío... ¡Dios santo!... ¿Qué ocurre?... Nada... Es Plutón... Las grandes fábricas.

A través del caos.

Primero están los Altos Hornos de los Sres. Ibarra, después la Vizcaya de D. Victor Chavarri.

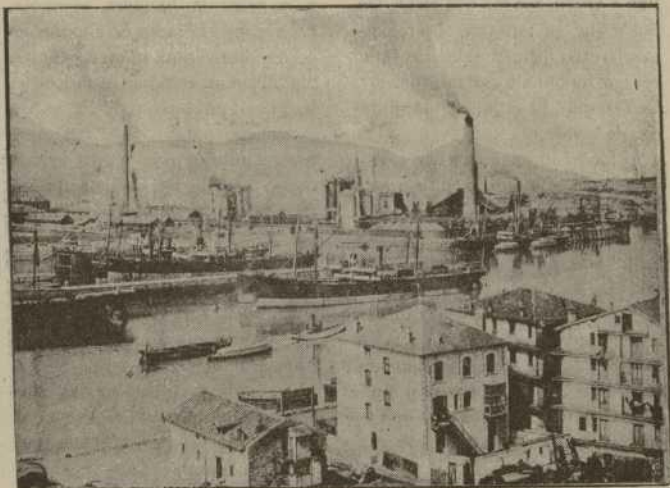
Las dos fábricas ocupan millares de metros; son extensísimas. Desde el vagón se distingue confusamente un hacinamiento de cobertizos, de talleres, de barracones que despiden una respiración formidable, de hornos enormes tan altos y

juntos que parecen filas de gigantes cogidos de la mano, de chimeneas de todo los tamaños que arrojan sin cesar, á borbotones, hiladas de vedijas pardas, grises, azulosas, blancas, que soldándose en el espacio, forman una cerrazón espesa que envuelve las grandes naves. Aquí la luz es siempre cernida, mate, opaca, de anochecer; el aire es denso, enrarecido, trascendiendo á hulla. Los establecimientos se hallan difuminados, desleídos, hundidos en humo; la tierra que se descubre es pelada, rojiza, yerma; las tapias sucias y caldeadas. En medio de este inmenso remolino negro se adivina un combate monstruoso, una lucha titánica; diríase que se oyen ayes y quejidos. A trechos se divisan pupilas incandescentes, lenguas de llama. La ría atraviesa por entre las instalaciones, sin reflejos, sombría, con un tono sucio, de leche agria.

El tren continúa avanzando; el calor aumenta; se siente uno en pleno remolino. El vértigo se apodera de la cabeza; á la memoria acuden las terribles remembranzas del Apocalipsis. ¡Quién sabe si nos habremos metido sin saberlo en

un convoy de condenados!... ¡Ah!...
¡Bendito sea Dios!... El sol ha sali-
do bruscamente poniendo en fuga
nuestra pesadilla... ¡Qué espantosa

que puede la voluntad del hombre;
Aquí se adivina un espíritu derecho
inflexible, tenaz, de acero; se pre-
siente esa imano neansable que im-



visión!... Los hornos, las chime-
neas, el humo, el vacío, todo se ha
quedado atrás... ¡Qué alegre es la
vida!...

Una ojeada á los Astilleros.

Son demostración palpable de lo

provisa y ese entendimiento pro-
fundo que crea. Para alzar al esta-
blecimiento en poco tiempo han
debido realizarse verdaderos mila-
gros... Los astilleros resultan más
humanos que las grandes fábricas;
en ellos trabajan hombres y no cí-

clopes... Ocupan también buena extensión de terreno; el aspecto general que ofrecen es el de una gran fragua. Debajo de los coberzizos se distinguen tirantes que suben y bajan, ruedas que giran, émbolos que se mueven, obreros que machacan... ¡Quién sabe los talleres que ha habido que improvisar!.. De cañones, de forja, de carpintería, de montaje...

Al fondo ábrense tres hermosísimos diques. En uno de ellos, ya en el agua, se balancea el *Infanta María Teresa* recién botado, colosal, formidable, pintado de azul gris, con solo el gallardo casco concluido. En el de al lado, en seco, se yergue un crucero sin pintar, que destaca su coraza cobriza, y en el último una nube de hombres construye un tercer barco, aun sin cubrir, que enseña la trabazón infinita de sus costillas de hierro. Sin darse uno cuenta, la dulce imagen de la patria surge repentinamente en el espíritu; Estos buques nacientes simbolizan el porvenir del bendito país que nos vio nacer; son una esperanza próxima á convertirse en realidad; el mañana... No puede calcularse la ternura con que

se les contempla. En épocas de mayor atraso científico siquiera lo fueran de nuestra mayor gloria, en la madre patria se construían las naves que llevaba á la pelea la bandera española. Esos buques botados en España deberán resultar más españoles. Significan un esfuerzo gigantesco, significan un pedazo de la patria sacrificado para costear su erección, significan una nueva era de vigor. ¡Dios lo haga, Dios quiera que algún día se inmortalice su estandarte de combate junto á los de aquellas galeras que vencieron en Lepanto y si llegara el caso, y ojalá que no llegue, á los de aquellos otros navíos que supieron morir en Trafalgar!

Siguiendo la costumbre del establecimiento, dejo mi nombre en el cuaderno de registro; quédese aquí como un humilde pero ferviente tributo de entusiasmo á estas industrias marítimas nacientes, símbolos de un futuro de esplendor.

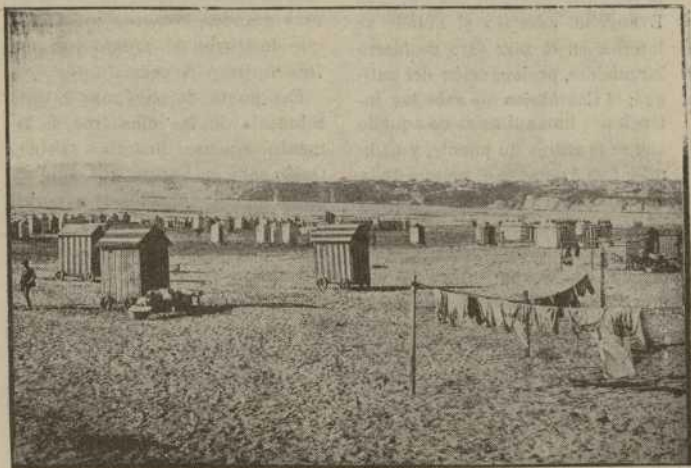
XIX.

Junto al mar.

El Abra en medio; á un lado Portugalete en primer término y San-

turce cerrando el extremo del semicírculo; al otro las Arenas, y en la punta, y en la misma posición, Algorta; al fondo el mar libre perdiéndose hasta fundirse en el hori-

son dos nidos de gaviota apacibles, escondidos, retirados, alegres; el primero aventaja al segundo como población, el segundo gana al primero en playa. Ninguno de los dos



zonte; he ahí el aspecto que ofrece la embocadura de la ría de Bilbao.

De todos estos pueblos, Portugaleta y las Arenas son los favoritos, las estaciones predilectas de las gondrinas cortesanas. A la verdad ambos resultan encantadores;

se parece en nada; Portugaleta se haya constituido por una manzana de edificios de piedra pegados codo con codo, modernos, de fachadas elegantes, elevados sobre el piso, de suerte que todas las entradas tienen escalinata. La calle, al me-

nos la principal, es la cortina del muelle que resulta una gran terraza. Por detrás, en el monte, se empujan otras casitas y una buena iglesia, en la que relucen en la verja las letras de oro de una frase del Evangelio; adosado al muelle se interna en el mar otro de hierro larguísimo, prolongación del antiguo; el Cantábrico no sabe las intenciones humanitarias de aquello que se le antoja un puente, y nada más. Las Arenas es el reverso de la medalla de su vecino; lo componen hiladas de hoteles de ladrillo con jardines diminutos, y está desperdigado con aparente desorden; su muelle es también recio y robusto; en ambos lugares abundan los techos de pizarra, lo que da a las dos poblaciones cierta fisonomía francesa.

He ahí la barra; la famosa barra de universal y temido renombre que tantas víctimas se ha tragado. Al presente asoma sobre la superficie del agua, agujereándola, el extremo un de mástil; debajo duerme sobre la arena, oculto, un buque naufrago perdido. En apariencia aquí no debe existir peligro alguno; sólo se distingue el oleaje

manso, sereno, apacible; nada más fácil que pasar el banco temible. Pero en el fondo, ocultándose, á traición, existe la corriente impetuosa y cruel ávida de daños. La desembocadura de la ría es una de esas grandes, inmensas hipócritas que destruyen de pronto con un fruncimiento de cejas.

Esa punta de palo mayor que sobresale de las olas trae á la mente muchas historias tristes. Quién sabe los barcos que aquí se han hundido, cargados de mineral ó vacíos, en la misma casa, á las puertas de la población. Y aún hay algo más cruel. En los días de galerna pasan ante el abra, arrastrados por el huracán, buques prófugos que buscan fondeadero, que van huyendo de la muerte, que ven la desembocadura de la ría y que no pueden entrar ó que son desechos si entran.

El muelle de hierro.

Las grandes luchas entre los naturales y el hombre ofrecen todas el mismo resultado: la naturaleza triunfa, solo que el hombre acude al entendimiento de que ella misma le dotó, y concluye por impo-

nerse y ser vencedor siendo vencido.

Este sencillo razonamiento viéname á las mientes á medida que avanzo por el nuevo muelle de hierro, como dije antes, obra gigantesca de ingeniería, que encubre y suspende por su atrevimiento... Un largo puente metálico arranca del malecón de Portugalete y se interna en el mar... El viaducto se sostiene sobre un entarimado de férreas vigas por entre las que corre el agua... Singularmente en la mar: rea alta que oculta las rocas, la ilusión, es completa: la punta hace el efecto de una proa... Al enterarse uno de la misión del formidable pasadizo, al espanto sucede la ternura... Tal muelle es uno de los dos biceps del futuro puerto, bicesp hereúleos debidos al genio moderno, que ceñirán el Abra famosa y sujetarán para siempre la barra temible que tantos naufragios cuenta en sus anales y tantas lágrimas vertidas por causa de sus corrientes y de sus bajos.

Cuando esa trabazón de férreas vigas tenga otra igual partiendo de las Arenas, las olas quedarán vencidas y los buques salvados;

habrá aquí unos brazos tendidos siempre á los naufragos.

De regreso.

Es de rigor en esta visita á Portugalete, atravesar la ría en un bote y volverse por el ferrocarril de las Arenas; cumplida la costumbre el tren arranca á escape; la línea es de vía estrecha; el material bueno, pero no tanto como el de su camarada.

Ha cerrado la noche; faltaba el último encanto. La obscuridad no deja distinguir los objetos; se camina en la sombra. A la derecha comienza á surgir, desparramadas las lucecitas de las casas de la ribera y de los barcos de la ría. De pronto se ilumina el espacio con el resplandor de un incendio; sin saberse de dónde suben inmensos penachos de llamas formados en fila: son las coladas de las grandes fábricas. Las lucecitas débiles aumentan y se agrupan; pasamos por delante de los pueblos que vimos de día y que destacan confusamente su mole desigual; diríase que el horizonte se ha bajado al nivel del suelo con sus millones de estrellas. Más fábricas iluminadas con focos

eléctricos que brillan con blanca suavidad de luna. Súbitamente rasga la penumbra una gran claridad; se acabó la expedición; estamos en el campo del Volantín; en Bilbao. Buenas noches.

XX

La Vizcaya.

Yo no sé que exista en la tierra espectáculo alguno que despierte esta hondísima impresión de asombro que se queda indeleble en el espíritu, después de haber contemplado una gran fábrica metalúrgica. Yendo en el tren camino del Desierto, y con propósito de visitar *La Vizcaya* del opulento capitalista D. Víctor Chávarri, imaginábame yo *á priori* el grandioso establecimiento como un entramado colosal de palancas, de émbolos, de pistones, de toda suerte de piezas mecánicas; como una formidable combinación de grúas, de motores, de hornos funcionando todos á la vez y bramando todos á un tiempo... Confieso que nunca llegué á sospecharme que la próspera, la inagotable fantasía se quedara corta ante la realidad...

Mi guía en tan interesante expedición ha sido el popular y casi ingeniero director del *Diario de Bilbao*, Santiago Olmedo. Concluida la visita me preguntó, como era natural, mi opinión sobre lo visto; no acerté á contestarle; yo sabía que me había hablado algo; que me había explicado una porción de cosas, pero salía de la fábrica anonadado, inconsciente, sordo, tan abrumado por el asombro, que respondí al buen periodista una vulgaridad. Y aunque no se lo dije, se me figuró el rígido Carón, el lúgubre barquero de la laguna Estigia.

Las culebras de lumbre.

El primer taller que se encuentra al paso da ya idea de lo que será esta mansión plutoniana. Involuntariamente se detiene el pie y el ánimo se encoge aturdido, pesados de haber penetrado aquí. El tinglado tiembla, se estremece; el piso parece vacilar; diríase que hay terremoto. La temperatura es sofocante, de infierno; en torno nuestro se siente rugir, trepidar, moverse; los ojos atontados sólo distinguen un hacinamiento de máquinas negras, manejadas por una fa-

lanje de silenciosas personas de carbón...

¡Dios se lo pague!... Uno de los carbones vivos se ha dignado hablarnos é indicarnos un rinconcito seguro para contemplar el taller... ¡Qué pasmo!... ¡Es imposible dar idea de lo que es esto, describirlo, trasladarlo al papel!... Los tiznados ciclopes, convertidos en cobres por el resplandor de la brasa, sacan de unos hornos que semejan mausoleos de campo santo trozos de acero candente que transportan en carretillas á otra especie de sarcófago del tren de cilindros. Del techo bajan barras y tirantes que se balancean, y el trozo de acero, cogido por ellas entrando y saliendo por las puertecillas del monstruoso afilador, se va adelgazando y alargándose hasta convertirse en una culebra larguísima al rojo blanco, que va y viene, combándose irritada al sentir en su cuerpo las tenazas de los cicloques que la guían y resistiéndose á pasar bajo la cuchilla que la corta inflexible sin hacer caso de la explosión de chispas en que desahoga su impotencia. Acá, allá, en ese otro lado, arrastrándo-

se por el suelo se descubren más serpientes rojas. Gestación tremenda. En la nave hay siempre un silbido de reptil, una respiración que abrasa. El bloque al rojo blanco se resiste y ruge; pero el laminador hace presa en él, lo aturde de un solo golpe seco que lo aplana y lo escupe luego para volver á tomarlo. El monstruo frío y tenaz, venciendo al hierro candente con su peso, estirándolo y cediéndolo después á la cuchilla. Combate titánico y eterno entre un monstruo silencioso y otro rugidor, entre la calma y la ira.

De nave en nave.

Sigamos nuestra exploración. Recorrida una nave pasamos á otra y luego á otra y á otra; la inmensa trabazón de barras y tirantes no se acaba nunca; atravesamos una selva virgen de hierro. El entendimiento lego en mecánica camina de sorpresa en sorpresa... Sierras para cortar en caliente; tijeras sencillas, dobles, hidráulicas para cortar en frío, convertidores de hierro en acero, hornos de recalentar, trenes de laminación, de desbaste, cilindros moldeadores, tornos, mar-

tineles... [quién sabe las falanjes de monstruos que aquí se contemplan, todos enormes, brutales, con la garfa extendida, haciendo presa en las férreas áscuas, triturándolas, partiéndolas, tragándose-las!... He aquí los hornos Siemens Martín para la fabricación del acero; parecen grandes cajas de valores puestas en fila en una galería alta. Una grúa tremenda va cogiendo de la galería los moldes candentes de barro y haciendolos girar por el aire vuelca en tierra el acero solidificado. Son unos vertederos feroces. Las masas, comenzadas á perder su alta temperatura, ofrecen un color morado con rugosidades, con cardenales; resultan costros. En ese otro lado se divisa una fantástica fuente: tres ó cuatro chorros de fuego caen de los caños de un depósito en tos adas tinajas que les sirven de pilones. En su seno hierve un caldo blanco que ciega, como de millares de relámpagos «en ebullición.»

Allá, en el fondo de un tinglado, limpiezima, reluciente, pintada de verde, humilde, modesta, huyendo de efectismos, moviendo sin alborotar sus firmes ruedas, sus émbo-

los, sus palancas, se distingue una máquina de vapor formidable, pero que al lado de los demás aparatos resulta insignificante y pobre; y sin embargo, la máquina obscurecida es el alma de todo esto, el motor que impulsa á cuanto en el recinto se mueve. Si ella parara sus brazos incansables, los monstruos mecánicos se quedarían petrificados é inertes y la fábrica moriría.

Hemos arribado al corazón de la fábrica... Aquí se presente al mismo Vulcano en persona... Penetramos en un edificio altísimo; dentro, juntas, aparejadas, se levantan dos máquinas tremendas del tamaño de casas de seis pisos, que mueven con su ímpetu brutal un sistema de ruedas descomunales. Mirando el techo los ojos se abisman en un laberinto de barras y tirantes que marea. La casa tiembla; diríase que se va á hundir; se siente algo como un resoplido espantoso; son las máquinas soplantes de los altos hornos, que llegan al techo con sus llantas y casi rozan el suelo. Giran sin cesar con un acompasado ritmo, que empieza en un cerdeo de violín y termi-

na en dos broncos golpes de bombo. Una agujita fina é inmovil, clavada en una cifra de una esfera de regulador, lleva la batuta de este gigantesco compás. Extraña música; también la mecánica tiene sus himnos.

Salgamos; ahí están. Son cuatro ó cinco torres enormes, pesadas, ennegrecidas, colocadas á cierta distancia unas de otras. Ante ellas, terminando en el borde de las bocas de los hornos, se yerguen varios andamiajes de hierro por los que ascienden y descienden vagonetas cargadas de mineral ó vacías. Arriba corren férreas galerías que sirven de puentes; la cabeza de los hornos y los corredores se hallan siempre coronados de una nube de humo, pero no de una humareda tranquila y apacible, sino de un remolino vertiginoso, cogido por el huracán que las máquinas soplantes despiden y que barre cuanto encuentra. Las negras torres no cesan de lanzar borbotones grises y espesos que se sueldan en el aire; las vagonetas trepan sin descanso á volcar su carga de mineral. Junto á los pozos hirvientes mantenidos en continua ebullición

por las trombas de las máquinas, y en medio de la atmósfera densa de la altura, hundidos en una niebla impenetrable al sol, se columbran unas sombras pequeñas que se mueven: son los obreros.

Va á comenzar una colada. Un obrero con gafas azules levanta la compuerta, mira un instante en el interior de la torre. Brilla algo como nieve. La ignición está á punto. de los hornos abre su boca de dragón que deja entrever una claridad de ascua. Atropellándose, despidiendo un calor inaguantable sus mil y tantos grados de temperatura, empiezan á salir por aquella esclusa olas de fuego. Las primeras bascas se deslían en un hilo de lumbre; después el hirviente caldo forma un arroyo igneo que se desliza por un cauce abierto en tierra, y aquella irundación de llamas se desparrama por los regajos trazados en el piso en los que ha de convertirse en lingotes al enfriarse.

Dos figuras humanas, dos broncos nuevos, con el rostro defendido por mascarillas de enrejado que repentinamente dora el resplandor, encauzan el riachuelo de la-

ma quedando el recuadro gredoso dibujado con líneas de fuego.

Cerca extiéndese una instalación nueva en España; es una sarta de hornos pequeños, que semejan una sillería de coro de una catedral. En un momento dado bajan todos los respaldos y se truecan en cascadas de kock. Es una industria introducida en nuestro país por *La Vizcaya*, la fabricación del carbón. Aquí el aire es pesadísimo, impregnado de gas, betinoso: cuando rueda el combustible los hornos toman el aspecto de nichos lúgubres despidiendo montones de huesos negros...

La colada sigue resplandeciente; las vagonetas continúan subiendo mineral; el espíritu se rinde, tiende á huir abrumado; la fatiga le echa á uno de aquí; alejémonos... Sin embargo, el lugar que acabamos de dejar á nuestras espaldas es tan grandioso que obliga á volver la cabeza para dirigirle la última mirada. Con la distancia se han perdido los contornos de las cosas y sólo se divisan los altos hornos hundidos en el humo, destacando entre la niebla sus moles gigantes y trayendo á la memoria los colo-

ros mitológicos empeñados en escalar el cielo superponiendo las montañas Egeo y Titeo.

XXI

Begoña.

La escalero de piedra que conduce al santuario arranca de la plazuela del Instituto; para subir hay que tomar alientos más de una vez. Los peldaños que separan la anteiglesia del nivel de Bilbao son unos trescientos, de piedra, anchos y rectos, abiertos entre tapias de huertas y casas con persianas verdes que piden una calle gaditana ó cordobesa... De trecho en trecho sirve de descansillo una plataforma de losa...

A la mitad de la ascensión tira de los ojos una puerta de vieja piedra gris, con verja de hierro, por la cual se vislumbran en el interior grandes sauces y cipreses... Sobre la entrada se distingue una sentencia bíblica: es el cementerio. Quédase atrás el lugar lúgubre y los escalones continúan, como si no tuvieran fin... Lo tienen: al cabo se descubren cercas de plantíos y la gente se endereza por una calleja abierta entre tapias, la que

decora, excitando la caridad pública con sus lamentos, una doble fila de menesterosos, agazapados en las orillas de la calzada.

Hemos llegado; á la derecha parte un poético camino que se abre entre tapias coronadas de parra. He ahí la iglesia, al final de una



alameda corpulenta y frondosísima. Los ojos esperaban hallarse con una ermita y se encuentran con un gran templo, con reminiscencias góticas, aunque poco rotabile desde el punto de vista artístico. Dos rayos destruyeron un día su torre; terminado el sitio de 1835 quedó casi deshecha la fábrica y fué reconstruida después.

La imagen de Nuestra Señora es pequeña, muy linda, recordando á la de la Almudena. Cerca de la santa mansión se encumbra un poblado de casitas; es la entrada de un lugar vizcaíno: lo revela un típico secadero de grano y una carreta de ruedas sin radios que se distinguen en un repecho. Aquí hay cuestras, recodos, maíz, boinas azules; el paisaje se prolonga en pintoresco declive hasta descubrirse Bilbao; en estas alturas plácidas, sosegadas, trascendiendo á aromas de campo, encantadoras, no ensordecen el aire los ruidos de las fábricas, y sin embargo, entre las cañas coronadas de panojas de por acá surgieron los primeros altos hornos de la capital vizcaína. Una carretera estrecha, ó más propiamente una vereda muy

ancha, se pierde culebreando por entre los árboles; dan ganas de seguir, de meterse por los altos mazaes. Allá lejos se adivina la dicha del aislamiento, de la quietud. En una explanada con honores de plaza y fueros de un poco de corral juega una turba de muchachos. Hoy es la Virgen de Septiembre, la alegre fiesta de su Natividad, que no hay campesino que no celebre agradecido á la compasiva señora que le llenó las trojes de grano. Ante la vieja fachada de la iglesia, bajo los castaños, hánse establecido varios puestos de rosquillas y licores, en los cuales hacen los devotos estación. La gente acude con la continuidad de un rosario de hormigas, descansando de la gimnasia de piernas de la escalinata en los bancos de piedra situados entre los troncos. En el interior del sagrado edificio, bañado por la luz de centenares de velas, una muchedumbre compacta constituida por aldeanos y marineros, porque hay que advertir que nuestra Señora de Begoña es patrona de los navegantes, escucha con extática delectación la palabra sagrada que desciende

del púlpito. En los claustros, enjabelgados, en un corredor desde donde se distingue en panorama inmenso el poético valle del Ibaizabal, véanse aposentados en poyos algunos ancianos que descansan la barbilla sobre la cayada; con la vista fija en el suelo, rezan ó sueñan. Por donde quiera que dirija uno los ojos encuentra la misma calma, igual placidez. ¡Trueba puro!

El medio punto del arco recorta la lontananza y la enfoca admirablemente. Ese valle es el de las rosas cantadas por el eúskaro Virgilio. Y ahora me fijo en una mancha verde que no recuerdo haber hallado por acá. Son cepas, la uva de que se saca el regional chacolí.

Abando.

Es con Begoña la anteiglesia más nombrada de Bilbao. Enclávase al otro extremo de la población. Es preciso verla para formarse idea de lo que es una anteiglesia vizcaína, de lo que tiene de patriarcal. Una parroquia y varios pueblecitos que viven á la sombra de su cruz y compartiendo su mis-

ma dulce campana. Algo así como la protectora unión entre la gallina y los polluelos. Y lo singular en las próximas á la ciudad de las fábricas es lo bien que conservan su fisonomía campesina, no obstante la influencia de la vida moderna que todo lo borra. Abando posee una excelente casa capitular y otra magnífica de mendicidad del señorío, cercada de jardines, que por los Madriles la quisiéramos. Para el literato ofrece una nota muy tierna. Aquí, bajo un roble, acostumbraba á sentarse en demanda de fresca sombra. D. Alberto Lista, en los ratos que le dejaba libre su tarea de director de un colegio, dejando deslizar las horas inmóvil, tal vez adormido por el aura, tal vez recordando las cortesanas amargas.

XXIII

En las minas.

Es una visita obligada; las grandes fábricas metalúrgicas son las catedrales de Bilbao y se impone una expedición para conocer su relicario: las minas. El viaje resulta cómodo y breve; cuestión de un

par de horas. Se sale de mañanita en el primer tren de Portugaleta, se deja en Sestao y se toma el de la diputación que va á Triano... Apenas ha tenido tiempo el ánimo de volver de su sorpresa, considerando que este magnífico ferrocarril por donde avanzamos es propiedad de la corporación provincial y ha sido construido con los sobrantes de sus ingresos; los frenos automáticos paran el convoy en firme... Hemos llegado á Ortuella; hay que apearse.

La campiña ha perdido su encanto bucólico; se han quedado atrás las arboledas, las casitas, los huertos, los plantíos de maíz. El paisaje ha dejado de sonreír, ha perdido sus tonos verdes, se ha puesto ceñudo. En vez de lomas tapizadas de frondas, comienzan á aparecer laderas oscuras, peladas, cobrizas. El tren que nos ha traído sigue su ruta silbando; el paraje se ha hundido en un extraño silencio. Echamos por una trocha, y á los pocos pasos surge por un lado un convoy minero de vagonetas cargadas de mineral y arrastrado por una locomotora enana, y por el otro sube y baja chirriando un

tranvía aéreo; hemos entrado en las minas Adela y Julia: nos hallamos otra vez en contacto con don Víctor Chávarri.

El plano inclinado.

El que no lo haya visto nunca no puede imaginarse lo que es, ni mucho menos comprender el espanto que produce en el forastero visitador el tener que subir por sus rieles. El plano inclinado es sencillamente una doble vía férrea, tendida sobre estrechísimo camino abierto en línea recta en el declive de la montaña. De tal suerte, el ascenso á la cumbre, que sería cuestión de una hora de vereda, se realiza en cinco minutos. Pero la economía de tiempo trae aparejado un riesgo terrible; las vías resultan casi verticales, con una inclinación vertiginosa, trazando casi un ángulo recto con la base del monte... El sistema de tracción es muy sencillo: por dos de ellas sube un tren de vagonetas cargado de mineral y por las dos restantes baja otro vacío, ó viceversa, sirviéndose mutuamente de contrapeso y arrastrados ambos por recios cables de acero trenzado...

El amable contratista Sr. López,

que nos espera, nos invita á subir por el plano. ¡María Santísima! «Me siento» empalidecer y me dispongo á zamparme en el interior de la vagoneta.—¡No, no!—exclama sonriendo el contratista.—Se echaría usted á perder la ropa con el polvo del hierro. ¿Tiene usted un periódico?—Se lo doy, lo coloca como una colgadura en la parte de atrás del vagón, y añade:—Ahora coloque usted un pie en este tope, el otro en el del vagón siguiente y agarrado al de delante sube usted hecho un príncipe.—Muy bonito en teoría; pero tal postura de equilibrista me resulta un tantico sospechosa. Cállome, sin embargo, y el contratista toca una bocina, que se me antoja la trompeta del juicio.

No hay otro remedio que hacer de tripas corazón y escalar el plano, asidos fuertemente á la trasería de una vagoneta, de pie derecho sobre la viga de un tope. Al sonido de la bocina del capataz, los cables chirrían; el tren se pone en movimiento. A poco rato, casi en la cúspide, la inclinación es tan brutal, que el cuerpo tiende á caer de espaldas y es preciso guardar el equilibrio en fuerza

de puños. A ambos lados del camino se precipitan bruscamente los taludes; parece que se contempla la falda del cerro desde un globo. La caída sería ahora espantosa; equivaldría á la muerte, al despedazamiento... La caseta de los tornos se aproxima, se la ve acercarse con ahinco. Algunos otros excursionistas que suben con nosotros, familiarizados con la locomoción, charlan como si nada.—¿Y no se ha dado el caso nunca de que se rompa el cable?—pregunta no sé quién.—Sí—replica López.—Por eso van ustedes en los topes, porque cuando tal sucede, el convoy se pára un instante antes de precipitarse y puede uno escapar sólo con una pierna ó un brazo rotos, arrojándose á los lados, y dentro del vagón la velocidad no le permitiría arrojarlo; se estrellaría.—¡Tirarse á los lados! ¡Los lados son derrumbaderos enormes! ¡Saludable perspectiva y oportuna explicación del salvamento! Miro á Olmedo, Olmedo me mira, nos entendemos, pero no pronunciamos palabra. ¡Ea! Estamos arriba. Ahora me acomete el deseo de ver el misterio de la locomoción. Es muy

sencillo. Un carrete cilíndrico al que se arrolla un cable á la vez que otro se desarrolla, y que mueve el viento por medio de unas aspas. Los cables son como mi muñeca; me han parecido dos hilos recordando el plano.

Desde cualquier altura.

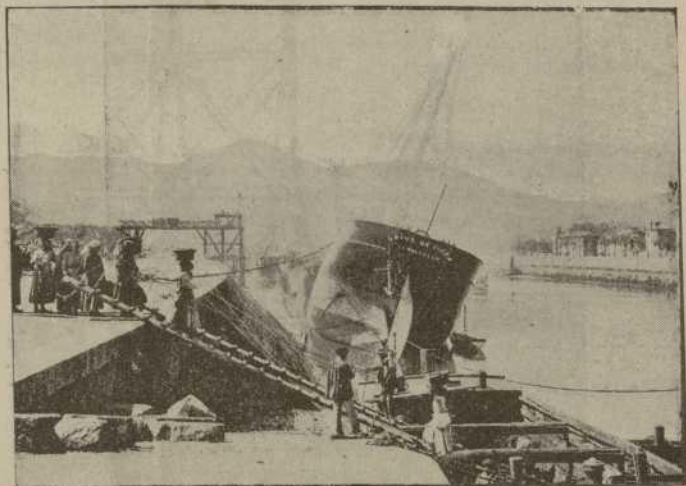
Es un extraño espectáculo; hasta donde alcanza la vista surge una cadena de montes cobrizos horriblemente triturados, partidos en trozos, destechos. Un tropel de obreros esgrimiendo barras y picos y desperdigados por los flancos de los cerros socavan su superficie formando montones de tierra. Por todas las laderas de las minas, en todas direcciones, corren trenes y vagonetas pequeñas sujetas unas á otras y arrastradas por gruesas cadenas que mantienen en el aire un rumor continuo de roce de eslabones y que resbalan con vertiginosa velocidad sobre planos inclinados sucesivos que van á morir al principal. En las mesetas ruedan otros convoyes de carga tirados por caballos percherones; de falda en falda pasa una hilada de grandes vehículos conducidas

por una locomotora; es un ferrocarril minero; de colina en colina atraviesan por aquí, por allí, por allá los tranvías aéreos, y en el inmenso recinto sosegado y apacible solo se escucha un chirriar continuo de alambres, de poleas, de cables urdimbre, que tiene su término en los cargaderos de la ría. Cuando se recorre ésta saltan á la vista de trecho en trecho un tablón con travesaños, por el que suben y bajan escuálidas mujeres con cestos de mineral á la cabeza, que dejan en una barcaza atracada, á la que el madero conduce desde el malecón ó surgen soportes de hierro en alto, á los que llegan los rosarios de furgones y que vierten su contenido en la misma sentina del vapor.

A lo mejor rompe el silencio una detonación formidable; es un barrero que acaba de estallar, ó bien se escucha el ruido estridente de un alud de tierra desplomándose y cayendo en una cascada por un canalillo de tablas que hace el oficio de vertedero y que baja desde los pico más altos á los repliegues del monte. El color amarillento de la tierra da al paisaje un aspecto triste. Cumbres, sendas, vagonetas,

herramientas, obreros, todo es seco, cobrizo, férreo; un sucio polvo de hierro se apodera enseguida de la

sea Dios!... Avicinadas á las águilas han surgido de pronto algunas casitas que simbolizan un poco de

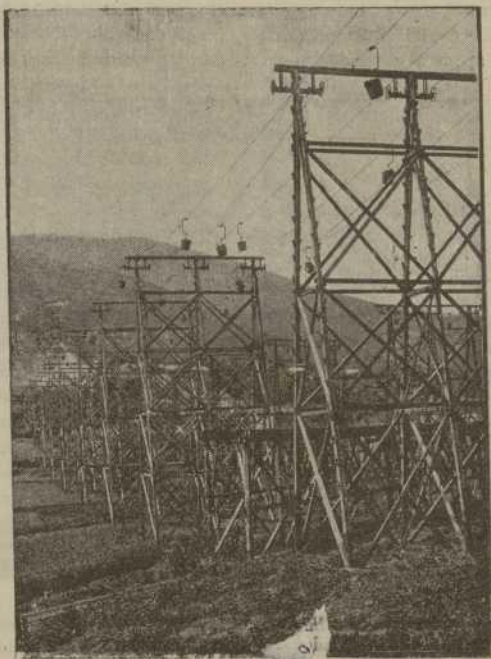


ropa; el sol calienta con terrible fuego en aquel descampad^o; lo escabroso de las cuevas arranca gotas de sudor á la frente, no hay árboles, ni agua, ni nada verde y vivo; la nota amarilla, el amarillo enervante y agrio de desierto por donde quiera. ¡Loado

sombra, un rato de descanso y un vaso de cerveza... Estamos en la Barga.

Los tranvías aéreos.

Son innumerables; por todas partes adonde se dirige la vista se les distingue tendidos á lo largo de



los cerros, llegando desde las cumbres más lejanas hasta los mismos cargaderos de la ría. Forman una sarta infinita de soportes de madera, y hierro especie de jaulas de vi-

gas que hacen la ilusión de la hilera de estribos de muchos puentes derrumbados. Paralelos hilos de alambre que ruedan por encima de los soportes, á la altura

de cuatro ó cinco metros, van y vienen conduciendo por el aire los edondos cubos atestados de mineral que se balancean con el movimiento de la *trepidación*. Unos bajan llenos, rebosando terrones; otros vuelven vacíos, sin nada dentro, y así pasan y repasan de sol á sol, como rezadas por una mano invisible que no se cansa nunca las cuentas de este férreo rosario que mantiene en el espacio, resaltando sobre el fondo azul del cielo un complicado pentágrama, que cuando le hiere el sol raya de oro el horizonte.

A veces, sentada en el cubo, se descubre una figura humana; es un obrero que aprovecha el tranvía aéreo para trasladarse de un punto á otro, economizándose las cuestras, y que al llegar al pico en que ha de bajarse se descuelga de su improvisado coche con la agilidad de un gimnasta. Es un instante indivisible; si descende un momento después, el cubo ha traspasado la loma y el obrero se estrella irremisiblemente.

Fuera de estos equilibristas que viajan de contrabando, los soportes de los tranvías aéreos perma-

necen solos, chirriando, gruñendo, moviéndose como por encanto sin cesar en su ir y venir. Parecen condenados á no pararse nunca; se quejan.

El pueblo de los ogros.

Yo creo que en todas partes sucederá lo mismo; por lo que á España respecta, los habitantes del interior tienen una peregrina idea de los mineros. Nuestros sencillos castellanos de las llanuras, identificados con el par humilde que comparte con ellos las soledades de sus campiñas, y contentándose con rasgar un poco el terreno para depositar en sus surcos las semillas fecundas, no creen obra de hombres eso de horadar las montañas, de meterse entre sus moles como un sapucho, de volarlas para convertir en dinero la lluvia de cascote que levanta la explosión, y se imaginan al trabajador de las minas á la manera de un ser sobrenatural, pero por influjos y artes del demonio. Es la opinión general; para mucha gente el minero es algo entre oso y topo; una especie de persona barbuda, hosca, desgreñada, de torvo mirar, indomable, feroz,

capaz de comer carne humana, sin familia, sin afecciones...

¡Cuál no sería la sorpresa de los que tal piensan á ciegas si pudieran ver en lo alto de las minas, en las propias entrañas del reino de los ogros este pueblecito tranquilo y sonriente de los obreros!... Por la puerta abierta de todas las casas se distinguen mujeres traginando en los menesteres del hogar. Algunas lavan ó cosen á la entrada; aquí y allí juegan en pelotón mantecosos muchachos, frescos, rollizos, sanotes. Las gallinas picotean por las calles; en algunas ventanas se asoman tiestos bien cuidados. Sobre aquel altozano se yergue la iglesia; en ese otro está la escuela. Las gentes nos ven pasar sin extrañeza; desde luego se adivina un lugar donde se ama, donde se rinde culto á la familia, donde se sabe que el corazón lo hizo Dios con el intento de que el hombre le elevara un altar... ¡Ah!... ¡Con que los antropófagos cuidan de las flores, se deleitan con los niños y oyen misa!... ¡Y cuentan con su hospital y su caja de ahorros —medice Olmedo! — Bendita barbaria la de los mi-neros!...

Luchana.

Es fuerza hacer alto, regresar á Bilbao ante las exigencias del equipaje reclamado por la próxima partida para Madrid. Será la una de la tarde. Reparamos el lastre perdido en una magnífica fonda de las minas, desandamos lo andado atravesando los lugares que por la mañana recorrimos, tornamos á echar por medio de aquel inmenso taller al aire libre y á bajar por el plano famoso, ahora con un valor espartano y ya en el rincón del departamento y volando en el tren camino de Sestao, el espíritu, examinando sus últimas impresiones, considerando lo que ha visto, saca admirado la hermosa consecuencia de que Bilbao es un pueblo próspero y grande porque desde Juan Particular, el obreiro que pone su pico, hasta D. Victor Chávarri, el capitalista ilustradísimo que apronta su capital en vez de emplearlo egoístamente en papel del Estado, se mueven á impulsos de un inextinguible amor al trabajo y de una constancia inmensa; Bilbao es una población que no sólo tiene los montes de

hierro, sino también la voluntad. He ahí el puente famoso—me dice Olmedo señalando á la derecha.

La nieve tapizaba la tierra, el almanaque señalaba una fecha solemne en la cristiandad.

El sol de las Navidades de aquel año memorable de 1835, entró en los hogares bilbainos en la mañana del día 25 de Diciembre con unos resplandores alegrísimos: eran libres. Cierro los ojos y veo una figura desesperada y arrogante espada en mano, al frente de unas topas que cargan á la bayoneta. Es Espartero: estamos en Luchana en el sangriento lugar en que se disputaron la victoria el morrión cristino y la blanca boina carlista.

Luchana es un nombre resumen de una idea. El puente ha tenido fortuna. Se immortalizará, ó por mejor decir, se ha immortalizado, sintetizando en sí toda la primera guerra civil, la de los siete años, y uniéndose por modo perdurable á la figura del que supo conquistarle. En pleno período de efervescencia liberal, jamás se le representó á Espartero de otra suerte que con el acero desnudo, arengando á

los soldados que se disponen á tomar á la carga el puente que acabo de ver. En fuerza de contemplarle en esa actitud sus delirantes partidarios, los mismos que exponían su retrato en las barricadas de los motines entre dos velas encendidas, á guisa de santo, concluyeron por hacer consustancial el puente con el héroe. Napoleón ha pasado á la historia con su gran yegua blanca. El bravo D. Baldomero se perpetuará con su puente.

La campaña contra Carlos V (nada de España y menos de Alemania), la lucha entre los ejércitos de la legalidad y los obstinados y valientes defensores del absolutismo, fué fecunda en sangrientos sucesos de importancia. Ahí está sin ir más lejos Mendigorria. ¿Por qué absorbe Luchana la nombradía de los demás hechos de armas y goza de una popularidad que ellos no disfrutaban? A mi juicio la única causa del hecho es el carácter caballeresco que reviste el famoso ataque, acorde en un todo con la romancesca manera de ser de nuestro pueblo, adorador del arrojo personal.

El puente de Luchana se tomó á

la carga merced á la arriesgada temeridad de Espartero, que pasó de jefe á soldado, yendo el primero al encuentro de las bayonetas enemigas. Fué nuestro viejo general «no importa» de la guerra de los franceses. Las huestes le siguieron subyugadas y el contrario cedió. Diríase que la muerte respeta á los que se le imponen y no se atreve con ellos. El caudillo escapó con vida y su figura quedó unida á la silueta del puente en una misma apoteosis.

La gloriosa campaña de Africa del 60 eclipsó para el porvenir un tipo clásico en el ejército: el del veterano de Luchana. Hasta entonces, el licenciado de bigotes grises y cerdosos, de pelo al rape, de ojos vivos, de rostro de ladrillo, con un botón en el ojal, con su aire marcial en la persona, en las actitudes, en el continente, cuadrado siempre como si tuviera el coronel delante, estuvo en Luchana, peleó en Luchana, fué uno de los de Luchana. La noble guerra con Marruecos, guerra nacional, con un extranjero, con el enemigo histórico del país desde los tiempos medios, puso en moda el veterano

de Tetuán, arrinconando el de Luchana.

El tren, llegando á Bilbao, me arranca á mi soliloquio bélico sin palabras. Un carabiniere de punto junto á la ría, con su capote arrollado en banderola, apoyado en su fusil, ve pasar á los viajeros que salimos de la estación de Portugalete. Tiene los bigotes cerdosos y casi blancos y cuatro ó seis galones dorados de reenganche, cruzándole el brazo izquierdo. No puede ser un veterano, pero quizás es un tamborcillo del puente.

XXIV.

El último día.

Quedan un par de horas antes de ir al tren. ¿Quién es capaz de marcharse sin despedirse del mar? Yo no sé si á todo el mundo le acontecerá lo mismo. Se recorren comarcas que son alardes de la naturaleza, demostración de hasta dónde llegan sus maravillas, se visitan las obras antiguas del arte brotado de la mente del hombre por gracia divina, y tras de gozar de la brava hermosura de las montañas y del dulce encanto de los valles, después de extasiarse con las ojivas de los

templos góticos ó las filigranas ornamentales de las iglesias del Renacimiento, vuelve uno junto á las olas anhelante de verlas y de oírlas, ansioso de ver y oír una cosa que se sabe de memoria, pero que nunca cansa.

Cualidad de la condición humana es el hastío en todo ó sino el hastío, no quiero ser pesimista, el descenso de temperatura en los sentimientos con la posesión. No hay panorama que no llegue á fatigar, ni población que no concluya por aburrir. ¿Qué amuleto posee el mar para librarse de tal ley? ¿Por qué las alas de plomo del tedio, á su lado no se posan jamás aplanándolo en nuestro espíritu? Creo que nadie ha explicado el fenómeno, pero ello es que existe. Que el mar se halla revuelto, sembrado de pompitas blancas, como si le pellizcaran; que se halle sereno y en calma con su hermoso azul verde transparentísimo; que lo sacudan los brazos del ciclón en lucha de atletas; que lo bañe la luna de melancólicos resplandores, convirtiéndolo en un plano de plata bruñida; que lo «encienda» el sol dorándolo hasta arrancarle una

lluvia de chispas que saltan del agua; que sea el casi blanco Mediterráneo ó el plomizo Cantábrico; que se contemple en Málaga, en Cádiz ó aquí, siempre resulta que se sienta uno en una peña á mirarlo y no se encuentra momento para arrancarse á la obsesión que produce. Hay algo en la impresión que despierta de sensualismo. Fascina como el placer.

Reina una completa calma envolviendo el sol todos los objetos en un polvo de luz que ofusca. Sin embargo, según se acerca el tren al fin de su viaje, el aire del mar satura la atmósfera y hace fresca la mañana. Cuando llegamos al Abra todavía duermen la mayoría de los bañistas y sólo algunos madrugadores, gente grave y formal, bañan á sus chicos en las playas de Portugaleta ó de las Arenas. El muelle de piedra del primero no tiene aún sus vetustos paseantes de sombrero de paja, lentes de vista cansada en la punta de la nariz, periódico y gabán suelto y ligero en guisa de cazadora, que no bajan á la arena temerosos de que la humedad excesiva les recreezca el reuma: los hoteles del se-

gundo muestran casi todos sus ventanas cerradas y el balconcillo de su balneario hállase desierto. Algún vapor que entra en la ría á cargar, algunas gentes que cruzan en el bote de orilla á orilla. Es muy temprano. Las ocho.

Lo que yo quería. Tomo muelle de hierro adelante y me apoyo en la barandilla en la misma punta que sirve de tajamar. El agua está tranquila, serena, con mansedumbre de estanque. El oleaje, moderado y apacible, llega sin prisa á las playas y se abre al chocar con las bases del viaducto en que yo estoy, levantando apenas burbujas y lavando las rocas al retirarse. En la arena forman las ondas una triple cenefa de espuma. El arrullo monótono del flujo llena el lugar de un soñoliento rumor y la brisa salitrosa se empeña en cerrarme los párpados. Hay en la marea algo de canturía que convida al sosiego. Se comprende casi que los veraneantes no madruguen. Tienen aquí una cantinela de nodriza que,

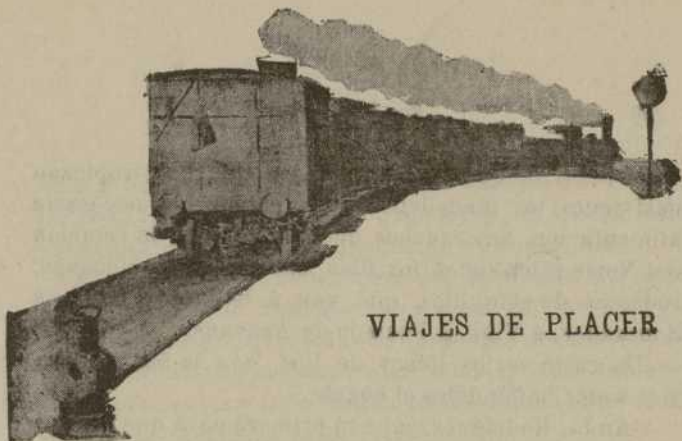
si no les mece el lecho, pega quedamente en los cristales y les impide sacudir su grata modorra. Hermosa «nana» que el Oceano viene entonando hace siglos y siglos sin cansarse nunca, y que no es sólo el reposo lánguido y suave del espíritu, sino el olvido y la paz.

La casualidad lo quiere. La última impresión que á la villa y corte me llevo de este mar bravo es dulce y sumisa. Es el de las grandes galernas, el de las tragedias terribles, el que se encrespa un instante, devora la presa y torna á su mansedumbre de colegial. La retina del alma ha sorprendido hoy al Oceano en uno de esos días en que sonríe como un niño. Queda sólo el tiempo preciso para regresar á Bilbao y tomar el tren camino de Madrid. No sé por qué me acuerdo de Romeo cuando oyó cantar la alondra. Las olas son una amada de la que no acierta uno á separarse sin dolor.

Bilbao, Septiembre 1890.

LUIS TABOADA

VIAJES DE PLACER



VIAJES DE PLACER

Toda persona que en algo se estime, procura ventilarse en nuestras costas durante el verano porque no hay nada más terrible que pasarle en Madrid, exponiéndose á que diga la portera:

—¿Quièn? ¿La familia del tercero? ¡Calle usted por Dios! Todos los años dice que se va á San Sebastián, pero todavía no lo he visto. ¡A San Sebastián! Ya quisieran ellos poder pagar al carbonero que viene cada ocho días á ver si cobra, y el jueves perdió la serenidad y quiso echarle las manos al cuello á la señorita, porque es una descarada que debe á todo el mundo y encima pone motes á las personas. Al carbonero le llama *Bandullón*, y á él se le subió la sangre á la cabeza cuando lo supo. Y es natural, porque á nadie le gusta que le falten. Le digo á usted que hay personas muy poco decentes.

A pesar de las dificultades con que hoy tropiezan casi todos los madrileños para obtener la necesaria alimentación, hay muchos que viajan. Por la estación del Norte salen todos los días matrimonios á docenas, rodeados de chiquillos, que van á bañarse á Gijón, á Santander, á Vigo, á Pozuelo de Aravaca.

Da gusto verlos llenos de lios, con la faz jubilosa y el sudor bañándoles el cogote.

—Anda, Rodríguez, sube tú primero para que me des la mano y vayas introduciendo á los niños. A Felipín asómale desde ahora á la vertanilla, porque ya sabes que se marea. ¿Traes el limón? Pues dáselo para que lo vaya oliendo. Sube tú, Balbinito, y á ver cómo tienes formalidad. No pongas los pies sobre ese caballero. ¿No lo dije? Ya le has pisado el pantalón. Dispense usted. Es un niño muy alocado, porque tiene mucha imaginación, y no mira donde pisa... Ea, arriba todos.

Y la familia penetra en el coche media hora antes de salir el tren.

Los chicos no han hecho más que entrar, y empiezan á pedir tortilla y carne asada.

—Mamá, saca la merienda—dice uno.

—Yo *terro* pan—grita otro.

—Mamá, agua—añade el tercero.

—¿Ya empezamos?—exclama la madre fuera de sí.

Con estos chicos no se puede ir á ninguna parte.

Bien sabe Dios que si no fuera por vuestro padre, que necesita los baños de ola, me quedaba en Madrid este verano... ¡Jesús! ¡Qué condenación de chiquillos!

El papá no dice nada, pero ha sustituido su sombrero hongo por una gorrilla á cuadros, en forma de queso manchego, que le da todas las apariencias de uno de esos catalanes verbosos que venden pasta mineral para las navajas y sebo virgen para los dolores de vientre, en las plazuelas de la corte.

Por fin, el tren lanza un chillido y se pone en movimiento. Entonces los niños comienzan á aplaudir y á querer asomarse todos á la ventanilla, mientras la mamá les dice:

—¡Eh, cuidado! No saquéis la cabeza, que puede pasar otro tren.

—O puede haber un túnel—objetó el papá.

—O puede ocurrir un desprendimiento de tierras—añade otro viajero que se las echa de inteligente.—Yo he visto cosas muy raras en los ferrocarriles, porque viajo mucho.

—Sí, ¿eh?

—Muchísimo; raro es el mes en que no hago un viaje. Aún no hace ocho días que estuve en Guadalajara, y ahora voy á Medina del Campo.

—Será usted *turista*—dice el papá de los niños.

—No, señor, soy lampistero. Me dedico á la venta de

tubos y demás útiles pertenecientes al ramo de la lampistería.

—Los viajes ilustran mucho—agrega la mamá.

—¡Oh, ya lo creo!—responde el aludido.—¡Buena diferencia de lo que era yo hace dos años y de lo que soy ahora! Baste decirle á usted que aún no había visto á Segovia, y ahora la conozco como si hubiera nacido allí.

—¿Y es muy grande?

—No, más bien es ancha.

—Yo, si pudiera, estaría viajando toda la vida—dice la mamá en un momento de mal contenido júbilo.—Así es que todos los años salimos.

—¿Van ustedes muy lejos?

—Sí, señor, vamos á Cercedilla.

—¿Es puerto de mar?

—No, pero está cerca.

—Además—añade el esposo— hay allí una charca muy hermosa, que es donde pensamos bañarnos.

Los niños no han cesado de pedir alimento desde que entraron en el vagón, y hay necesidad de abrir la cesta y extender una toalla sobre las piernas de los viajeros para servir la merienda. En cuanto Felipín ve la carne asada, se arroja sobre ella como un tigre carnívoro, y tiene que entablarse una lucha cruel entre la madre y el hijo para que éste suelte su presa.

—Yo *tero tane*—grita el muchacho.

—¡Suéltala, bribón!—responde la mamá arrebatándole el trozo.

—Yo *tero tane*, ¡ji, ji, jil!

—Vamos, hijito—dice el papá en tono cariñoso y conciliador.—Ten paciencia, que vamos á daros carne y tortilla y quesito y muchas cositas.

La mamá comienza á repartir carne entre los tres muchachos; pero carga la mano en la ración de Felipín, y los otros protestan con grandes gritos.

—Felipín tiene más—dice uno llorando.

—Yo quiero la de Felipín—dice el otro.

Entonces la mamá, sin poderse contener, coge un panecillo largo y golpea con él la cabeza de Balbinito; éste grita desesperadamente; el otro muchacho quiere huir y tropieza con los pies del viajero ilustrado, que lanza aullidos lastimeros, porque tiene un juanete en carne viva. Pide mil perdones el papá, refunfuña la madre, lloran los tres chiquillos á la vez, y en esto se abre la puerta del coche y aparece el revisor, que empieza por preguntar:

—Y estos niños, ¿llevan billete?

—No, señor—contesta el padre.

—¿Por qué?

—Porque ninguno ha cumplido los tres años.

—¿Cómo que no? Ese tiene doce, lo menos.

—Está usted muy equivocado—grita la madre.—Nosotros nos casamos en Enero del 80, y puedo probarlo; y si no, no tiene usted más que preguntar á todo el comercio de la calle de la Cabeza, que nos conoce muchísimo, porque mamá tuvo allí casa de préstamos, y este chico cumplirá tres años el día de San Antón, que por cierto fui en estado interesante á ver la cabalgata, y en la red de San Luis me indispuse y me metieron en una pescadería á darme bicarbonato...

—Bueno, bueno. Tiene usted que sacar los billetes de los niños.

—¡Protesto!—grita el papá;—y debo advertir á usted que soy uña y carne de Pulgosi, el que está en la oficina de Vía y Obras.

—¿Y qué?

—Nada; que pienso decirle los abusos que cometen ustedes con los viajeros.

Al fin y á la postre, el papá tiene que pagar los billetes de los tres chicos, y sólo así consigue que le deje en paz aquel cancerbero con gorra.

¡Y aún hay quien dice que no son divertidos los viajes de placer!

INDICE

BENITO PÉREZ GALDÓS

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA

	<u>Páginas.</u>
I.—Santillana	3
II.—La Abadia	10
III.—El claustro	13
IV.—Aífoz de Lloredo	17
V.—Comillas	18
VI.—San Vicente de la Barquera	27
VII.—Las tinas	33
VIII.—San Pedro de las Vaderas.—Panes	37
IX.—Las Gargangas	40
X.—La Hermida	45
XI.—Potes	47
XII.—Basta	47

J. ORTEGA MUNILLA

Un día en Ronda	53
Por las ruinas	69

MANUEL TROYANO

Las hermitas de Córdoba	81
Una excursión á Plasencia y Yuste	95

ÍNDICE

A. PEREZ NIEVA
PLAYAS Y CÍCLOPES

SAN SEBASTIAN	Páginas.
I.—La embocadura.—La gran Valladolid. —Un saludo á la ogiva.—La casita solitaria.—Vitoria.—En plena mon- taña.—San Sebastián.	127
II.—La Concha.—La caseta de mirón.—Pies de rosa.—¡La reina baja!	133
III.—Los irresistibles.—La eterna esfinge.	139
IV.—Un paseo por la ciudad.—El Boulevard y la Zurriola.—Los arcos providen- ciales.—San Sebastián monumental.	144
V.—El casino.—El donostiarra.	150
VI.—Tarde de toros.—La cancha y el kiosco.	153
VII.—Una pleamar.—La galerna.	156
VIII.—La vida elegante.—El verdadero vera- neo.	160
IX.—El castillo de la Mota.	164
X.—Pasajes.—Rentería.—El valle de Loy- la.—Virgilio.	167
XI.—La frontera.—Pro patria	172

INDICE

XII. —En la estación de Hendaya.—Los buenos gendarmes.	175
XIII. —Bayona	177
XIV. —La bombonera.. . . .	179
BILBAO:	
XV. —El ferrocarril central de Vizcaya—Vergara.— Por el valle.	183
XVI. —La población.—Achuri.	187
XVII. —Las mariposas. — Un perfil.—Las manos de Dotesio.	192
XVIII. —A lo largo de la ría.—A través del caos.—Una ojeada á los Astilleros.	196
XIX. —Junto al mar.—El muelle de hierro.—De regreso	200
XX. —La Vizcaya.—Las culebras de lumbré.—De nave en nave.. . . .	204
XXI. —Begoña.	208
XXII. —Abando.	208
XXIII. —En las minas.—El plano inclinado.—Desde cualquier altura.—Los tranvías aéreos.—El pueblo de los ogros —Luchana	221
XXIV. —El último día.	220

LUIS TABOADA

Viajes de placer.	225
---------------------------	-----

BIBLIOTECA DE FERROCARRILES

- TOMO I.—*Recuerdos de antaño*, por *Domingo Cuevas*... Ptas. 1,50
TOMO II.—*Surtidos para viaje*, por *Varios autores*.... Id. 1,50
TOMO III.—*A la buena de Dios*, por *Eduardo de Huidobro*. Id. 2

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE AUTORES CONTEMPORANEOS

TOMOS PUBLICADOS:

- VOL. I.—*Piruetas*, por *Juan Pérez Zúñiga*.... Ptas. 2
VOL. II.—*Cuentos*, por *Enrique Sepúlveda*..... Id. 2
VOL. III.—*Cuentos del lunes*, por *Federico Urrecha*.... Id. 2
VOL. IV.—*Marihuacas*, por *F. P. de Camino*..... Id. 2
VOL. V.—... *Y pocas nueces*, por *Sinesio Delgado*..... Id. 2
VOL. VI.—*Pasiones políticas*, por *Enrique Gaspar*... Id. 2
VOL. VII.—*Cuatro cosas*, por *Antonio Peña y Goñi*... Id. 2
VOL. VIII.—*Mundanas*, por *Alfonso Pérez Nieva*.... Id. 2

EN PRENSA:

- VOL. IX.—*El teatro en el bolsillo*, por *Rafael M. Liern*.
VOL. X.—*El niño*, por el *Dr. Tolosa Latour*.

EN PREPARACIÓN:

- VOL. XI.—*Madrid viejo*, por *Ricardo Sepúlveda*.
VOL. XII.—*Juanela*, novela española por *M. Martínez Barrionuevo*.

BIBLIOTECA DE VIAJES

TOMO 1.º

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA, por *B. Pérez Galdós*.—UN DIA EN RONDA.—POR LAS RUINAS, por *J. Ortega Munilla*.—LAS ERMITAS DE CORDOBA.—UNA EXCURSIÓN A PLASENCIA Y YUSTE, por *M. Troyano*.—PLAYAS Y CÍCLOPES, por *A. Pérez Nieva*.—VIAJES DE PLACER, por *Luis Taboada*.

ACTUALIDADES

REVISTA SEMESTRAL ILUSTRADA

Redactada por los más distinguidos escritores y los más populares artistas.
Están publicados los volúmenes correspondientes al primero y segundo semestre de 1893 y 1894.

Precio de cada volumen, 5 pesetas.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

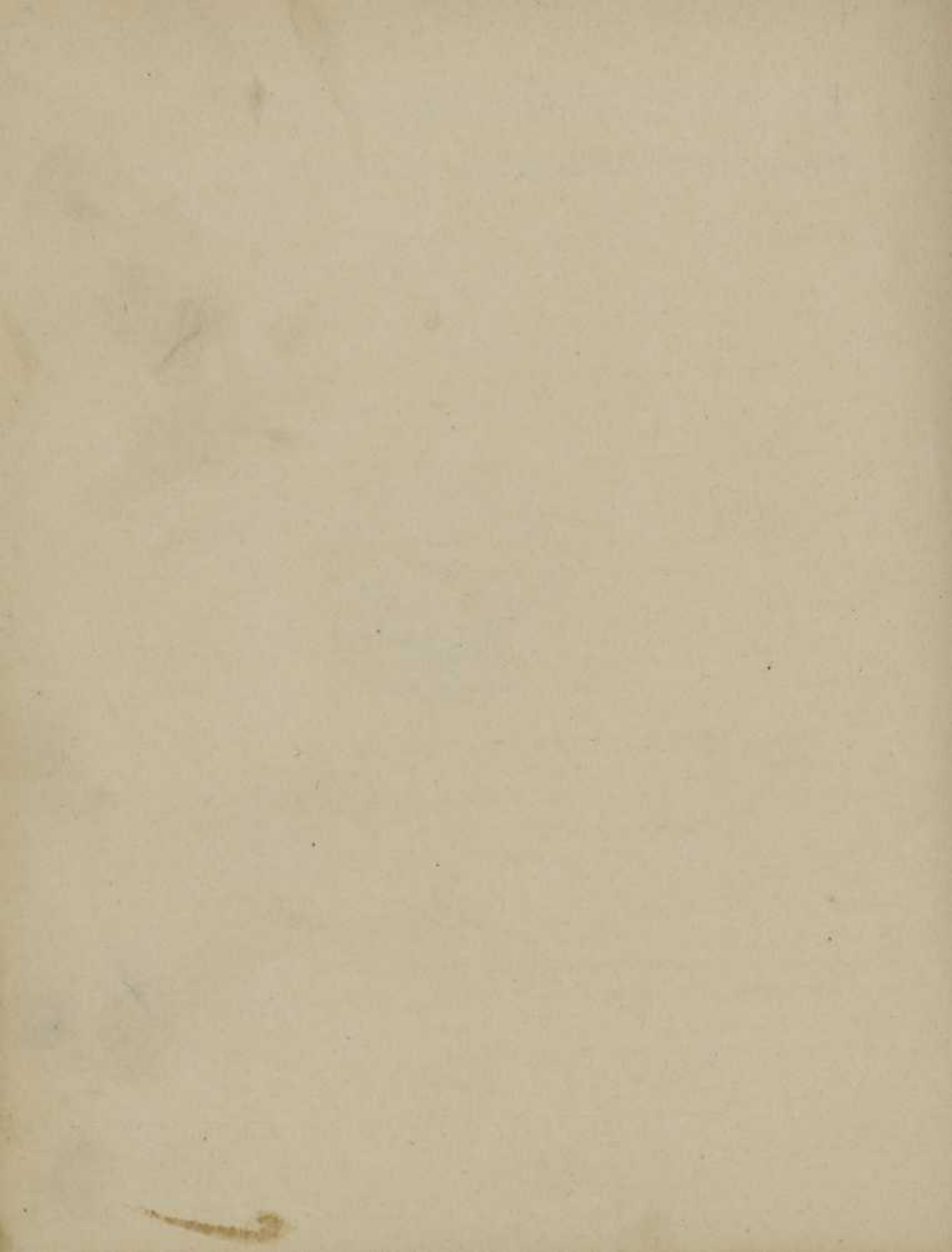
PEDIDOS: A D. José Díaz de Quijano, *Marqués de Urquijo*, núm. 8, *Hotel*.—Madrid.

Precio del ejemplar: Pesetas, 3,50.

Pedidos: A D. VICTORIANO SUÁREZ, librero, Preciados, 48.

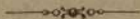


José M. de Quijano
Editor Madrid. 1893



LIBRERIA DE VICTORIANO SUAREZ,

PRECIADOS, 48. MADRID.



Esta casa servirá cuantos pedidos se le hagan de libros, aunque no consten en sus CATÁLOGOS, siempre que vengan acompañados de su importe en letra sobre Madrid, París ó Londres, libranza ó sellos de correo de ESPAÑA; en el último caso certificada la carta.

Las remesas serán de cuenta y riesgo del que las pida. No se servirá pedido alguno que no vaya certificado, al no manifestar lo contrario el interesado.

Los precios marcados son para Madrid y en rústica. En provincias y América los señores corresponsales los fijarán con arreglo á los cambios y gastos.

Alarcón (D. Pedro).—Diario de un testigo de la guerra de Africa. Tercera edición; dos tomos en 8.^o, 8 pesetas.

- De Madrid á Nápoles; dos tomos en 8.^o, 8 ptas.
- Poesías; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- El sombrero de tres picos; un tomo en 8.^o, 3 ptas.
- El Escándalo; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- El Niño de la Bola; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- El Final de Norma; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- El Capitán Veneno; un tomo en 8.^o, 3 ptas.
- La Pródiga; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- Novelas cortas; tres tomos en 8.^o, 12 ptas.
- Cosas que fueron; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- Juicios literarios; un tomo en 8.^o, 4 ptas.
- La Alpujarra; un tomo en 8.^o, 5 ptas.



- Alarcón** (D. Pedro).—Viaje por España; un tomo en 8.º, 4 ptas.
 — Últimos escritos; un tomo en 8.º, 4 ptas.
- Alfaro**.—La cruz y la Golondrina, 1 pta.
- Alvarez Guerra**.—Viajes por Filipinas.—De Manila á Albay.—De Manila á Tayabas.—De Manila á Marianas.—Usos y costumbres de aquellos pueblos. Madrid 1887, tres tomos en 8.º, 9 ptas.
- Amicis** (E).—Los amigos; tres tomos en 8.º, 9 ptas.
 — Amor y Gimnástica.—La cuestión social.—Garibaldi y otros trabajos; un tomo, 4 ptas.
 — Combates y aventuras; segunda parte de Infortunios de amor; un tomo, 4 ptas.
 — Constantinopla; dos tomos, 5 ptas.
 — Cuore (corazón) diario de un niño; un tomo ilustrado, 4 ptas.
 — Dos dramas de escuela; un tomo en 8.º, 4 ptas.
 — En el Océano; un tomo, 4 ptas.
 — España; un tomo, 3'50 ptas.
 — Holanda; un tomo, 4 ptas.
 — Ideas sobre el rostro y lenguaje; un tomo, 3 ptas.
 — Impresiones de América; un tomo, 3 ptas.
 — Infortunios y amor (Memorias de un maestro); un tomo, 4 ptas.
 — Italia; dos tomos, 6 ptas.
 — Marruecos; un tomo, 3'50 ptas.
 — Novelas; un tomo, 3 ptas.
 — Páginas sueltas; un tomo, 3 ptas.
 — Poesías; un tomo, 3'50 ptas.
 — Recuerdos (1870-71); un tomo, 3 ptas.
 — Recuerdos de París y Londres; un tomo, 2'50 pesetas.
 — Retratos literarios; un tomo, 3 ptas.
 — Vida militar; dos tomos, 6 ptas.
 — El vino, sus efectos psicológicos; un tomo 1 pta.
- Antología de poetas hispano-americanos**, publicada

por la Real Academia Española, dirigida por el Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

— Tomo I: Méjico y América Central, en 4.º, 10 pesetas.

Antología.—Tomo II: Cuba.—Santo Domingo.—Puerto Rico y Venezuela, 10 ptas.

— Tomo III: Colombia.—Ecuador.—Perú.—Bolivia, 10 pesetas.

— Tomo IV. (En prensa).

Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con extensos estudios críticos del mismo; formará doce tomos. Se han publicado cinco, á 3 pesetas cada uno.

A muertos y á idos no hay parientes ni amigos, ó la marquesa de Oveda: un tomo en 8.º, 1'50 ptas.

Arpa y López (D. Salvador).—Principios de literatura general (literatura filosófica).—Un tomo en 8.º, cartoné, 6'50 ptas.

— Historia compendiada de la literatura española (literatura histórica).—Un tomo en 8.º, pasta, 7 pesetas.

— Compendio de Retórica y Poética (literatura preceptiva).—Quinta edición, un tomo en 4.º, en cartoné, 6 pesetas.

— Ejercicios prácticos de literatura preceptiva.—Tercera edición. Primera parte: Ejercicios de elocución y estilo, con análisis gramatical y literario de las palabras, oraciones y cláusulas.—Segunda parte: Colección selecta de obras castellanas en prosa y verso, con ejercicios de análisis y de composición literaria.—Un tomo en 4.º, cartoné, 7'50 ptas.

Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX.—Contiene el retrato, la biografía y juicio crítico de la obra más selecta de cada uno de los mejores autores del teatro moderno, con un prólogo general del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Los estudios críticos son de los Sres. Balart,

Cañete, Fernández Guerra, Fernández Bremón, Fernández Flórez, Marqués de Valmar, Menéndez Pelayo, Rosell, Valera, etc., etc., etc.—Madrid, 1882 à 1885.—Dos tomos en folio, en gran papel, de LXIX-470 y 608 páginas, 100 ptas.

Bain.—La ciencia de la educación. Obra escrita en inglés y traducida al castellano por la Sociedad de Profesores.—Un tomo en 4.º, 4 ptas.

Baralt.—Diccionario de galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han establecido en el habla castellana, con el juicio crítico y prólogo de D. Juan E. Hartzenbusch.—Madrid 1890, un tomo en 4.º, 9 ptas.

Barcia (D. Roque).—Diccionario general etimológico de la lengua española.—Madrid 1881-83, cinco tomos fol., 176'50 ptas.

— Formación de la lengua española derivada de la formación natural racional é historia del idioma humano.—Madrid 1872, un tomo en 8.º, 2 pesetas.

— Sinónimos castellanos. Edición póstuma, corregida y considerablemente aumentada por su autor.—Madrid 1890, un tomo en 4.º, 8 ptas.

Barrera.—Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII, por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leyrado.—Madrid 1860, un tomo 4.º, 10 ptas.

Bello.—Gramática de la lengua castellana, destinada à uso de los americanos, por D. Andrés Bello.—Décima-cuarto edición, un tomo 8.º, 4 ptas.

— Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana.—Un tomo 8.º, 1'50 ptas.

— Opúsculos gramaticales.—Ontología, Arte métrico, Análisis, Ideología, Compendio de Gramática castellana, Opúsculos gramaticales.—Madrid 1890-91, dos tomos 8.º, 8 ptas.

Benejam.—El lenguaje en acción.—Diccionario que com-

prende la mayor parte de los vocablos que tienen dos ó más significaciones, con su correspondiente aplicación, incluyendo un gran número de sinónimos de nuestra lengua, etc., etc.—Ciudadela 1888, un tomo en 4.º, 4 pesetas.

Benot.—Arquitectura de las lenguas.—Tres tomos 4.º pasta, 39 ptas.

— Prosodia castellana y versificación.—Tres tomos 4.º, pasta, 30'25 ptas.

Blair (H.)—Lecciones sobre la Retórica y las bellas letras, traducidas por Joseph Luis Munáriz.—Madrid 1798 á 1801, cuatro tomos en 8.º mayor, pasta, 20 ptas.

Blanco García.—La literatura española en el siglo XIX, por el P. Francisco Blanco García, agustino, profesor en el Real Colegio de El Escorial.—Madrid 1891-92, dos tomos en 4.º, 11 ptas.

Bretón de los Herreros.—Obras completas. Nueva edición, cinco tomos en 4.º mayor de más de 500 páginas cada uno, á dos columnas. Los cuatro primeros contienen 76 dramas y comedias, y el quinto, las poesías; 50 pesetas.

Calista ó bosquejo de la Iglesia en el siglo III.—Novela histórica, un tomo en 8.º, láminas, 3 pesetas.

Cantar de los Cantares de Salomón.—Traducido fielmente del latín al castellano, y puesto en verso endecasílabo, por Rodríguez Soler, 0'50 ptas.

Coronado (D.^a Carolina).—La Sigea. Novela, dos tomos, 3 ptas.

Chaves.—Recuerdos del Madrid viejo, 2 ptas.

— El Príncipe Carlos, 2 ptas.

Chismes de teatro (Cómicos y danzantes), 0'50 pesetas.

Colmenares D. Aureliano.—El guante gris. Viaje imaginario á las costas de Guinea. Obra interesante, que da completa idea del carácter feroz y perverso de las vírgenes de las tribus salvajes que pueblan los grandes bosques vírgenes de la costa de Guinea, y las penali-

- dades á que se hallan expuestos sus personajes, náufragos que tienen la desdicha de ser arrojados á la playa desierta, víctimas del terrible fenómeno de aquellos mares. Un tomo en 8.º, 1'50 ptas.
- Dante.**—La divina comedia, un tomo en 8.º, 2 ptas.
—El Infierno.—Traducción de Bartolomé Mitre. Composiciones de Cornillier y grabados al agua fuerte, por Abot.—La Divina Comedia. Juicios críticos sobre el ensayo de traducción del *Infierno del Dante*, por Bartolomé Mitre. Buenos Aires 1891, dos ts. en 4.º, 40 ptas.
De esta obra, la cual debe adquirir todo buen literato, sólo se han impreso 600 ejemplares en rico papel de hilo, fabricado expresamente para ella.
- Díaz-Rubio y Carmena** (El Misántropo).—Primera Gramática española razonada.—Segunda edición, corregida y aumentada.—Madrid 1887, dos tomos en 4.º, 15 pesetas.
—Complemento al estudio de la Gramática española.—Madrid 1892, un tomo en 4.º, 8 ptas.
- Dozy.**—Investigaciones acerca de la historia y literatura española durante la Edad Media, traducidas de la segunda edición, y anotadas por don Antonio Machado y Alvarez.—1878, dos tomos en 8.º, 9 ptas.
- Eguilaz y Yanguas** (D. Leopoldo de).—Glosario etimológico de las palabras españolas (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y vascogadas) de origen oriental (árabe, hebreo, malayo, persa y turco).—Granada, 1886, un tomo en 4.º, de XXIV-591 págs. 25 ptas.
- Fabraquer** (Excmo. Sr. Conde de).—*La revolución de Roma*. Historia del poder temporal de Pío IX desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma, y convocación de la asamblea nacional en 30 de Diciembre de 1848.—Madrid un tomo en 4.º, con los retratos de Pío IX, Brunetti, Conde Terencio, y cinco láminas con las vistas de varios edificios de Roma, 3 ptas.

- Febal.**—Pedro Blot. Las Etapas de una conversión. Traducción de D. Antonio de Valbuena.—Madrid 1893, un tomo en 8.º, 2 ptas.
- El hijo del Diablo, tres tomos en 4.º, 8 ptas.
- Fernández Martínez.**—*Pinceladas*; cuadros de costumbres, descripciones y leyendas de la zona oriental de Asturias (parte de ellos en bable). Llanes 1892, 2'50 pts.
- Fernández Villabril.**—*Biblioteca de educación*. Las edades de la vida; programa, 1 pta.
- La infancia, 1 pta.
- Juego de la primera edad, con grabados, 1 pta.
- Escuela de párvulos, con grabados, 1 pta.
- Vicio y virtud, ó los contrastes; cuentos originales y traducidos, 1 pta.
- La infancia de los hombres célebres, con grab., 1 pta.
- El libro del tiempo, con grabados, 1 pta.
- Diario de la infancia. Actos religiosos y civiles, ejercicios y recreaciones de los niños en todas las épocas del día, con grabados, 1 pta.
- Las cuatro estaciones del año, cuatro tomos, 4 ptas.
- La escuela, 1'50 ptas.
- La niñez, 1'50 ptas.
- Juego y entretenimiento de las niñas, con grabados, 1'50 ptas.
- Lecturas é imágenes para los niños, dos tomos con grabados, 3 ptas.
- Anuario popular, profético y pintoresco, con muchos grabados, 1 pta.
- El libro de oro de los niños, traducción del alemán por D. José Muñoz y Gaviria. 8.º, 2 pesetas.
- Los niños de hoy día, por una madre de familia, traducido y arreglado por D. José Muñoz y Gaviria, en 8.º, con grabados, 1'50 ptas.
- Silvio Pellico. El libro de la juventud, ó deberes del hombre, traducido por D. José Zorrilla y D. F. Pareja de Alarcón, 2 ptas.

- Ferrer del Rio.**—Galería de la literatura española, con los retratos de Quintana, Lista, Gallego, Toreno y Martínez de la Rosa.—Un tomo en 4.º, 5 ptas.
- Album literario español.—Esta obra comprende una colección de artículos y poesías de nuestros más célebres escritores contemporáneos, y forma la segunda parte de la galería de la literatura española, 4 ptas.
- Fiesta española (la).**—Album del toreo con 21 láminas que representan desde el encierro, hasta el arrastre del toro por las mulas, 2 ptas.
- Foronda.**—De Llanes á Covadonga, excursión geográfica-pintoresca, por D. M. de Foronda, de la Sociedad Geográfica de Madrid, con un prólogo del Excmo. Sr. don José Gómez de Anteche, y dos mapas con los viajes de Carlos V, por el Ilmo. Sr. D. Martín Ferreiro. Madrid 1893, un tomo en 8.º, con grabados, 3 ptas.
- Frontaura.**—Galería de matrimonio, dos tomos con 258 grabados, 7 ptas.
- Sermones de Doña Paquita, 3 ptas.
- Tipos madrileños, cuadros de costumbres, 3 ptas.
- La doncella del piso segundo; recuerdos de un estudiante, 3 ptas.
- Mano de Angel (Novela de un joven rico).—El caballo blanco (Memorias de un empresario). Las dos forman un tomo, 3 ptas.
- Gallardo.**—Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sánchez Rayón.—Madrid 1863-89, cuatro tomos en 4.º mayor, 50 ptas.
- Garcés.**—Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas por el presbítero D. Gregorio Garcés, con adiciones de D. F. Pérez Villamil, y algunas notas y un prólogo por D. Antonio María Fabié.—Madrid 1886, un tomo en 4.º, 10 ptas.

- Génlis.**—Las veladas de la Quinta, dos tomos en 8.º, con grabados, 4 ptas.
- Grassi.**—La gota de agua. Obra premiada por aclamación en el concurso Rodríguez Cao, 1 pta.
- El Copo de Nieve. Novela de costumbres, 2 ptas.
- Marina. Narración histórica, 2 ptas.
- El Bálsamo de las Penas. Novela de costumbres, 2 pts.
- Groizár.**—Cuentos y leyendas, 1'50 pta.
- Gutierrez de Alba.**—El amor y los ratones, poema vulgar, leído en el Ateneo de Madrid, 1 pta.
- Alpha y Omega. Trilogía leída en el Ateneo de Madrid, 1 pta.
- Legouvé.**—El arte de la lectura, traducido al castellano de la novena edición francesa, por D. José Anchorena, con un prólogo de D. Francisco de Asís Pacheco.—Madrid, 1878; un tomo en 8.º, 2 ptas.
- Liniers (D. Santiago).**—Líneas y manchas, apuntes, rasgos y contornos tomados del natural. Madrid 1882, un tomo en 8.º, 3 ptas.
- Alza y Raja. Madrid 1893, un tomo en 8.º, 4 ptas.
- Novísimo espejo y doctrinal de Caballeros en doce romances; por el Br. D. Diego Bringas. Madrid 1887, un tomo en 8.º, 3 ptas.
- Lista y Aragón (D. Alberto).**—Ensayos literarios y críticos, con un prólogo de D. José Joaquín de Mora.—Sevilla, 1844; dos tomos en un volumen, en 4.º, 6 ptas.
- López de Ayala.**—Las campanas de Velilla. Descripción histórica acerca de esta tradición aragonesa. Madrid 1886, un tomo en 8.º, 2'50 ptas.
- López Pinciano.**—Filosofía antigua poética. Ahora nuevamente publicada, con una introducción y notas, por D. Pedro Muñoz Peña.—Valladolid 1894, un tomo en 4.º, 8 ptas.
- Macías y García.**—Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, con noticias y aclaraciones.—Coruña, 1890; un tomo, en 8.º, 3 ptas.

- Manteli.**—Aranzazu, leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, un tomo en 4.º, 3 ptas.
- Martínez y García.**—Curiosidades gramaticales ó complemento de la Gramática castellana; libro utilísimo á los profesores y alumnos.—Segunda edición.—1883; un tomo, en 8.º, 4 ptas.
- Mata.**—Nuevo arte de auxiliar la memoria.—Un tomo, en 8.º, 2,50 ptas.
- Mayans y Siscar.**—Orígenes de la lengua española, compuesta por varios autores, recogidos por D. Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario del Rey, publicados por primera vez en 1737 y reimpresos en 1873, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch y notas al Diálogo de las lenguas y á los orígenes de la lengua de Mayans, por D. Eduardo Mier. Madrid, 1873; un tomo, en 4.º, 8 ptas.
- Menéndez Pidal.**—A La-Lá, poesías, 2 ptas.
- Miscelánea taurina** y reglamento para las corridas de toros. Suertes de torear á caballo levantado y sin perder tierra, forma de acosar y derribar desde el caballo. Artículos, poesías y 50 caricaturas de la *gente de pelo trenzado*, 1 pta.
- Mora** (D. Joaquín).—Poesías, un tomo en 4.º, 5 ptas.
- Palacio** (D. Eduardo).—El Garbanzo. Cuadros históricos contemporáneos, precedido de una explicación, catálogo ó prólogo, por D. Enrique P. Escrich, un tomo en 8.º, 1 ps.
- Pelos y señales.**—Boceto crítico de *Maruja*, poema de Núñez de Arce, por el bachiller Juan de Lima, con caricaturas, 1 pta.
- Pereda** (D. José María de).—Obras completas, catorce tomos: que se venden á 4 ptas. cada uno en Madrid y en Santander, y 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:
- I.—Los hombres de pro (segunda edición), con el retrato del autor y un estudio crítico sobre todas sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Pereda.—II.—El buey suelto... (segunda edición).

III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera (segunda edición).

IV.—De tal palo, tal astilla (segunda edición).

V.—Escenas montaÑesas (segunda edición).

VI.—Tipos y paisajes.

VII.—Esbozos y rasguños.

VIII.—Bocetos al temple.—Tipos trashumantes.

IX.—Sotileza.

X.—El sabor de la tierra.

XI.—La Puchera.

XII.—La Montálvez.

XIII.—Pedro Sánchez.

XIV.—Nubes de estío.

Novela del mismo autor publicada fuera de la colección:

Al primer vuelo (dos tomos, con ilustraciones de Apelles Mestres), 8 ptas. en rústica, 10 encuadernado en tela.

Peñas Arriba (próxima á publicarse).

Pérez Galdós.—Episodios nacionales, edición económica á 2 ptas. tomo: Trafalgar.—La corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—El 7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

— Episodios nacionales; edición de lujo. Diez volúmenes, conteniendo cada uno dos episodios, con más de 1.200 grabados, 138 ptas.

— Torquemada en la hoguera.—Un tomo en 8.^o, 3 ptas.

— Torquemada en la Cruz.—Un tomo en 8.^o, 3 ptas.

— Torquemada en el Purgatorio.—Un tomo en 8.^o, 3 pts.

- Picatoste y Rodríguez** (D. Felipe).—Apuntes para una Biblioteca científica española del siglo *vxi*; estudios biográficos y bibliográficos de ciencias exactas, físicas y naturales, y sus inmediatas aplicaciones en dicho siglo. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1888.—Madrid, 1891; un tomo en 4.^o mayor, 10 ptas.
- Quevedo Villegas**.—Política de Dios.—Gobierno de Cristo; con privilegio en Madrid 1626; reimpresso en 1868; dos tomos en 8.^o, 3 ptas.
- Roda** (D. Arcadio).—Los oradores griegos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1872 y 73, un tomo en 8.^o, 2'50 ptas.
- Los oradores romanos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1873 y 74, un tomo en 8.^o, 2'50 ptas.
- Breves noticias sobre la vida literaria y política de Cánovas del Castillo, 1 pta.
- Romero Larrañaga**.—Poesías publicadas bajo los auspicios del Liceo artístico y literario de Madrid, un tomo en 8.^o, 3 ptas.
- Amar con poca fortuna, novela fantástica, en verso, un tomo en 8.^o, 3 ptas.
- Ruizgomez** (D. Andrés).—Silvestre del todo. Novela festiva, un tomo en 8.^o, 1 pta.
- Sales Mayo**.—El gitanismo: historia, costumbres y dialecto de los gitanos, con un epitome de gramática gitana, y un diccionario caló-castellano, por D. Francisco Quindalé.—Madrid 1870; un tomo en 8.^o, 1,50 pesetas.
- Sbarbi** (D. José María).—Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos, y las obras ó fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1871.—Madrid 1891; un tomo en 4.^o mayor, 10 ptas.
- Sckak**.—Historia de la literatura y del arte dramático

en España, por Adolfo Federico, Conde de Sckack, traducida del alemán al castellano, por Eduardo de Mier.

—Madrid 1885-87; cinco tomos 8.^o, 25 ptas.

Sellés.—Narraciones para los celosos, para los viejos, para los idealistas, para los holgazanes, para las señoras, para los confiados, para los filántropos, para los descastados, para los divertidos, para los jugadores. Madrid 1893, 3 ptas.

Simonet (D. Francisco Javier).—Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe.—Madrid 1889; un tomo en 4.^o mayor, de CCXXVI-678 páginas, 21 ptas.

Sinués (D.^a María del Pilar). Abuela (La).—Narración. Un tomo, 4 ptas. (Agotada).

— **A la luz de una lámpara.**—Colección de cuentos morales (obra de texto), 1 pta.

Contiene: El vestido de baile.—Las dos amigas.—El carpintero.—Los premios.—La presumida.—Los dos rosales.

— **Alma enferma.**—(El).—Tercera edición. Dos tomos, 7 pesetas.

— **Angel del Hogar (El).**—(Séptima edición). Dos tomos 7 ptas.

— **Angeles de la Tierra (Los).**—Un tomo, 4 ptas.

Contiene: A la sombra de un tilo.—Sofía.

— **Combates de la vida.**—Un tomo, 4 ptas.

Contiene: Una hija del siglo.—Mecerse en las nubes.

— **Cómo aman las mujeres.**—Un tomo, 3'50 ptas.

Contiene: La virgen de las Lilas.—El Angel de los tristes.

— **Dama elegante (La).**—Manual práctico y completísimo del buen tono y de buen orden doméstico. Quinta edición, corregida cuidadosamente por la autora, 3 pesetas.

— **Damas galantes.**—Historias de amor, 3 ptas.

- Sinués.**—Dos madres para una hija. (Antes se tituló *El lazo roto.*)—(Arreglo del francés). Un tomo, 2'50 pts.
- **Dramas de familia.**—Dos tomos, 7'50 pesetas.
- Contiene: Primera serie.—Una vida sin mancha.—El último amor.—Amor de madre, 4 ptas.
- Segunda serie: Celeste.—El almohadón de rosas, 3'50 ptas.
- **El sol de invierno.**—(Segunda edición), corregida cuidadosamente por la autora, 4 ptas.
- **Hija, esposa y madre.**—Cartas dedicadas á la mujer, acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad. Cuarta edición; con un apéndice titulado *Hermana*, que antes se titulaba *El camino de la dicha*. Dos tomos, 8 ptas.
- **Isabel.**—Estudio del natural. (Antes se tituló *A río revuelto...*) Un tomo, 3'50 ptas.
- **Ley de Dios (La).**—Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Séptima edición, corregida por la autora é ilustrada con láminas, 1'50 ptas. (obra de texto).
- **Locuras humanas.** (Arreglo del francés). Un tomo, 4 ptas.
- **Luz y sombra.**—Leyendas originales. Dos tomos, 8 pesetas.
- **Morir sola.**—Un tomo con el retrato de la autora, 6 pesetas.
- **Mujer en nuestros días (La).**—Obra dedicada á las madres y á las hijas de familia. Un tomo, 2 ptas.
- **Mujeres ilustres.**—Narraciones histórico-biográficas.
- Contienen: María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús. Un tomo en 8.º, 2 ptas.
- Catalina Gabrielli.—Agridina, princesa romana.—Blanca Capelo. Reina de Chipre y gran duquesa de Toscana. Un tomo en 8.º, 2 ptas.
- María Josefa Tascher de la Pagerie.—Juana de Arco.—Luisa Maximiliana de Stolberg, princesa Estuardo y Condesa de Albany. Un tomo en 8.º, 2 ptas.

Sinués.—Narraciones del hogar.—Dos tomos, 7 ptas.

Contienen. Primera serie: El lazo de flores.—La rama de sándalo, 4 ptas.

Segunda serie: La copa del obispo.—El amor de los amores.—Cruz de paja y cruz de plomo.—Martirio sin gloria.—El cáncer del siglo. (Antes *Cuentos de color de cielo*) 3 ptas.

— **Novelas cortas.**—Un tomo, 3 ptas.

Contiene: El tesoro de la casa.—Filipina.—La corona nupcial.—Modestia y vanidad.—La maestra de escuela.

— **Páginas del corazón.**—Un tomo, 4 ptas.

Contiene: Mariana.—No hay deuda que no se pague.—La sortija.

— **Plácida y un drama de familia.**—Un tomo, 3 ptas.

— **Senda de la gloria (La).**—Novela. Segunda edición aumentada. Un tomo, 4 ptas.

— **Una herencia trágica.**—(Narración). Un tomo, 4 ptas.

— **Un libro para las jóvenes,** seguido del diario de una joven pobre.—(Estudio social). Un tomo, 4 ptas.

— **Un libro para las damas.**—Estudios acerca de la educación de la mujer.—Cuarta edición, 3 ptas.

— **Un libro para las madres.**—Segunda edición, 3'50 pts.

— **Un nido de palomas.**—Un tomo, 3 ptas.

— **Verdades dulces y amargas.**—Páginas para la mujer.—Segunda edición. Un tomo, 3'50 pesetas.

— **Vida íntima (La).**—Correspondencia de las familias del gran mundo.—En la culpa va el castigo. Tercera edición. Un tomo, 4 ptas.

— **Vida real (La).**—Alegrías y tristezas de una familia, (estudio social) antes *Cartas á un solterón*. Un tomo, 4 pesetas.

— —

Sobrón.—Los idiomas de la América latina, estudios biográfico-bibliográficos.—Madrid 1878; un tomo en 8.^o 2 pesetas.

Suárez Bravo.—En la brecha. Hombres y cosas del tiempo, un tomo en 8.º, 3 ptas.

— España demagógica. Cuadros disolventes, un tomo en 8.º, 2 ptas.

Suárez.—Estudios gramaticales: introducción á las obras filosóficas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez; con una noticia biográfica, por D. Miguel A. Caro.—Madrid 1885; un tomo en 8.º, 5 ptas.

Taboada.—Madrid en broma, con grabados, 3'50 ptas.

— La vida cursi, con grabados, 3'50 ptas.

— Siga la fiesta, con grabados, 3'50 ptas.

— Caricaturas, con grabados, 3'50 ptas.

— Titirimundi, con grabados, 3'50 ptas.

Tirso de Molina.—Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas y dichos agudos, etc., etc., un tomo en 8.º, 2'50 ptas.

— Teatro escogido antiguo español de Fray Gabriel Tellez, doce tomos en 8.º, 40 ptas.

Valbuena (D. Antonio de) (Miguel de Escalada).—Ripios Aristocráticos (sexta edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Académicos (segunda edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Vulgares (segunda edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Ultramarinos, primero y segundo montón, dos tomos en 8.º, 6 ptas.

— Ripios Ultramarinos (3.ª montón), en preparación.

— Fe de Erratas del Diccionario de la Academia, (tercera edición) tres tomos en 8.º, 9 ptas.

— Capullos de Novela, un tomo en 8.º, 3 ptas.

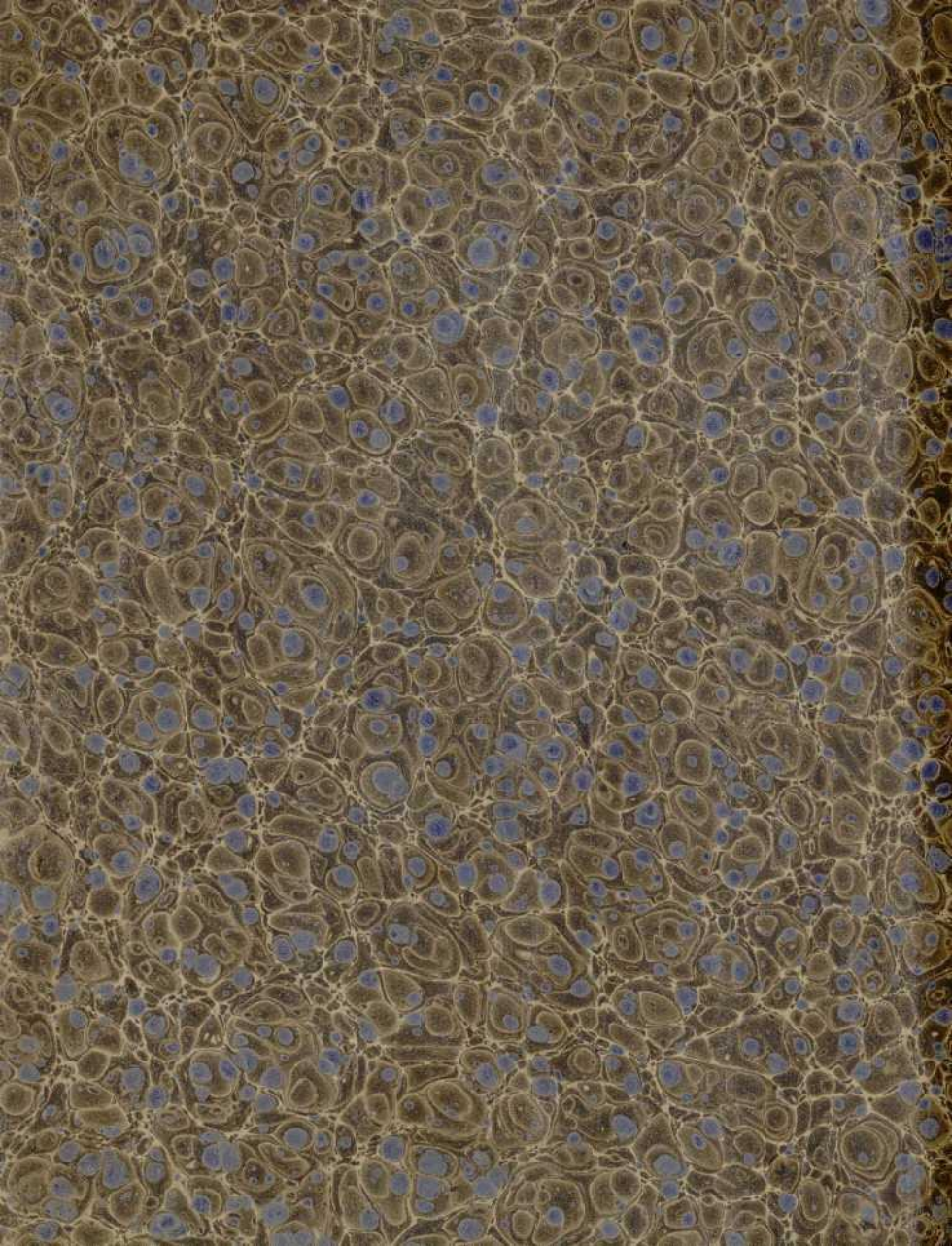
— Agridulces, (políticos y literarios) dos tomos en 8.º, 6 ptas.

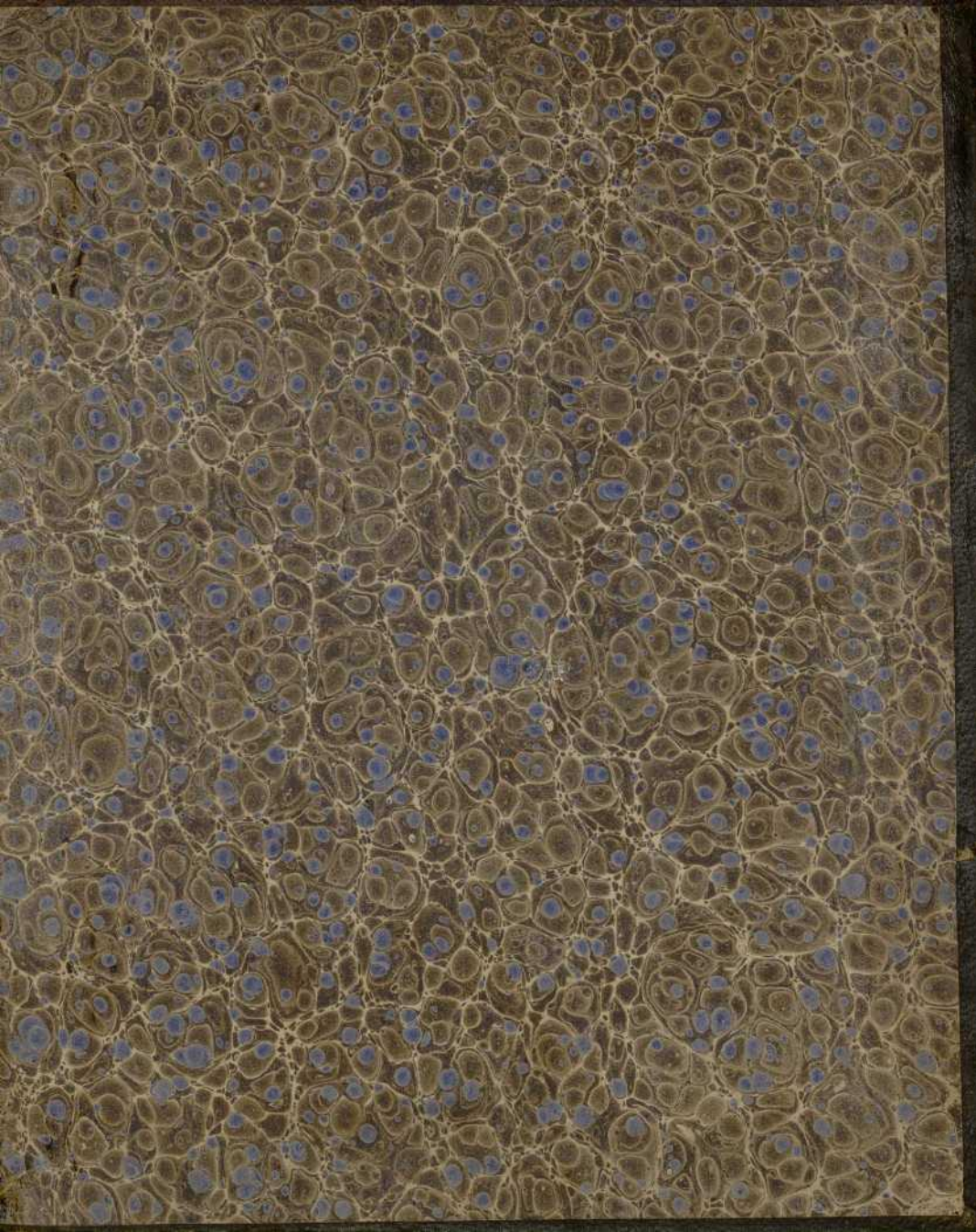
— Agua turbia; novela, en prensa.

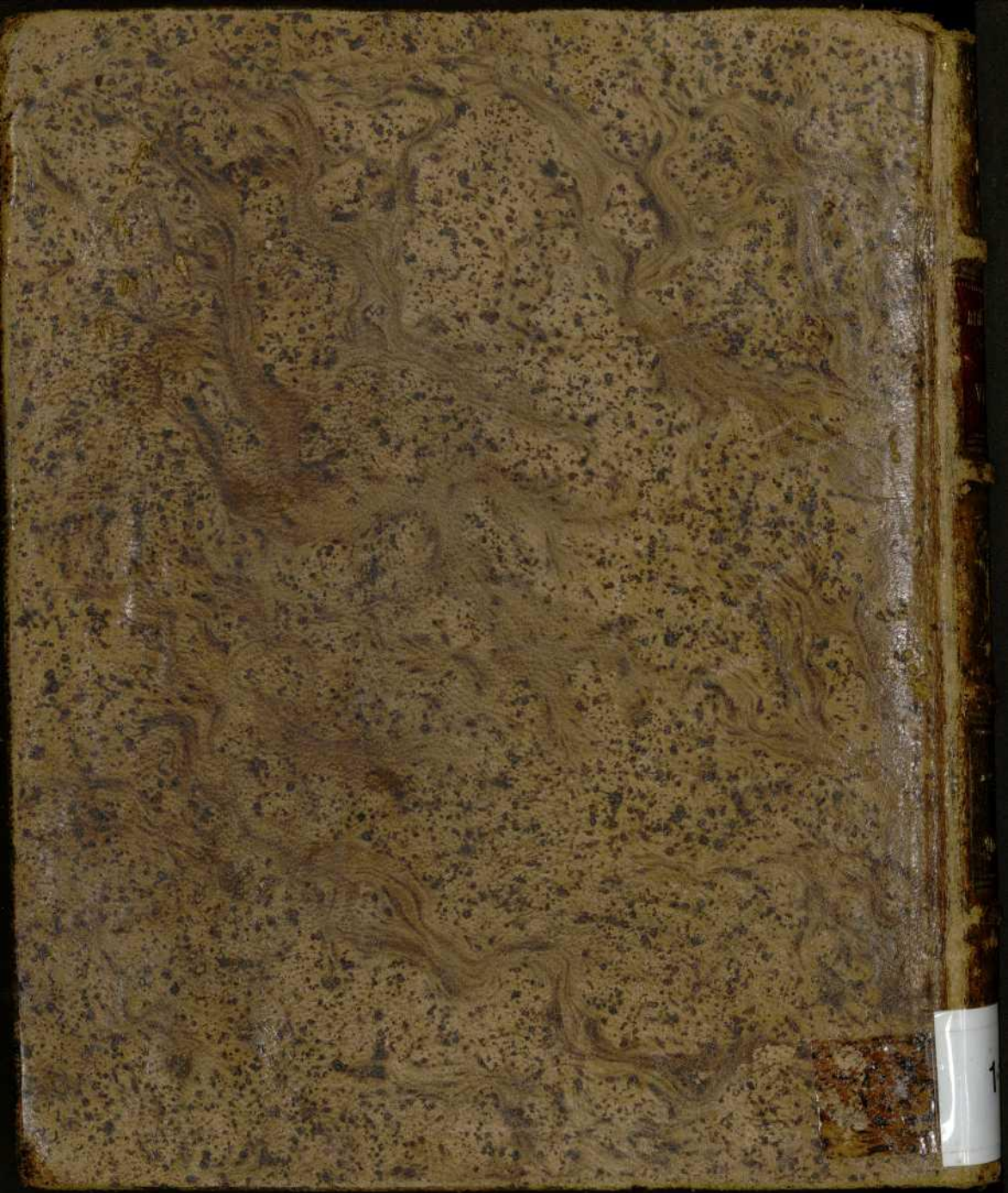
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ,

48, PRECIADOS, 48.—MADRID.

Jo. 110







BIBLIOTECA
DE
VIAJES

1104